

Nuestra Bandera

**REVISTA POLITICA Y TEORICA
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA**

VIII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

**INFORMES
INTERVENCIONES
DOCUMENTOS FUNDAMENTALES**



ARCHIVO

N° 2

Mayo de 1971

MINISTERIO
DE CULTURA



Nuestra Bandera

REVISTA POLITICA Y TEORICA
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPANA

SUMARIO

	Pág.
EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA HA CELEBRADO SU VIII CONGRESO (Comunicado)	3
Enrique Líster: Intervención de apertura del VIII Congreso del P. C. de España	7
EN ALTO LA BANDERA DEL MARXISMO-LENINISMO Y DEL INTERNACIONALISMO PROLETARIO... (Informe presenta- do por Eduardo García)	15
I. Raíces de la Crisis del Partido Comunista de España	16
Los acontecimientos de Checoeslovaquia	24
II. La situación internacional	35
III. La situación de España	50
IV. Nuestras tareas inmediatas	75
Resumen de la discusión sobre el primer punto del Orden del Día del VIII Congreso del Partido Comunista de España	79
Informe sobre la discusión en el Partido del Proyecto de Te- sis para el VIII Congreso (Presentado por Agustín Gómez)	83
Informe sobre el Proyecto de modificaciones a los Estatutos del Partido Comunista de España (Presentado por Leandro Benavides)	93
SALUDOS AL CONGRESO	
Victor Salgado (uno de los delegados de Madrid)	99
Seguridad y eficacia. (Ramón Moreno)	101
A grandes males, grandes remedios (Marcos Orellana)	103
Saludo de los comunistas residentes en Cuba	104
El VIII Congreso al Comité Central del P.C.U.S.	105
¿Quién mina la unidad del Partido? (Opiniones sobre hechos concretos y planteamientos ideológicos de S. Carrillo)	107

MINISTERIO DE CULTURA



EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA HA CELEBRADO SU VIII CONGRESO

COMUNICADO

Se ha reunido el VIII Congreso del Partido Comunista de España. Los trabajos del Congreso se iniciaron con un discurso del camarada Enrique Lister y se han desarrollado con arreglo al siguiente Orden del Día:

1. Informe de la Comisión Organizadora del VIII Congreso del Partido Comunista de España, presentado por Eduardo García.
2. Informe sobre la discusión en el Partido del Proyecto de Tesis para el VIII Congreso y propuestas para la elaboración definitiva de las Tesis y del Programa del Partido Comunista de España, presentado por Angustín Gómez.
3. Informe sobre la propuesta de modificaciones de los Estatutos del Partido Comunista de España, presentado por Leandro Benavides.
4. Elección de la Comisión Central de Control Político del Partido Comunista de España.
5. Elección de la Comisión Central Financiera del Partido Comunista de España.
6. Elección del COMITE CENTRAL del Partido Comunista de España.

En el Congreso han participado delegados y representantes de las organizaciones más importantes de nuestro Partido, incluidas las de la emigración. Va-

rios delegados que, por razones plenamente justificadas, no pudieron asistir a las deliberaciones del Congreso, serán informados en los próximos días de la discusión y acuerdos tomados por el VIII Congreso del Partido Comunista de España.

Sobre el primer punto del Orden del Día, después de una amplia discusión, el Congreso aprobó por unanimidad el informe presentado por el camarada Eduardo García en nombre de la Comisión Organizadora del VIII Congreso. Al mismo tiempo, fueron recogidas diversas sugerencias y propuestas de los camaradas que intervinieron en este punto.

El Congreso aprobó también por unanimidad el informe del camarada Agustín Gómez sobre el segundo punto del Orden del Día y encargó al Comité Central que, tomando como base el Proyecto de Tesis para el VIII Congreso y recogiendo las aportaciones salidas de la discusión habida en el Partido y en el Congreso mismo, redacte definitivamente las Tesis del Partido Comunista de España.

El VIII Congreso encargó al Comité Central que, sobre la base de las Tesis, elabore un proyecto de programa que, previa discusión en el Partido, sea presentado al próximo Congreso o a una Conferencia Extraordinaria del Partido Comunista de España para su aprobación.

El Congreso aceptó con algunas modificaciones, el Proyecto de Enmiendas de los Estatutos del Partido Comunista de España, publicado en «Mundo Obrero» de la primera quincena de abril de este año, y aprobó por unanimidad la propuesta presentada por el camarada Leandro Benavides de encargar al Comité Central que, después de concluida la discusión del Proyecto en el Partido, redacte los Estatutos del Partido Comunista de España para presentarlos al próximo Congreso o a una Conferencia Extraordinaria del Partido Comunista de España.

El Congreso eligió por unanimidad la Comisión Central de Control Político, formada por los siguientes camaradas:

Lucio Ariz, Leandro Benavides, Fernando Larramendi, Virgilio Llanos, Ignacio Ojalvo, Carmen Pérez, Pedro Zulueta.

El Congreso decidió que las funciones de la Comisión Investigadora, cuya constitución había sido propuesta por el camarada Enrique Líster y otros mu-

chos militantes y organizaciones del Partido Comunista de España, sean asumidas por la Comisión Central de Control Político.

El Congreso eligió la Comisión Central Financiera, compuesta por los siguientes camaradas:

León Fabra, Angel Gutierrez, Julián Ordoñez.

El VIII Congreso decidió que sea elaborada la Historia del Partido Comunista de España y encomendó al Comité Central la designación de una Comisión encargada de cumplir esta tarea.

Finalmente, el VIII Congreso acordó la elección del Comité Central del Partido Comunista de España compuesto por 31 miembros, de ellos 23 efectivos y 8 suplentes. Teniendo en cuenta que el Partido se encuentra en plena recuperación, el Congreso resolvió elegir 18 miembros efectivos y 3 suplentes para el Comité Central y autorizar a este órgano para que los puestos vacantes sean cubiertos en el curso de ese proceso de recuperación.

Los camaradas elegidos miembros del Comité Central, mediante voto secreto y por unanimidad, son los siguientes:

Miembros efectivos:

Lucio Ariz, Antonio Baeza, Virgilio Benavente, Leandro Benavides, Leon Fabra, Alvaro Galiana, Eduardo García, Agustín Gómez, Raul Gayoso, Ignacio Imaz, Telesforo Iñiguez, Enrique Líster, Rafael Martínez, Felix Orduño, José Salcedo, Diana Sánchez, Carlos Ulloa, Leandro Vara.

Miembros suplentes:

Gerardo Ferrandiz, Antonio Merino, Manuel López.

La composición social de los miembros del Comité Central elegidos por el VIII Congreso es la siguiente: obreros, 13; campesinos, 2; intelectuales, 6.

El Comité Central del Partido Comunista de España en su primera reunión eligió al camarada Eduardo García para el cargo de primer secretario del Comité Central y un Comité Ejecutivo de siete miembros compuesto por los siguientes camaradas:

Leandro Benavides, Alvaro Galiana, Eduardo García, Agustín Gómez, Enrique Líster, Rafael Martínez, Carlos Ulloa.

El VIII Congreso del Partido Comunista de España llama a todos los militantes que aún no han roto con la política carrillista a incorporarse a las filas del

Partido Comunista de España, forma superior de organización de la clase obrera española; denuncia al grupo fraccional que encabeza Santiago Carrillo y condena su plataforma revisionista-oportunista que es, en esencia, la renuncia a la lucha revolucionaria por la emancipación total de la clase obrera.

Abril de 1970.

ENRIQUE LISTER

**INTERVENCION DE APERTURA
DEL VIII CONGRESO
DEL P. C. DE ESPAÑA**

Camaradas delegados al VIII Congreso del Partido Comunista de España:

La Comisión Organizadora me ha encargado de abrir nuestros trabajos. Yo no tengo la pretensión de hacer ante vosotros una intervención que trate todas las cuestiones que nos proponemos abordar en estos días de trabajo.

La misión que me ha encargado la Comisión Organizadora de nuestro Congreso es mucho más sencilla, más modesta. Se trata, en primer lugar, de expresaros el más caluroso saludo en nombre de la Comisión Organizadora, lo que, personalmente, hago con el mayor gusto.

Se trata, a continuación, de daros algunos rasgos sobre la tarea que tenemos ante nosotros durante estos días, es decir, los trabajos del VIII Congreso del Partido Comunista de España. Y quiero comenzar por lo que consideramos debe ser lo primero que debemos tener en cuenta. En qué condiciones hacemos el Congreso.

En las condiciones en que se viene desarrollando nuestro Partido desde muchos años, la convocatoria de un Congreso ha sido siempre una cuestión compleja y arriesgada. En las condiciones en que hemos tenido que preparar y vamos a celebrar el presente, ese riesgo y esas dificultades fueron y son aún mayores. En este caso no se ha tratado ni se trata de guardarnos solamente de nuestros enemigos naturales, sino de otros mucho más peligrosos porque nos conocen y conocen nuestros métodos y relaciones, y nos han demostrado ya de lo que son capaces y cómo mueven incluso a sus amigos revisionistas de otros partidos para hacer fracasar nuestra obra recuperadora del Partido. ¡Qué triunfo

para ellos si nuestra reunión cayera y nos pudieran presentar como unos irresponsables y aventureros! Si no lo han conseguido no es porque no hayan hecho todo lo posible para ello. Algún día hablaremos de eso.

La celebración del VIII Congreso del Partido Comunista de España era una necesidad inaplazable. No se trata pues, de un Congreso constituyente, sino de un Congreso ordinario: el VIII Congreso del Partido Comunista de España, cuya celebración viene siendo escamoteada desde hace tres años.

Es claro que encontraréis en la preparación del Congreso y en su desarrollo mismo, imperfecciones. Las hay que se deben a las deficiencias en el trabajo de la Comisión Organizadora misma. Llamo, sin embargo, vuestra atención sobre las condiciones en que hemos trabajado, en que habéis trabajado, en que estamos trabajando.

Todos los medios materiales están en poder de Carrillo: el dinero, el inmenso aparato de funcionarios, la Radio y otros medios de propaganda.

No tenemos interés alguno en ocultar la ausencia en nuestro Congreso de un número importante de organizaciones y de muchos comunistas españoles que no han podido enviar a él sus delegados. El grupo revisionista que encabeza Santiago Carrillo ha hecho todo lo posible por impedirlo. Por eso, declaramos ante todos los comunistas españoles, que nuestro Congreso es el comienzo de una nueva fase en la obra de recuperación y de integración de todos los comunistas españoles, de todos los verdaderos comunistas sin excepción, en el Partido Comunista de España.

Nosotros pensamos que entre las muchas decenas de miles de expulsados, separados, etc., del Partido durante estos últimos 30 años, la inmensa mayoría lo fue injustamente, y que a los que lo deseen se les debe abrir de par en par las puertas del Partido; y a los que haya que rehabilitar se debe de hacer plena y abiertamente. Pero esto no quiere decir que no exista un número —pequeño, es cierto, pero existe— de elementos que fueron justamente expulsados del Partido. Tales elementos nada bueno pueden hacer entre los verdaderos comunistas, y las puertas del Partido deben de continuar cerradas para ellos.

No concebimos el VIII Congreso como el fin de los esfuerzos por conseguir la unidad de voluntad y de acción de todos los militantes y comunistas de España, sino como un pilar fundamental, apoyándonos en el cual lograremos lo que tanto anhelan la inmensa mayoría de los comunistas y de los trabajadores españoles: la reconquista de un Partido unido, fuerte, fiel al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario. Con el VIII Congreso damos un serio paso adelante en el camino de hacer realidad esa aspiración de los comunistas españoles.

Celebramos nuestro Congreso después de una preparación seria y responsable. Más de dos años de preparación política del Congreso nos parece un plazo bastante razonable. Y la verdad es esa, que cuando hemos comenzado a pedir —cada uno en el lugar donde estábamos y como podíamos— la convocatoria del VIII Congreso, estábamos ya participando en su preparación política.

Durante todo este período ha habido quienes han querido tirar de nosotros hacia atrás y quienes nos han querido empujar a posiciones extremistas. A unos y otros les hemos dicho ¡NO! Y hemos continuado firmemente nuestro camino hacia lo que hoy nos reúne aquí, que no es más que una etapa en el largo y difícil camino que conducirá al triunfo del socialismo en nuestro país. Esa seguirá siendo nuestra conducta y nada ni nadie hará desviarnos de ella.

Una parte de los comunistas españoles no han participado en la discusión de las Tesis ni en la preparación del Congreso, ni tienen aquí representantes directos. Pero el sentir de la inmensa mayoría de los comunistas españoles, sus deseos, sus aspiraciones, si están aquí con nosotros, y eso es lo principal; el resto vendrá después del Congreso, en el estudio y discusión que habrá entre todos los comunistas españoles —y no sólo comunistas— de los planteamientos que saldrán de aquí.

El VIII Congreso que hoy celebramos es fiel exponente de los sentimientos de millares de comunistas de España, de todo lo más consciente y combativo de nuestro Partido, de todos los que han dicho ¡BASTA! al revisionismo de Carrillo y su grupo.

En nuestro Congreso están los representantes de los comunistas de España, de los comunistas españoles que trabajan y luchan en los países capitalistas de Europa y América, de los camaradas que viven en los Estados socialistas.

En nuestro VIII Congreso están representadas las organizaciones del interior de nuestro país y las organizaciones del exterior. No hacemos ninguna distinción entre los comunistas de dentro y de fuera de España. Todos los militantes son iguales en deberes y en derechos. Está claro que toda nuestra actividad, nuestro pensamiento y nuestros desvelos están destinados a fortalecer la lucha del Partido en España y a acelerar la caída del franquismo y la conquista del socialismo.

En nuestro Congreso están representados los militantes veteranos y los jóvenes, los comunistas que luchan y se organizan de diferentes formas, todos los que piensan y actúan de acuerdo con los principios del Partido.

Aunque muchos camaradas no hayan podido enviar sus delegados, estamos plenamente seguros que sus opiniones y sus más caros deseos serán tenidos en cuenta en nuestras deliberaciones.

Y, sobre todo, las decisiones que democráticamente tomemos serán las más convenientes para que el Partido Comunista de España pueda volver por sus fueros más fuerte y renovado que nunca. Y eso es lo fundamental.

Naturalmente las condiciones de clandestinidad en que vive nuestro Partido nos han obligado a tomar todas las medidas necesarias para garantizar la seguridad de las deliberaciones del VIII Congreso y de sus delegados. Pero, nunca en nuestro Partido se ha preparado un Congreso con tanto respeto a las opiniones de sus militantes como ahora. Hace ya meses que los camaradas tienen a su disposición un proyecto de Tesis que discuten con toda libertad y sobre el cual pueden aportar su contribución a la política del Partido. Esa discusión no se dará por terminada con el Congreso, sino que continuará todo

el tiempo que sea necesario. De las discusiones habidas hasta ahora en todo el Partido, en una parte fundamental por lo menos, de nuestras deliberaciones y de los resultados finales que tengamos saldrán los documentos programáticos del Partido Comunista de España y los Estatutos.

Naturalmente, teniendo muy en cuenta la situación particular que atraviesa nuestro Partido, los acuerdos que se tomen aquí no serán impuestos a nadie de una manera burocrática y formal. Los llevaremos a los militantes, a todos los comunistas; los discutiremos respetando al máximo la democracia interna, para que su aplicación no sea producto de decisión de arriba únicamente, sino sobre todo, de su aceptación y comprensión por la base.

Celebramos el VIII Congreso porque somos los continuadores de la gran obra de los comunistas españoles. Algunos hubieran querido que renunciásemos al título de Partido Comunista de España, a su órgano «Mundo Obrero», a su revista teórica y política «Nuestra Bandera» y al VIII Congreso. A eso no podíamos ni tenemos el derecho a renunciar por la sencilla razón de que si estamos aquí es precisamente por ser comunistas españoles, porque «Mundo Obrero» es nuestro portavoz, porque «Nuestra Bandera» es nuestra revista. Estamos aquí —después de haber hecho frente a muchas dificultades, de habernos enfrentado con firmeza a los liquidadores, de haber dejado de lado toda consideración secundaria— porque el Partido Comunista de España, ese partido que se forjó con la actividad, el heroísmo, la abnegación y el talento de millares de hombres y mujeres que dejaron la vida en este largo batallar, ese Partido que pertenece a la clase obrera, que siempre fue fiel a sus intereses, ese Partido, es el nuestro.

Y estamos aquí, porque los comunistas españoles, parte integrante del movimiento comunista mundial, tenemos que responder ante la clase obrera internacional, porque el Partido Comunista de España es un destacamento marxista-leninista del movimiento comunista mundial. Y cuando un grupo sin principios traiciona al internacionalismo proletario, ningún prejuicio, ninguna rutina, ningún mito, ningún ídolo, ningún tabú, nada en absoluto, puede obligar a los comunistas a someterse resignadamente y a ver la transformación paulatina de su Partido en un partido de corte social-demócrata, pequeño burgués y corrompido por el nacionalismo y el antisovietismo.

Hemos hecho todo lo posible para que nuestro VIII Congreso fuera el Congreso de todos los comunistas españoles. Pese a las expulsiones y separaciones decretadas por la dirección revisionista, pese a las calumnias y provocaciones contra muchos de nosotros, pese a todas las arbitrariedades que hemos tenido que soportar, abrigábamos la esperanza de conseguir la vuelta a posiciones de principio sin la ruptura orgánica del Partido Comunista de España.

Centenares de cartas individuales y colectivas han sido dirigidas al Comité Central y al Presidente del Partido Comunista de España, pidiendo encarecidamente que se terminara con los desmanes del secretario general y su grupo de incondicionales.

Miles de comunistas han manifestado en reuniones y asambleas del Partido el peligro que corriamos si no se ponía coto al antisovietismo, al nacionalismo y a los métodos autocráticos y despóticos de Carrillo.

Antes de la reunión del Comité Central, en setiembre de 1970, una Comisión de los represaliados por el grupo fraccional de Carrillo escribió una carta a ese órgano denunciando la situación gravísima que atravesaba el Partido y pidiendo la anulación de todas las sanciones.

A ninguna carta individual o colectiva dio respuesta el Comité Central ni el Presidente del Partido. Para ellos no contaban nada hombres y mujeres que llevaban decenas de años en el Partido, que habían luchado y sufrido por él, que habían pasado lo mejor de su vida en las cárceles y que seguían siendo fieles al mismo.

La lucha por el VIII Congreso, con todos los comunistas españoles, surgió de la base misma del Partido al ver que éste derivaba hacia el abismo. Se empezó a plantear esta exigencia en las células, en las organizaciones de España y del exterior. Recogieron esta iniciativa justa y constructiva los sancionados por el grupo carrillista. Varios camaradas del C.C. y del C.E. apoyaron en repetidas ocasiones esta propuesta de la base. La respuesta fue la de apartarles «de facto» de sus cargos responsables en el C.C. y en el C.E.

En el «pleno ampliado» del C.C. del mes de setiembre de 1970, algunos intentaron nuevamente presentar y argumentar esta propuesta. Pero no se les permitió hacerlo por Carrillo, con la aceptación sumisa e irresponsable de Dolores Ibárruri y todos los demás miembros del C.C., salvo dos camaradas y los que no habían sido convocados o no habían querido asistir a ese «pleno».

Así, todas las posibilidades de hacer un Congreso de todo el Partido fueron agotadas.

Carrillo sabía que un Congreso celebrado en tales condiciones, con delegados designados por las organizaciones y no por su dedo, preparado democráticamente, con la participación de todos los militantes, incluidos los expulsados o separados por él, hubiera sido su derrota política. El no podía aceptarlo. Y ha preferido todo, absolutamente todo, antes que la aceptación de la voluntad de la aplastante mayoría del Partido.

Ante tal situación irreversible, sobre todo después de la expulsión en ese «pleno» famoso de setiembre del año pasado de otros cinco miembros del C.C., numerosas organizaciones y miles de comunistas, lo más consciente del Partido, se dispusieron a celebrar el Congreso como único medio de cortar la hemorragia que desangraba a nuestro Partido.

En la historia de la clase obrera y de los comunistas de España quedará este VIII Congreso, y la decisión de llevarlo a efecto, como una de las pruebas mejores de alta conciencia comunista, de gran responsabilidad política por los destinos del Partido y de la Revolución española.

Designada por toda una serie de organizaciones del interior y del exterior fue creada una Comisión Preparatoria del Congreso, en cuyo nombre pronuncio estas palabras. Antes de eso, una numerosa comisión de comunistas españoles elaboró un proyecto de Tesis para el Congreso que todos conocéis y que conocen y discuten todos los miembros del Partido a los cuales hemos podido llegar.

Así hemos llegado a nuestro Congreso, que será el Congreso de la regeneración del Partido, el Congreso que restablecerá los principios revolucionarios del Partido Comunista de España.

El Congreso deberá poner en claro el estado de cosas que existe entre los comunistas españoles y señalar los medios y las formas para ponerle remedio. Son muchas las cosas que hay que cambiar y regenerar entre los comunistas españoles. Las hay de orden ideológico, de línea política, de táctica y de estrategia; de restablecimiento de los principios ideológicos y del establecimiento y justa aplicación de la línea política y de esa táctica y estrategia que corresponden a un Partido verdaderamente revolucionario, realmente leninista.

Pero si es mucho lo que tenemos que regenerar en lo ideológico y en lo político, no es menos lo que hay que cambiar en los métodos, en el estilo de trabajo, en las relaciones. Carrillo no solo falsificó la política del Partido, sus principios ideológicos, sino que deformó toda la vida del Partido, los métodos y normas por las que debe regirse un Partido marxista-leninista revolucionario. En su lugar estableció métodos e impuso un estilo de trabajo y de relaciones donde el halago, la práctica del terror y la corrupción son el pan de cada día.

A todo eso hay que poner fin. Esa es la tarea de los comunistas honestos, verdaderamente revolucionarios, de los que somos una parte, y ante los que debemos de presentar unos resultados de nuestro trabajo que correspondan a sus esperanzas, a las necesidades de la lucha que tenemos entablada y a lo que es nuestro deber.

Hay que cambiar cuestiones de fondo, de principio, y cuestiones de estilo, de aplicación, de relaciones dentro del Partido, entre los camaradas y entre los organismos y con otras fuerzas.

Y una de las cosas que más falta hace restablecer en el Partido es la modestia, tal como la practicaba y nos enseñaba José Díaz. Ese sentido de la modestia debe de comenzar por servir de guía a nuestros trabajos en este Congreso y debe de aparecer reflejada en las decisiones que salgan del mismo.

Al contrario de lo que hace Carrillo, quien emplea todos los medios financieros y de todo tipo del Partido para sostener una corte de adulones y una máquina de aplaudir, votar y aprobar sus porquerías revisionistas y antimarxistas, nosotros pensamos que esos medios hay que emplearlos para la organización y desarrollo del Partido, para que éste pueda cumplir más y mejor su misión organizadora de la lucha anti-franquista y para que pueda propagar entre nuestra clase obrera y nuestro pueblo las ideas del marxismo-leninismo.

Por eso pensamos que, esta diferencia entre la concepción carrillista y la marxista-leninista sobre el Partido y su misión debe de aparecer en toda nuestra actividad y en primer lugar en la composición y funcionamiento de los órganos de dirección, aparato, etc...

Los órganos de dirección de un Partido clandestino como el nuestro deben de tener el número de miembros imprescindibles para cumplir la misión que le corresponde desempeñar. Deben de ser organismos ágiles y que dirijan de verdad. Organismos en los cuales cada uno de sus miembros tenga unas

tareas concretas. Nosotros no tenemos derecho a sostener figurones pagados con los dineros de los demás. Los órganos de dirección y aparatos deben ser para dirigir y trabajar.

Y modestia no significa dejar de decir bien alto que la obra que están llevando a cabo las fuerzas senas del Partido quedará como una de las páginas más gloriosas de la vida y la historia del mismo.

Y antes de terminar, camaradas, quiero aún decir lo siguiente: Se habla mucho —sobre todo fuera de los medios comunistas— del Partido de Carrillo y del Partido de Lister. Esa denominación es falsa tanto en un caso como en el otro. No hay un partido comunista de Carrillo, hay un grupo fraccional carrillista que obedece y ejecuta las órdenes de Carrillo; y hay un Partido Comunista de España, que ni es de Lister ni de ningún otro. Es el Partido de todos los comunistas españoles, que está al servicio de la clase obrera, al servicio del pueblo español, al servicio de la revolución.

El VIII Congreso de por sí es una rotunda denuncia del grupo de «dirección» que encabeza Carrillo, como un grupo usurpador, fraccional y antipartido y es un llamamiento a los militantes que aún le siguen a incorporarse a las filas del verdadero Partido Comunista de España. En cuanto a la suerte que el Partido le reservará a Carrillo y a ciertos de sus seguidores serán los órganos de dirección del Partido los llamados a decidirlo a la luz de las conclusiones a que llegue la Comisión encargada de examinar su conducta.

Camaradas: Nuestra responsabilidad ante los comunistas españoles —militando o no en este momento— ante la clase obrera de nuestro país y ante nuestro pueblo, y, asimismo, ante el movimiento comunista internacional es grande. Conscientes de ello, conscientes de lo que va a representar este Congreso en la vida del Partido, comencemos nuestro trabajo.

Camaradas: Declaro abiertos los trabajos del VIII Congreso del Partido Comunista de España.

MINISTERIO
DE CULTURA



**EN ALTO LA BANDERA DEL
MARXISMO-LENINISMO Y DEL
INTERNACIONALISMO PROLETARIO,
EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA,
VANGUARDIA DE LA CLASE OBRERA
ESPAÑOLA, TRIUNFARA SOBRE EL
REVISIONISMO Y CONDUCCIRA AL
PUEBLO TRABAJADOR HASTA
LA VICTORIA FINAL.**

**Informe presentado por Eduardo García en el VIII Congreso
del Partido Comunista de España en nombre
de su Comisión Organizadora**

Camaradas delegados al VIII Congreso:

Enrique Lister acaba de explicar en su discurso de apertura las razones que nos han obligado a preparar y celebrar el VIII Congreso.

Las arraigadas tradiciones unitarias de nuestro Partido son harto conocidas. Por eso, la crisis que atraviesa el Partido Comunista de España no puede explicarse, como hacen algunos, por actitudes personalistas, sino que es el resultado lógico de un largo período de errores políticos, de deformaciones ideológicas y de métodos

burocráticos de la dirección que, en contraste con la actividad heroica, incansable y fundamentalmente positiva de la base del Partido, tenía que producirse antes o después.

Las causas objetivas y subjetivas de esta situación tenemos el deber de buscarlas y denunciarlas con valentía y responsabilidad. Sólo así podemos salir del atolladero actual. Eso se empezó a hacer con la publicación de diversos documentos que nuestros camaradas conocen, y se ha proseguido después con la aparición regular de «Mundo Obrero», «Nuestra Ban-

dera» y el Proyecto de Tesis para el VIII Congreso. Todos esos documentos y publicaciones y, entre ellos, el importante trabajo del mes de noviembre de 1969 bajo el título «¿Quién mina la unidad del Partido?», en el que se rebate con rigor científico las

posiciones político-ideológicas y los métodos autoritarios de Santiago Carrillo, deben ser considerados piezas esenciales de la preparación y desarrollo del VIII Congreso del Partido Comunista de España.

I. RAICES DE LA CRISIS DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

La política de «Reconciliación Nacional».

Dos años después del V. Congreso, en 1956 fue proclamada una nueva política bajo el nombre de «Reconciliación Nacional». Era justo que el Partido intentase traducir en consignas políticas los fenómenos de la vida social española que se manifestaron en las grandes huelgas y acciones de masas de los años 1947 en Vizcaya y 1951 en Barcelona, de todos los movimientos protestatarios de 1955-1956. En estas acciones de masas afloraban con nuevo impulso las contradicciones de clase, frenadas por la brutal represión de la dictadura fascista y por el tremendo impacto que produjo en el estado moral del pueblo la derrota de la República en la guerra civil.

Quince años después de terminada la guerra los trabajadores y otros sectores sociales no proletarios que, engañados por los fascistas, habían estado en el bando de los sublevados contra la República, empezaban a darse cuenta que la guerra civil había sido ganada únicamente por los que la provocaron, es decir, por los magnates de la banca y de la industria, los terratenientes, los jefes de las Fuerzas Armadas y las jerarquías de la Iglesia; que la victoria franquista había significado la derrota de los trabajadores manuales e intelectuales.

Por consiguiente, las contradicciones políticas, económicas y sociales en España y la exteriorización de la lucha de clases en formas más abiertas comenzaban a crear un clima más favorable para destruir el mito franquista de «rojos y nacionales» y situar la lucha contra el régimen en los

marcos que correspondía, es decir, entre el pueblo trabajador —que era el vencido— y la burguesía —beneficiaria de esa derrota—.

Todas las consignas y orientaciones que pudieran servir al agrupamiento y movilización de las masas laboriosas, bajo la dirección de la clase obrera, para impulsar la lucha contra la oligarquía y su poder, eran justas y revolucionarias.

Interpretadas las cosas así, la política de «Reconciliación Nacional» era acertada.

Pero la política de «Reconciliación Nacional» tenía, incluso en su expresión terminológica, un vicio de origen: la transplatación mecánica del principio de la coexistencia pacífica entre Estados con diferente régimen social y político al terreno de la lucha de clases antagónicas en las condiciones concretas de España.

El término «reconciliación» llevaba a hacer creer que los intereses de las clases explotadas y de las explotadoras podían armonizarse en aras de una presunta convivencia civil y «paz social» que borrarían los rencores y los odios surgidos de la guerra civil y evitarían un nuevo enfrentamiento armado entre españoles.

El término «nacional» englobaba inevitablemente a todos los sectores sociales, colocando en primer plano su actitud hacia la guerra civil y sus consecuencias y relegando lo que es determinante en la estructura de la sociedad capitalista, la división en clases antagónicas.

Esta política, por su carácter interclasista, estaba invalidada desde su inicio para contribuir a forjar una conciencia de clase en las masas traba-

jadoras de nuestro país.

A partir del año 1956, fecha que coincide la formulación de la política de «Reconciliación Nacional» con la ascensión de Santiago Carrillo a la máxima dirección del Partido, comienza una paulatina y subrepticia sustitución de la línea general del Partido Comunista de España, basada en los principios del marxismo-leninismo, por concepciones revisionistas que rompían con el socialismo científico.

El análisis político, social y económico de la situación de entonces fue insuficiente y, en toda una serie de aspectos, falso. Esto llevó a la dirección del Partido a simplificar ingenuamente muchos fenómenos y a reducir el problema a lo siguiente: Por un lado un reducidísimo grupo de grandes oligarcas del capital monopolista que aseguraban su dominio mediante la dictadura franquista y, por otro, todos los españoles, incluidos amplios sectores burgueses, que sufrían las consecuencias de ese dominio casi por igual.

De ese análisis superficial, extraño al marxismo-leninismo, surge el planteamiento de que la contradicción en primer plano no es la que rige en cualquier país capitalista —independientemente de su régimen político— es decir entre el proletariado y la burguesía, sino la contradicción entre la oligarquía que ostenta el poder y «una amplísima coalición de fuerzas sociales, desde la clase obrera hasta la burguesía no monopolista». (Hoy los revisionistas llegan más lejos todavía cuando declaran en su resolución de febrero que «el pacto para la libertad» es «un compromiso, una convergencia, entre la clase obrera y otros sectores populares y las fuerzas de la burguesía, incluidos sectores de la oligarquía».)

Esa apreciación falseaba la verdadera correlación de fuerzas y, de hecho, colocaba en un segundo plano la contradicción fundamental de la sociedad española; conducía, también, a la absurda pretensión de limitar la base social y económica de la dictadura a un «reducido grupo» de oligarcas que, además, se encontraba aislado, desprestigiado, casi impotente y enfrentado a todas las clases y

capas sociales de nuestro país; se ocultaban, se negaban o se velaban los lazos, intereses y compromisos que mantenían sujetos a muchos sectores del país y dependientes, de una u otra forma, del grupo todopoderoso que sustentaba y sigue sustentando el poder.

De esa injusta apreciación arranca la frenética manía de buscar aliados entre la burguesía, los mandos del Ejército, las jerarquías de la Iglesia, los llamados falangistas de «izquierda», los monárquicos y los carlistas. Y, naturalmente, esa apreciación llevaba inevitablemente al abandono de la política leninista de alianzas y compromisos y en primer lugar al abandono de la alianza obrera-campesina.

Quince años han pasado desde el momento que la dirección del Partido inauguró esa política de «Reconciliación Nacional» aplicándola de una manera oportunista. Los resultados que están a la vista de todo el mundo son el debilitamiento del Partido y el desprestigio de su política entre amplios medios del pueblo trabajador a cambio, eso sí, de las alabanzas del periódico de Emilio Romero a Santiago Carrillo.

Al proclamar y aplicar esa política de «Reconciliación Nacional», la dirección del Partido subestimó los nuevos peligros que nos amenazaban entonces, sobre todo el peligro de desmenujar la línea clasista e internacionalista del Partido en las condiciones de aguda lucha política e ideológica que vivía España y el mundo. Algunos dirigentes entendían esa «Reconciliación Nacional» como una especie de «entendimiento y concordia» de todos los españoles, como una actitud simplemente humanista que exigían «los que cayeron de uno y otro lado de las trincheras».

Claro, todo eso era extraño a la realidad de la vida y al significado de la guerra civil, guerra que fue provocada por la burguesía y los terratenientes con el fin de cortar en seco el proceso revolucionario de España, esto es, el proceso de la revolución socialista. Y la nueva política del Partido, si quería entenderse y aplicarse de una manera revolucionaria, no debía proponerse objetivos místicos y

por lo tanto absurdos, sino de impulsión, en las nuevas condiciones del país, de aquel mismo proceso tan brutalmente cortado por la reacción en 1936-39.

En muchos casos la «Reconciliación Nacional» no se aplicaba para superar la división artificial de los españoles entre «rojos y nacionales» y situar a los hombres y a las clases en el terreno de los intereses antagónicos, sino para frenar el espíritu revolucionario de las gentes más predisuestas a la colaboración de clases, a la «reconciliación» de todos los españoles.

Hoy podemos comprender que los promotores de esa política lo que verdaderamente se proponían era socavar la naturaleza revolucionaria del Partido Comunista y transformarlo en un partido de «orden», válido para convivir «pacíficamente» en los marcos del régimen burgués con todos los demás partidos, clases y fuerzas sociales sin distinción.

A partir de 1956 empezaban a incorporarse al Partido bastantes luchadores antifranquistas de las nuevas generaciones. Esos camaradas llegaban a nosotros llenos de entusiasmo y energía pero con muy poca formación política-ideológica y experiencia. Y era natural que así fuera si tenemos en cuenta el predominio brutal de la ideología reaccionaria en aquellos tiempos. Por consiguiente para que las nuevas energías físicas e intelectuales del Partido pudieran ser utilizadas al máximo se necesitaba reforzar muy considerablemente la actividad ideológica y educativa de todo el Partido.

Además, esas incorporaciones coincidían con un evidente debilitamiento del Partido como consecuencia del exterminio físico de miles de comunistas experimentados y con elevada conciencia de clase y el agotamiento de muchos otros, resultado inevitable de dos décadas de terror fascista y de lucha en las condiciones más duras y difíciles.

Esa realidad no podía olvidarse por la dirección. Sin embargo, Santiago Carrillo y sus colaboradores más próximos subestimaron, en la práctica, la importancia de la lucha ideológica y la tarea de educar a las nue-

vas generaciones comunistas en el dominio del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, en el espíritu de Partido y en la firmeza revolucionaria frente a todo género de enemigos.

El desarrollo del Partido en aquellos años fue por lo tanto defectuoso, unilateral y únicamente cuantitativo. Después de 1965 cesó el crecimiento cuantitativo y se inició otro periodo de disminución de los efectivos del Partido. La política de «Reconciliación Nacional», al interpretarse y aplicarse de una manera oportunista fue pareja con un desarrollo raquítico del Partido en el que descendió el nivel de conciencia de clase, comunista, de una parte de sus organizaciones y militantes, en el que, so pretexto de rejuvenecer, fueron substituidos muchos cuadros experimentados y firmes por camaradas débilmente formados.

Muchas posibilidades de educación y formación de cuadros fueron desaprovechadas, pues la concepción imperante en la dirección, bajo la nefasta influencia de Carrillo y algunos otros, era que las escuelas de preparación marxista-leninista de los militantes y cuadros no servían para nosotros. Lo que servía, según ellos, eran sus libros y folletos llenos de revisionismo, nacionalismo y oportunismo.

Naturalmente, en esas condiciones fue relativamente fácil la penetración de ideas y concepciones extrañas al socialismo científico. Y ese era el objetivo de Carrillo.

Hay que decir en honor a la verdad que muchos militantes se opusieron a la interpretación y aplicación oportunista de la «Reconciliación Nacional». Sin embargo, sus críticas justas fueron ahogadas y calificadas de sectarias sin que el Comité Central las examinase seriamente como habría sido su deber.

A partir de 1955 el subjetivismo y el triunfalismo se convirtieron, paso a paso, en factores predominantes de la política del Partido: el estudio responsable, el análisis dialéctico, la crítica y la autocrítica, fueron desapareciendo en el Comité Central y en el Comité Ejecutivo. Y justa-

mente, cuando se celebró el XX Congreso del P.C.U.S. que tanto invocan los revisionistas pero tan poco tienen en cuenta, se abrió en nuestro Partido un período de culto a Santiago Carrillo que llegaría a alcanzar proporciones enormes y grotescas; un período de sobreestimación de nuestra fuerza y de subestimación de la fuerza del enemigo, de sustitución del espíritu clasista e internacionalista por el nacionalista, de autosuficiencia; un período de nuevas arbitrariedades contra todos los militantes que se atrevían a discrepar de Carrillo.

La «Huelga Nacional» de junio de 1959, en cuya preparación los militantes dieron pruebas emocionantes de abnegación y energía podría haber sido una llamada de atención para la dirección del Partido. Pero Carrillo se las apañó para evitar un estudio serio y riguroso de ese fracaso que ponía al descubierto el subjetivismo de la política que seguía la dirección y la inconsistencia de esa «Reconciliación» que tanto buscaban los oportunistas. El Comité Central ni siquiera se detuvo en analizar ese problema.

De todas formas, en los años 1956 y posteriores, igual que en etapas anteriores, el Partido Comunista de España siguió estando a la cabeza del combate contra la dictadura y desempeñó un papel destacado en la extensión del movimiento de protesta de las masas populares. Los militantes comunistas contribuyeron de manera decisiva al desarrollo de las Comisiones Obreras y del movimiento estudiantil; ellos dieron nuevas pruebas de abnegación y de entrega a la causa de la clase obrera, batiéndose heroicamente contra la dictadura. Muchos de nuestros camaradas, jóvenes y veteranos, fueron detenidos, torturados y condenados a largos años de prisión. El símbolo de esos héroes y sacrificios es Julian Grimau, detenido en Madrid el 7 de noviembre de 1962 y asesinado cobardemente el 20 de abril de 1963, cuya entereza y ejemplar conducta conmovió a los comunistas y revolucionarios de nuestro país y del mundo.

Nuestra crítica a la política de «Reconciliación Nacional» y sobre todo a

su aplicación oportunista no disminuye, ni un ápice, la actividad, los esfuerzos y sacrificios, los resultados positivos del trabajo y de la lucha de millares de comunistas españoles. Ese balance está a la vista de todo el mundo, pese a Carrillo y a sus cómplices revisionistas, y es una de las razones que nos anima y nos permite tener plena confianza en la victoria completa sobre el revisionismo.

Nuevos pasos del revisionismo

En 1960 Santiago Carrillo fue elegido secretario general del Partido, quedando oficializada así una situación que, de hecho, ya existía desde 1956. El VI Congreso adoptó esa decisión sin conocer la historia del que iba a ser designado para el más alto cargo de la dirección, ignorante de todo lo que había ocurrido en los años anteriores y de las maniobras y labor fraccional de Carrillo para desplazar de los puestos dirigentes a otros camaradas.

El VII Congreso celebrado en 1965 fue minuciosamente preparado por Carrillo para desarrollar su concepción particular sobre la «Reconciliación Nacional» e introducir en el Partido nuevos conceptos e ideas revisionistas. «Después de Franco, qué?», informe del secretario general en aquel Congreso, contenía groseras deformaciones políticas e ideológicas y presentaba un cuadro puramente subjetivista de la situación española. En el VII Congreso, la línea antimarxista y antileninista de Carrillo continuó progresando.

Dos años después, en 1967, apareció otra «obra» de Carrillo, «Nuevos enfoques a problemas de hoy». Este libro fue examinado muy superficialmente por una parte del Comité Central. Sin embargo, algunos camaradas hicieron observaciones importantes y manifestaron sus dudas sobre la justeza de diversos planteamientos tales como «partido dirigente y dominante», «alianza de fuerzas del trabajo y de la cultura», coexistencia ideológica entre socialismo y cristianismo» y otros. Pero Carrillo y sus

ayudantes se encargaron de soslayar toda discusión.

El libro «Nuevos enfoques a problemas de hoy» es una plataforma abiertamente revisionista y por eso fue rechazado, de una u otra forma, por la base del Partido. Muchos militantes obreros, estudiantes e intelectuales en Madrid, Barcelona, País Vasco y en nuestras organizaciones del extranjero, criticaron sin contemplaciones esos «nuevos enfoques» que rompían descaradamente con el marxismo-leninismo y se negaron a difundirlo. Miles de ejemplares de ese manual del revisionismo moderno fueron pasto de las llamas. Su destrucción fue una de las formas de la resistencia de la base consciente del Partido a esa ofensiva del revisionismo y del oportunismo que encarnaba Santiago Carrillo.

En el verano de 1968, después de los acontecimientos de mayo-junio en Francia, apareció otra «obra» de Carrillo, «La lucha por el socialismo, hoy». En esta ocasión la oposición al revisionismo tuvo manifestaciones abiertas en el propio Comité Ejecutivo. Sin embargo, este organismo aceptó ese folleto en un par de horas en una situación de confusión general. Aunque algún pobre hombre como Manuel Delicado tuviese la desfachatez de comparar ese libelo carrillista con el «Manifiesto Comunista», Santiago Carrillo comprendió en aquella reunión que la resistencia a su línea política, a su oportunismo sin principios, empezaba a ser una realidad en la misma dirección del Partido, a constituir un serio peligro para él y su grupo. Esto le llevaría a precipitar las cosas para deshacerse de toda resistencia en la dirección.

Los acontecimientos de Checoslovaquia, en cuya ocasión Carrillo se descubrió como un furibundo antisoviético, fueron elegidos por éste para asegurar e implantar su dominación en el Partido de una manera total. La confusión que los revisionistas de toda laya y la burguesía llegaron a crear en toda una serie de partidos comunistas y obreros servían perfectamente los designios de Santiago Carrillo para establecer su política deshechándose de todo opositor.

Pero le faltaron sus cálculos. Esos acontecimientos permitirían a las fuerzas más conscientes del Partido Comunista de España pasar a la contraofensiva, manifestar abiertamente su descontento contra el grupo carrillista y liquidador del Partido Comunista de España. El estallido del descontento general se produjo en la base y en la dirección.

En documentos anteriores han sido juzgadas las posiciones políticas e ideológicas de Santiago Carrillo y su grupo. Está claro que ese grupo carrillista abandonó el enfoque marxista-leninista al examinar el carácter de la época actual, al intentar rebajar la naturaleza agresiva del imperialismo, al tratar de manera anticientífica los cambios que se producen en nuestra sociedad con la revolución científico-técnica, al «analizar» los problemas y las dificultades del campo socialista, el carácter de la revolución española, el papel de la clase obrera y del Partido marxista-leninista.

Los «nuevos enfoques» de Carrillo rompen con nuestra teoría marxista-leninista, con el internacionalismo proletario: no son pues, de ninguna manera, un esfuerzo por desarrollar el marxismo-leninismo ni por aplicarlo creadoramente a las condiciones concretas de España.

Los métodos en el Partido

La línea que Santiago Carrillo nos quería imponer no podía prosperar si ir acompañada de unos métodos antileninistas.

El centralismo democrático incluye los principios y normas de organización y funcionamiento de todo Partido Comunista. Como se sabe lo esencial del centralismo democrático es la conjugación armoniosa, dialéctica, de la unidad y disciplina con la democracia interna. Sin unidad y disciplina no puede hablarse seriamente de un partido revolucionario y proletario que se propone organizar la revolución socialista. Pero, a la vez, sin democracia no puede concebirse la participación entusiasta, activa y consciente de todos los miembros del Partido en la gran obra revolucionaria que es la suya.

Es también conocido que el centralismo-democrático no es un concepto estático, dado de una vez para siempre, sino que está condicionado por la situación concreta en la que vive y lucha cada partido comunista; que en la clandestinidad, por ejemplo, pesa más el centralismo que la democracia. Pero Lenin nos enseñó que el deber insoslayable de toda dirección marxista-leninista, incluso en las condiciones más complicadas, es respetar la esencia del centralismo-democrático, cuyas formas pueden y deben cambiar pero sin alterar su contenido.

Desde que terminó la guerra de España el centralismo-democrático ha sido vulnerado constantemente en nuestro Partido. La democracia interna, la dirección colectiva, la crítica y la autocrítica, el rendimiento de cuentas de la dirección a la base y muchos otros puntos del centralismo-democrático no fueron observados. Un grupo reducido de dirigentes han concentrado en sus manos todos los poderes. Ese grupo abusó sin medida del espíritu unitario, de disciplina y de responsabilidad de los militantes del Partido cuya abnegación, heroísmo y disposición a dar todo por la causa del Partido y de la clase obrera fue el rasgo principal de millares de comunistas españoles.

El daño causado al Partido por estos abusos de los máximos dirigentes es incalculable. Cualquiera militante que se atrevía a discutir las órdenes del jefe o de los jefes era rápidamente condenado sin remisión por él o por ellos. En el año 1942 Larrañaga y sus camaradas que iban a ser fusilados por los franquistas escribieron una carta al Partido en la que, entre otras cosas, decían: «Queremos insistir en los pocos instantes de vida que nos quedan: el enemigo es muy fuerte todavía. Huid de los optimismos infundados, que sólo conducen a castrar el ánimo». Esas palabras de nuestros héroes eran una advertencia, eran, también, una dura crítica a los que, sin tener en cuenta las condiciones reales del país, daban orientaciones absurdas. Pero fueron muchos los que hicieron advertencias semejantes sin que se tuvieran en cuenta por los que se consideraban por encima de todo riesgo de equivocación.

Si hubieran sido respetadas las normas leninistas del Partido es casi seguro que muchos de los errores cometidos habrían sido evitados pues ninguna persona ni grupo de dirigentes, por muy capaces que sean, pueden reemplazar la inteligencia y la experiencia colectiva del conjunto de los comunistas y de la clase obrera.

La vida se ha encargado de demostrarnos que uno de los mayores errores cometidos por la dirección del Partido fue escamotear la discusión de las causas de la pérdida de nuestra guerra. Se ha dicho algunas veces que una tal discusión nos habría apartado del único camino justo que debíamos seguir, es decir, de la continuación de la lucha, de la concentración de todos los esfuerzos del Partido en el combate contra la dictadura franquista. Pero ese mismo «argumento» demuestra por sí sólo el desprecio o la incompreensión de algunos dirigentes hacia el Partido y sus militantes. Pues toda la experiencia del movimiento comunista y obrero, desde la Comuna de París hasta nuestros días, demuestra con meridiana claridad la importancia que tiene para un partido revolucionario el análisis crítico de todo acontecimiento político importante independientemente de que termine con éxito o con la derrota.

En 1945, después de la victoria sobre el fascismo, hubiera sido igualmente oportuno y necesario el examen de la actividad del Partido y de sus organizaciones y dirigentes en todas partes donde vivieron y lucharon los comunistas españoles. Tampoco se hizo. Y eso dio lugar a que un hombre sin escrúpulos, como Carrillo, transformado en auténtico dictador del Partido, tolerado o autorizado por otros dirigentes, en Africa del Norte primero, en Francia después, en la URSS y en otros lugares, pasando como el «caballo de Atila», fuera destrozando militantes y organizaciones que habían atravesado con dignidad la prueba difícil de la segunda guerra mundial.

Durante los años 1945-1954 Carrillo y Antón cometieron infinidad de arbitrariedades y atropellos contra magníficos camaradas en España, Francia y en otros países. Pero, cuando por fin, ante las negativas conse-

cuencias de esos actos, se examinó ese periodo en la dirección, al no dar participación a la base del Partido, todo quedó limitado a una sanción provisional contra Antón sin que nadie suplira cómo se había desarrollado esa discusión en las alturas, ni siquiera el V Congreso y el Comité Central que en él fue designado.

La destitución de Vicente Uribe que tuvo lugar en 1956 no fue tampoco explicada al Partido. Es más, el Comité Central no fue informado de las discusiones que anteriormente se habían desarrollado en el Buró Político. Carrillo dio las informaciones que quiso y que le convenían pero escamoteó muchas otras que hubieran podido perjudicarle a él.

Las enseñanzas del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética no fueron tenidas en cuenta en nuestro Partido. Más aún, Santiago Carrillo, con la activa complicidad de sus amigos de entonces, se las apañó para aparecer ante el Partido como el representante de lo nuevo frente a lo viejo, el renovador del Partido Comunista de España. Fueron, una vez más, frustrados los intereses del Partido poniéndose mordaza a muchos militantes que deseaban aclarar las cosas de una vez para siempre, que tenían muchas y fundadas reservas sobre Carrillo y otros dirigentes.

Si las enseñanzas del XX Congreso del P.C.U.S. hubieran sido estudiadas en nuestro Partido, es casi seguro que un personaje tan turbio como Santiago Carrillo jamás habría podido escalar el más alto puesto del Partido Comunista de España. Tampoco habrían podido llegar a la dirección gentes de tan poquísima solvencia moral y política como Azcárate, Antón, Jerez y algunos más.

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética fue otra ocasión perdida en nuestro Partido.

Una vez que Carrillo se hizo con los mandos fundamentales, los viejos métodos continuaron y se desarrollaron. Si en el pasado, pese a todas las insuficiencias que hemos señalado, había discusiones en la dirección, a partir de 1956 se ahogó totalmente toda posibilidad de crítica. Carrillo se convirtió en el jefe todopoderoso que co-

taba en todas partes, que decía la última palabra sobre cualquier problema, que ponía y quitaba personas a su capricho, que utilizaba los fondos del Partido a su antojo, que decidía quien debía ir a cualquier reunión internacional, que mandaba en «Mundo Obrero» y en «Nuestra Bandera».

En los años anteriores al XX Congreso del P.C.U.S. Carrillo y Antón no se detuvieron ante nada para imponer su dominio en el Partido. El camarada Lister que conoció muchas cosas terribles de ese periodo poco antes de la muerte del camarada Vicente Uribe, viejo dirigente comunista que Carrillo se encargó de liquidar políticamente, quiso denunciar esos atropellos en la reunión del Comité Central de septiembre de 1970. Pero el maquiavélico Carrillo, con el apoyo de Dolores Ibárruri y la complicidad cobarde de la mayoría del Comité Central, impidieron hablar a nuestro camarada. El déspota tenía miedo, sabía perfectamente que su autoridad quedaría maltrecha si en esa reunión tan minuciosamente preparada por él se decían ciertas cosas.

Pero él y sus cómplices se equivocaron una vez más. Enrique Lister, en uso de sus deberes y derechos, ha puesto en conocimiento de todo el Partido algunas de las gravísimas acusaciones que hubiera querido presentar exclusivamente ante el Comité Central. Y todo lo demás será puesto en conocimiento de la Comisión Investigadora de la conducta de Carrillo y otros dirigentes que esperamos decida constituir nuestro VIII Congreso.

«¡BASTA!», es un documento de gran importancia para comprender las raíces profundas de la crisis del Partido, es una contribución importante del camarada Lister a la lucha general del conjunto del Partido para liberarse del carrillismo y desenmascarar a sus principales protagonistas.

En resumen, se puede afirmar que desde el final de la guerra de España hasta 1968 imperaron en el Partido los métodos de ordeno y mando, el terror político y la violación sistemática de los derechos más elementales de los militantes. Carrillo fue el más diestro especialista de ese sistema. Mientras los comunistas daban su vi-

da por el Partido y por la causa de la revolución, él, siempre a cubierto de todo riesgo, intrigaba, maniovraba, actuaba, sin pararse en barras, para alcanzar sus fines: la máxima dirección del Partido Comunista de España.

En esos años los militantes sólo tenían derecho a ver, oír y callar. Y si alguno rechistaba la reacción de Carrillo y de otros que con él mangoneaban todo era terrible: el sanbenito de turno, la sanción, la campaña de calumnias, el aislamiento cruel e insoportable y, a veces, cosas peores. Y esa reacción era implacable en España o fuera de España, en la calle o en la cárcel, en vida o en muerte del «rebelde».

En ese largo periodo militantes abnegados que habían demostrado su amor al Partido, su desinterés en la lucha, su firmeza de principios y su valentía ante el enemigo, en ciudades y pueblos de nuestro país, en la lucha guerrillera, en los frentes de combate contra el fascismo durante la segunda guerra mundial, y en otros sectores de la lucha contra la dictadura, sufrieron y, en muchos casos, siguen sufriendo, las terribles e inhumanas consecuencias de esos métodos despóticos, vieron rota su vida, su familia y sus amistades de años, vieron mancillado su honor de revolucionarios y de comunistas.

La Comisión Organizadora del VIII Congreso ha recibido ya muchos testimonios de luchadores comunistas que fueron víctimas de esos métodos inquisitoriales.

Uno de los camaradas que más brutalmente fueron tratados en esos años fue Jesús Monzón. No sabemos cual es actualmente su actitud. Pero lo que sí sabemos es que la mayor parte de las acusaciones que contra él se hicieron, las más péfidas, son totalmente falsas. Santiago Carrillo le calumnió vilmente en «Mundo Obrero», en «Nuestra Bandera», en «Radio España Independiente», le acusó de «provocador», de «agente de la CIA», de estar al servicio del franquismo y del carlismo. Todo eso se demostró que era mentira. Y precisamente por ello, a propuesta de Dolores Ibárruri, hace ya más de quin-

ce años, varios miembros del Comité Central, entre ellos Rejano, fueron encargados de hablar con Monzón y de proponerle reincorporarse al Partido. Pero éste no aceptó. Y las falsas acusaciones siguen pesando sobre él pues ninguna de ellas ha sido retirada para no dejar mal al «fiscal» del Partido, a Santiago Carrillo.

Precisamente por eso, los militantes del Partido tienen derecho a preguntarse y a preguntarnos: ¿Es que son ciertas las cosas que se han dicho sobre tantos otros camaradas?

Nuestro Congreso debe tomar el acuerdo, y es una proposición concreta que os hacemos a los delegados, de designar una Comisión, que podría ser la misma encargada de investigar la conducta de Carrillo, para esclarecer todos esos problemas angustiosos. Incluso casos como el de Quiñones deben ser reexaminados. Y a la luz de las conclusiones de esa Comisión, el Comité Central del Partido que salga de este VIII Congreso, tendrá que resolver de una manera definitiva. Los camaradas acusados, expulsados injustamente y vilipendiados deben ser rehabilitados y los que queden en vida, si ellos lo desean, reincorporados al Partido con todos sus derechos y deberes.

Está claro, que gentes como Enrique Castro, Jesús Hernández y algunos más que se convirtieron en instrumentos del imperialismo y del franquismo, que pagados por nuestros enemigos se dedicaron a escribir las más viles porquerías antisoviéticas y anticomunistas, nada tienen que ver con nosotros ni con los camaradas que demostraron siempre su fidelidad al Partido y a la clase obrera, su integridad revolucionaria, pese a las falsas acusaciones de que fueron víctimas.

Parte integrante de esos métodos fue la ausencia de una verdadera vida política en las organizaciones del Partido. Carrillo y sus compinches no estaban interesados en el desarrollo de las preocupaciones políticas de los militantes pues ello podría haber sido peligroso para el logro de sus fines antipartido. Los camaradas eran convertidos en ejecutores de las decisiones de arriba, en recaudadores de fon-

dos, en vendedores de las creaciones revisionistas de Carrillo, en simples practicistas. Esa práctica, que chocaba brutalmente con la existente cuando José Díaz era secretario general, condujo al debilitamiento político del Partido y obstaculizó el desarrollo de la combatividad y formación revolucionaria de algunas organizaciones y militantes. Pero, afortunadamente, como pudo verse en 1968-69, los oportunistas no consiguieron alcanzar todos sus objetivos. Miles de comunistas, en un momento crucial de la lucha de clases, supieron elegir su trinchera, la del honor revolucionario, la del internacionalismo proletario, la del socialismo y el comunismo.

En ese período el Comité Central fue un órgano decorativo destinado a decir «amén» y aprobar sin discusión todo lo que se le presentaba. El sistema era tal que se hacía casi imposible toda discusión, todo intento de crítica, todo examen riguroso de la situación política y de la actividad del Partido y de sus órganos dirigentes.

Junto a lo dicho anteriormente está el problema del aparato carrillista. Este aparato que controla directamente Carrillo se ha convertido en un partido dentro del Partido. La única condición para formar parte de él es la fidelidad a toda prueba al secretario general; aquí no hay la más mínima vida política: los componentes del aparato carrillista son como empleados de un negocio que en nada se parecen a los revolucionarios profesionales de los que tanto habló Lenin; esos miembros del aparato disfrutan de algunas ventajas y prebendas a costa de los militantes que luchan; ellos son los ojos y los oídos del secretario general, controlan a los militantes responsables e incluso a los miembros del Comité Central y son los vecorreydiles del jefe supremo.

Debe quedar claro que no nos referimos al hablar del aparato a los camaradas que dedican su vida, de verdad, al trabajo del Partido, a los camaradas que luchan clandestinamente en España o que cumplen otras funciones importantes en la emigración. Nos referimos a la casta carrillista del aparato, a los Ramos, Azcárate, Antón,

González Jérez, Martí, Nuña Pla y otros más.

En la formación de «aparatos» así es un verdadero maestro Santiago Carrillo. Ese es su mayor poder en la actualidad. Por eso lo defiende con tanta energía, pretendiendo presentar a cobardes por valientes y a simples arrivistas por comunistas entregados al Partido.

Como es natural, en un Partido de tan rica historia como el nuestro, esta situación no podía mantenerse toda la vida. El núcleo sano del Partido tenía que reaccionar en una ocasión propicia. Eso es lo que ocurrió con motivo de los acontecimientos de Checoslovaquia en los años 1968-1969.

LOS ACONTECIMIENTOS DE CHECOSLOVAQUIA

Los acontecimientos de Checoslovaquia fueron la ocasión para que el largo y profundo descontento que se incubaba desde hacía muchos años en el Partido adquiriera manifestaciones abiertas y espectaculares.

Queremos empezar por decir que la decisión de condenar la acción internacionalista de los Países del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia, decisión tomada irregularmente por Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri, Ignacio Gallego y otros dos miembros del Comité Ejecutivo, se presentó a este organismo y más tarde al Comité Central como un hecho consumado e irreversible. Esa injusta decisión tomada por ese grupo de personas el día 22 de agosto, trasladada a Radio España Independiente el día 23, plasmada en un «Comunicado del Comité Ejecutivo» que nuestra emisora dio a conocer el día 28 de agosto de 1968, fue repudiada por la aplastante mayoría de los comunistas españoles. Esa decisión del «Comité Ejecutivo» no fue tomada nunca por este organismo sino por un pequeño grupo. El Comité Ejecutivo lo que hizo el día 6 de septiembre de 1968, con el voto en contra de uno de sus miembros y en ausencia de otros ocho camaradas, fue aceptar vergonzosamente un hecho consumado que ponía en peligro la unidad del Partido.

Pero la indignación de la base del Partido fue creciendo cuando se dio cuenta que la dirección carrillista no sólo mantenía esa posición injusta sino que intentaba imponerla por la fuerza, bajo el terror político, a todas las organizaciones y militantes; cuando observó el antisovietismo y el antisocialismo de esos renegados carrillistas; cuando advirtió que el Partido Comunista de Checoslovaquia y su dirección actual se convirtieron en blanco principal de los disparos del revisionismo español e internacional.

No obstante, los acontecimientos de Checoslovaquia no fueron el origen de la crisis surgida en el Partido como quisieran hacernos creer Carrillo y su grupo. Como ya decíamos, esa crisis vania incubándose desde hacía mucho tiempo y la confrontación a escala mundial entre el marxismo-leninismo y el revisionismo con ocasión de esos acontecimientos provocó su estallido.

El Partido Comunista de España manifiesta su simpatía y solidaridad al Partido Comunista de Checoslovaquia y a su dirección actual y les desea los mayores éxitos en sus justos esfuerzos por consolidar las posiciones del socialismo en el país hermano.

El Partido Comunista de España considera que el documento del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia titulado «Enseñanzas de la crisis», aprobado en diciembre pasado, es rico en experiencias y constituye una ayuda inapreciable no sólo a la causa de los comunistas checoslovacos sino a todos los comunistas que luchamos contra el revisionismo en nuestros propios partidos.

El Partido Comunista de España considera nulas todas las decisiones del grupo carrillista en relación con Checoslovaquia y en primer lugar la de condenar la acción internacionalista de los Países del Pacto de Varsovia en agosto de 1968.

La esencia del carrillismo

El conjunto de las posiciones político-ideológicas y de los métodos que

encarna Carrillo se podrían resumir así:

- Suplantación del centralismo-democrático por el centralismo-burocrático en la vida del Partido.
- Intento de acoplar la línea del Partido a la de los llamados «evolucionistas» con vistas a integrarle en el sistema capitalista.
- La sustitución del marxismo-leninismo por el eclecticismo y el pragmatismo.

Esto es en síntesis el carrillismo. Examinando retrospectivamente las posiciones políticas e ideológicas de Carrillo desde hace más de 30 años se puede apreciar en él una línea consecuente. No existe contradicción de principio entre unas y otras posiciones de Carrillo. Todo lo que ha hecho y dicho estaba destinado a lo mismo, a socavar el Partido marxista-leninista y a colocarle a la cola de la burguesía.

Los «nuevos enfoques» de Carrillo tenían y tienen la función de argumentar y justificar su política en cada situación, y para que pasen más fácilmente no vacila en arrancar de los textos de Lenin y de nuestros clásicos palabras y frases aisladas que las incorpora a sus mejunjes.

Es claro que el carrillismo tiene algunas bases de sustentación en España. Esas bases se encuentran en los sectores más predispuestos a la colaboración de clases, en los que contraponen las reformas a la revolución. La burguesía española está interesada en tener su partido «obrero burgués». Ese partido no pueden hacerle los socialdemócratas de derecha que están muy desprestigiados: no pueden constituirle, tampoco, los elementos que han colaborado activamente con el régimen. Por eso han confiado esta tarea a Carrillo.

Entre los sectores más conscientes de la clase obrera y del campesinado trabajador el carrillismo no cuenta con apoyos serios. Por el contrario, Santiago Carrillo aparece ante ellos como un vulgar reformista, un político pequeño-burgués fracasado. De todas formas, el peligro del carrillismo en la base obrera no debe subestimarse sobre todo teniendo en cuenta

las dificultades que nos crea la dictadura para desenmarcar ante las masas. Ahora mismo podemos observar los esfuerzos de algunos periódicos burgueses de España y del extranjero para elevar el prestigio de Carrillo, para presentarle como un «comunista» bueno, «humano», «independiente». «Pueblo» el diario del fascista Emilio Romero es uno de esos periódicos; «Le Monde» y «Le Figaro» de París hacen también lo mismo.

En el extranjero los carrillistas cuentan con bastantes apoyos de los revisionistas y burgueses. Los primeros le alimentan con sus ideas y concepciones; los segundos le dan toda clase de facilidades para desenvolverse por el mundo capitalista. El revisionismo internacional y la burguesía han comprendido la importancia que tiene para ellos que el antisovietismo sea defendido por quien se llama «secretario general del Partido Comunista de España».

Por lo tanto la lucha de los comunistas españoles contra el carrillismo es no sólo un deber ante la clase obrera de nuestro país sino, también, ante la clase obrera internacional. Para nosotros es claro que la lucha contra el viejo y el nuevo revisionismo internacional, una parte del cual es el carrillismo, es parte integrante de la lucha contra el imperialismo que por los medios más sutiles y diversos lo utiliza para introducir su ideología en los partidos comunistas y entre la clase obrera. Por eso tenía razón el camarada Brezhnev cuando en la Conferencia de los Partidos Comunistas decía que «la disgregación desde dentro del movimiento comunista y de todo el movimiento revolucionario es hoy una de las cartas principales de la estrategia de clase del imperialismo.»

Todos los revisionistas se caracterizan por lo mismo: la renuncia a los principios fundamentales del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario; todos se esfuerzan por hacer creer que el leninismo es un fenómeno típicamente ruso; que el socialismo de la URSS no sirve para otros países más desarrollados; que han inventado nuevos modelos de socialismo que unan el socialismo con la democracia burguesa; todos se es-

fuerzan por rechazar o camuflar de una manera vergonzante la dictadura del proletariado como el instrumento imprescindible de la clase obrera para el triunfo de la revolución socialista; todos se unen para negar o desvirtuar el papel dirigente del Partido Comunista en la revolución socialista.

Las responsabilidades

Camaradas: La cuestión de la responsabilidad por esta situación preocupa y abruma a los comunistas. Pues es evidente que si el grupo carrillista ha llegado a conquistar la dirección del Partido, mediante tantos atropellos se debe, en gran parte, a la confianza de unos, a la pasividad de otros, a la incapacidad de unos terceros y a la activa complicidad de un grupo importante de dirigentes.

Tenemos el deber de empezar a dar una respuesta clara, sincera y convincente a esta pregunta que nos hemos hecho todos.

En primer lugar no debemos hacer nunca abstracción del contexto general en el que se han desarrollado estos hechos. La derrota del año 1939 fue un golpe terrible para el pueblo español y muy particularmente para el Partido Comunista. Millares, decenas de millares de comunistas cayeron en la lucha contra el fascismo, fueron asesinados después de la derrota, tuvieron que replegarse en la más profunda clandestinidad, fueron encarcelados o tuvieron que refugiarse en otros países.

Al mismo tiempo había comenzado la segunda guerra mundial, guerra total entre el fascismo y el socialismo que exigía la concentración de todas las energías de los comunistas para salvar a la humanidad de la barbarie fascista y salvaguardar el socialismo.

Millares de miembros del Partido contribuyeron a la victoria luchando en los guerrillas de nuestro país, en la clandestinidad, en todos los frentes de la segunda guerra mundial, llevando siempre muy alta la bandera gloriosa del internacionalismo proletario.

Pocos años después de terminada nuestra guerra, murieron José Díaz y Pedro Checa, dos dirigentes de talla,

dos auténticos marxistas-leninistas, lo que constituyó otro golpe muy duro para el Partido.

Hasta 1954 en que se celebró el V Congreso, 22 años después del anterior, no existió, prácticamente, Comité Central del Partido pues los miembros de este órgano que habían escapado a la represión se encontraban, al igual que todos los demás militantes, dispersados por diferentes lugares del mundo o sumidos en la más profunda clandestinidad en España.

Pero a partir del V Congreso sí que existió un Comité Central del Partido. Este Congreso podría haber sido el inicio de una nueva etapa de corrección y superación de los viejos errores y métodos. Los militantes demostraron la mejor disposición de ayuda a la dirección para alcanzar esos nobles objetivos. Desgraciadamente, este Congreso, como con justa y sobrada razón han dicho algunos camaradas, fue una ocasión perdida.

De todas formas, a partir del año 1954 los principales responsables de haber permitido a Santiago Carrillo y a sus acólitos tantas desviaciones políticas e ideológicas, tantas vulneraciones de los métodos leninistas, tantos y tantos atropellos, somos los que ocupábamos puestos y cargos de responsabilidad en el Comité Central y en todos los organismos de dirección del Partido. Es claro que no se trata de dividir esa responsabilidad en partes iguales entre todos los camaradas. Unos tienen más y otros menos, pero, hay, sin ninguna duda, una responsabilidad colectiva de la que nadie de nosotros puede escapar.

Bien, ¿Y cómo explicarse eso? ¿Cómo explicarse que tantos camaradas responsables hayan sido paralizados, engañados o arrastrados por un aventurero político?

Nos hemos referido antes al papel decorativo que ha desempeñado siempre el Comité Central. Pero es necesario detenerse más ampliamente en esta cuestión que es primordial para la justa comprensión de muchas otras cosas.

Camaradas: En el Comité Central carrillista han habido, y hay todavía hoy, militantes honestos, fieles al Par-

tido y dispuestos a luchar por él. Examinando este asunto con la cabeza fría, con serenidad, sin dejarnos llevar por las ofensas y las actitudes primitivas de muchos de esos camaradas, tenemos que llegar forzosa-mente a la conclusión de que, pese a todo, muchos de esos militantes son comunistas y es de esperar que algún día se den cuenta de cual es su verdadero deber.

Pero conviene explicar cómo funciona el Comité Central, cuál es el clima que reina en ese órgano, qué métodos utiliza el grupo carrillista para domesticarlo y convertirlo en una máquina de votar lo que él ordena.

Invariablemente cada sesión del Comité Central es presidida por Carrillo o por alguno de sus ayudantes; antes de cada sesión nadie sabe cual será el Orden del Día; en cada reunión de ese órgano aparecen unos invitados que, a veces, —como en la sesión de septiembre de 1970— son tan numerosos como el núcleo del C.C. que se encuentra en ella; los invitados son designados por Carrillo y sus colaboradores más próximos y, como es natural, firmes partidarios del jefe que les ha dispensado semejante honor; antes de cada sesión del Comité Central, Carrillo y sus ayudantes más serviles como Gallego, Azcárate, Alvarez, Ramos y algunos más, se encargan de «preparar» a sus miembros a medida que van llegando al lugar de la reunión.

Veamos algunos ejemplos: Cuando los acontecimientos de Checoslovaquia varios camaradas del Comité Central y del Comité Ejecutivo manifestaron su completo acuerdo con la acción internacionalista de los Países del Tratado de Varsovia en aquel país Y algunos de ellos lo manifestaron por escrito que conocían algunos miembros del Comité Ejecutivo. Sin embargo, cuando se celebra la reunión de septiembre del Comité Central, algunos de esos mismos camaradas defendieron posiciones diametralmente opuestas a sus convicciones de hacía unos días y totalmente en la «línea» del secretario general. ¿Qué había pasado para un cambio tan brusco e inesperado? pues nada más que una entrevista previa a la sesión de esos camaradas con Carri-

lio y sus acólitos. Y a partir de esa entrevista lo blanco se había transformado en negro, la metamorfosis había sido asombrosa.

¿Cómo se desarrollan esas entrevistas? Hay que decir que los carrillistas saben escoger en cada caso el método más efectivo. En unos es la amenaza pura y simple, brutal y grosera: «¡Hay que definirse rápidamente, pues sino ya sabes lo que te espera!», son los «argumentos» de Carrillo con algunos camaradas. En otros casos son las represalias económicas las que hacen doblarse a militantes honestos que se ven obligados a renunciar a sus más profundas convicciones, a sus mejores camaradas y amigos y a transformarse en sujetos pasivos. El halago, el premio, la esperanza de algo y otros procedimientos igualmente indignos es otro de los medios que utiliza el grupo carrillista para alcanzar sus fines.

Carrillo, con la ayuda de su secretario personal, es el que monopoliza las relaciones con todos los miembros del Comité Central y con otros camaradas que desempeñan funciones de responsabilidad en el Partido. El recibe las cartas, las contesta y las archiva. Y los demás miembros de la dirección conocen de esas cartas y de las respuestas lo que quiere que conozcan Carrillo. El carácter unipersonal de la dirección carrillista puede verse en el hecho siguiente: los dirigentes de algunas organizaciones y una buena parte de los miembros del Comité Central no se dirigen ni al Comité Ejecutivo ni al Secretariado sino al «querido Santiago».

El Comité Central se reunía cuando le interesaba a Carrillo y a sus planes. El que fue elegido en el VII Congreso, hace ya seis años, sólo se ha reunido cuatro o cinco veces y, salvo las dos últimas, con una participación muy reducida de sus miembros. Los camaradas conocen que entre la reunión de septiembre de 1968 y la última del Comité Central carrillista pasaron dos años, dos años plenos de acontecimientos importantes tales como el Estado de Excepción de los primeros meses de 1969, la designación del Príncipe para la sucesión de Franco, la designación del gobierno Carrero Blanco-López Bravo-López Rodó,

la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de junio de 1969 y la gravísima crisis del Partido con la expulsión y separación de centenares de militantes y, entre ellos, de varios miembros de la dirección del Partido.

Uno de los chantajes de Carrillo para hacer creer que el Comité Central es una cosa seria es el aumento sin medida del número de sus miembros. Hoy tiene ya nada menos que 111. Con eso mata dos pájaros de un tiro: por un lado recompensar a sus más fieles seguidores y presionar sobre otros miembros más veteranos que tienen muchas dudas sobre el «éxito» de la aventura revisionista; por otro, hacer cada vez más difícil el funcionamiento regular del Comité Central que al ser tan numeroso es bastante complicado reunir-lo. Como pueda verse no le falta «talento», en estos menesteres, al revisionista Carrillo.

Está suficientemente demostrado que si queremos estimular la vida política del Partido es necesario que los responsables sepan crear un clima propicio para ello. Un clima de libertad, de respeto mutuo, de comprensión, camaradería y naturalmente de consciente disciplina. Si eso es necesario hacerlo en cada célula, en cada comité, mucho más necesario es hacerlo en el Comité Central. Sin embargo, el clima que fabrica Carrillo para impedir una discusión libre es otro muy diferente. Si alguien se atreve a discrepar le salen al paso rápidamente unos cuantos carrillistas acérrimos para taparle la boca, se le hace el vacío, se le cerca incluso, se le rodea de un ambiente insoportable. Así ocurrió, por ejemplo en el pleno de septiembre de 1968 cuando los camaradas que nos opusimos a la injusta posición de Carrillo fuimos sometidos al aislamiento y a la vigilancia policíaca de los hombres del aparato de Carrillo. Así pasó, también, en la reunión del Comité Ejecutivo de abril de 1969 con quien os hace hoy este informe. Durante cuatro días que duró el «juicio» nadie del Comité Ejecutivo —salvo el camarada Lister— quiso comprometerse a hablar con el «acusado». Y las intervenciones de la mayor parte de los miembros del Co-

mité Ejecutivo, siguiendo la pauta de Carrillo, estuvieron llenas de ataques personales, a la familia, siempre groseros y brutales, siempre injustificados, hacia quien se había atrevido a discrepar. Aquella reunión, como muchas otras que los camaradas conocen y en las que Carrillo presidía, parecía un tribunal militar o, peor aún, un interrogatorio en la Dirección General de Seguridad.

En la reunión de septiembre de 1970, además de todo lo ya señalado, Carrillo llegó mucho más lejos con la provocación que había montado contra nuestros camaradas Lister, Uriarte, Bárzana y otros. Constituyó un komando de energúmenos encargados de rodearlos, insultarles y, si hubieran podido, de liquidarles.

Si camaradas, es necesario que todos los comunistas conozcan el clima de las relaciones que establece el «humanista» Carrillo, ese furibundo partidario del «socialismo humano» y del «socialismo en la libertad».

Es claro que todo lo expuesto coarta la libertad de los camaradas, ahoga la crítica, desmoraliza y asusta a muchas gentes.

Hay otro factor importante que debemos examinar. Es la presión ideológica del enemigo de clase. Si ligamos esta presión, constante, machacona, hábil, a la complejidad de la lucha en las condiciones de hoy, a la existencia de la dictadura, del terror, comprenderemos mejor la causa de la actitud de toda una serie de camaradas. Algunos miembros del Partido y de su dirección han sido vencidos por esas dificultades objetivas, por la presión ideológica del enemigo y por las concepciones antimarxistas del carrillismo.

Es evidente que algunos camaradas consideran que los «nuevos enfoques» de Carrillo son un esfuerzo creador del marxismo y de adaptación a las condiciones concretas de nuestro país. Naturalmente esos camaradas han demostrado su debilidad e inconsistencia política y teórica lo que se explica, en algunos casos, por haber crecido a la vida política en un periodo de enorme confusión ideológica sin recibir la ayuda del Partido para com-

batir esas influencias y mantenerse firmes en las posiciones del marxismo-leninismo.

De tal suerte, un grupo importante de miembros del Comité Central, fundamentalmente jóvenes, se apartan de las posiciones clasistas e internacionalistas del Partido Comunista de una manera, pudiéramos decir, natural para caer en el antisovietismo y el nacionalismo sin graves conflictos de conciencia. Esos camaradas consideran una barbaridad que la URSS y otros países socialistas sean consecuentes con ese principio del movimiento comunista, de que su primer deber internacionalista es defender el socialismo y no permitir que se pierda ni una sola pulgada de la tierra que se conquistó con la sangre de millones de obreros y campesinos; esos camaradas creen que la «soberanía nacional» es un concepto general y abstracto y que en virtud de ello si las fuerzas reaccionarias y revisionistas logran poner en peligro la existencia del régimen socialista en un determinado país, pues hay que dejarlas en paz; esos camaradas ponen por encima de todo los «intereses nacionales» de su «patria»; esos mismos camaradas se emocionan y vibran cuando oyen a Carrillo hacer elogios del Ejército de casta pues al fin y al cabo es un Ejército español; esos camaradas son presa fácil de la demagogia nacionalista de los revisionistas y de la burguesía Y, al mismo tiempo, esos camaradas tan sensibles ante la «voluntad del pueblo», tan humanos y abiertos a lo «nuevo», apoyan, aplauden con entusiasmo, votan con las dos manos las separaciones y expulsiones de luchadores revolucionarios probados; gozan al difundir por todas partes las calumnias de Carrillo contra los militantes que le estorban; aceptan, incluso, ¡esos dulces humanistas!, formar parte de un komando, no para batirse con los grises, sino para intentar linchar a hombres con más de cincuenta años de historia revolucionaria a sus espaldas; esos mismos no «comprenden», en cambio, que se pongan al descubierto cosas del pasado, cosas que ayuden a desenmascarar a Carrillo y a sus agentes. Es decir, esos camaradas son muy humanos en palabras pero duros y crue-

les en los hechos, muy humanos hacia afuera pero tiranos y déspotas hacia adentro.

Pues así hay unos cuantos en el Comité Central carrillista.

Hay otra realidad muy importante: es el distanciamiento que existe entre la dirección y la base del Partido; la ausencia de control de los de abajo a los de arriba. Algunas gentes quieren presentar esto como una cosa inevitable, fatal, en un partido clandestino. Pero esto no es verdad, pues hemos conocido casos, que demuestran, que ese corte entre la base y la dirección, esa ausencia de control de los dirigentes por los militantes y las masas, puede darse, se da, en partidos que viven en la legalidad. Ese defecto gravísimo se produce en cualquier partido que viole la letra y el espíritu del leninismo. Esa es la pura verdad. Y el leninismo se ha vulnerado desde hace decenas de años en nuestro Partido por parte de algunos de sus dirigentes más destacados. Y así se ha dado el caso paradójico de que en un Partido de tan gloriosa historia como el nuestro, donde el heroísmo y el sacrificio ha corrido a raudales, al frente de él estén hoy algunas gentes que como Carrillo, Antón Azcárate, Jerez y otros cuyos nombres no hace falta citar, son la antítesis de esas cualidades masivas de los comunistas españoles. En estas condiciones tan nefastas, se han ido creando en la dirección unas prácticas ajenas al Partido, a su historia, a la historia del movimiento comunista internacional y sobre todo a la práctica de los bolcheviques. Cada miembro del Comité Central respondía única y exclusivamente hacia arriba, hacia el secretario general. Y esto era y es lo importante para bastantes camaradas. Al fin y al cabo ¿qué les importaba a esos dirigentes el pensamiento de la base, de los obreros, y campesinos si ante ninguno de ellos tienen que rendir cuentas?

Hay un determinado número de camaradas en el Comité Central que por sus años, salud y por otras razones no desempeñan realmente ningún papel en el mismo. Algunas veces se ha querido presentar eso como la mejor

forma de asegurar la «continuidad» del Partido. La experiencia ha demostrado que esto es falso. Bastantes de esos dirigentes están invalidados, —ellos mismos se han invalidado— para ejercer funciones y menos aún para garantizar esa «continuidad». Cuando se les convoca van a las reuniones del Comité Central a escuchar, a aprobar, a decir «amén» a todo lo que ordena Carrillo ¿Qué piensan estos camaradas en su fuero interno? Nadie lo sabe con certeza, pero es probable que en ocasiones se sientan incómodos, asqueados, cómplices de los liquidadores del Partido. No podemos por menos que sentir compasión por algunos de ellos, por los que en épocas pasadas supieron cumplir con su deber de revolucionarios y de comunistas.

Lenin concedió siempre gran importancia a la composición social de los órganos dirigentes del Partido de la clase obrera. Es cierto que por su origen social la mayoría de los miembros del C.C. son procedentes de la clase obrera. ¿Pero qué son realmente ahora? Algunos se han desclasado totalmente, no sólo por desconocer el trabajo, sino por el aislamiento al que les somete Carrillo. La tendencia de los revisionistas es la de apartar rápidamente de la producción, del contacto diario con los trabajadores, a los que son incorporados al Comité Central. Y así, poco a poco, en el órgano de la máxima dirección del Partido de la clase obrera, el número de hombres y mujeres de esa clase, que siguen viviendo, luchando y sufriendo con ella disminuye y el peso de los seudointelectuales, de los «funcionarios», de los que es difícil acoplar en ninguna categoría social, va en aumento. En el actual Comité Ejecutivo carrillista, ¿de 21 miembros!, sólo hay, que sepamos, un obrero y es probable que actualmente haya dejado de serlo. En cambio, veremos en ese Comité Ejecutivo carrillista una gran mayoría de seudointelectuales, de gentes desclasadas y de «funcionarios» dóciles a Carrillo. Por eso, la voz auténtica de la clase obrera es cada vez más débil en la dirección carrillista, el sentir de los trabajadores de la ciudad y del campo no llega a esos órganos o llega de manera deformada.

En el Comité Central hubo siempre un grupo de camaradas que trabajaban, que luchaban y corrían el riesgo de ser detenidos, que estaban en general agobiados por la actividad que tenían que desarrollar, muchas veces superior a sus fuerzas. Sobre estos camaradas recaía el peso de todo el trabajo que otros no cumplían o cumplían a medias. El resultado lógico de esta situación era el deslizamiento gradual de toda una serie de valores auténticos hacia el más puro practicismo con el abandono correspondiente del estudio, de la reflexión y del análisis de su propio trabajo y del trabajo del Partido en su conjunto. Sin embargo, estos militantes acumulaban sobre sí mismos una gran experiencia, conocían mejor que nadie la realidad, lo que pensaban los comunistas y las masas; esos camaradas, en otras condiciones, podrían haber sido un elemento esencial de la dirección colectiva. Pero Carrillo y sus ayudantes se las apañaban para evitarlo; ellos querían servirse de la experiencia, autoridad y conocimientos de la realidad de los que trabajaban y luchaban, para justificar sus orientaciones políticas, —las del grupo revisionista—, y si ellos se atrevían a poner en duda algo, a criticar algún aspecto de la línea carrillista, entonces, inmediatamente, les salían al paso los ayudantes de Carrillo y los camaradas que no tenían la menor idea de lo que es España, de sus problemas, dificultades etc... para cortar el intento de análisis crítico y autocrítico de los dirigentes más competentes en esta cuestión.

El chantaje sobre la unidad del Partido, las malas costumbres del pasado, el culto practicado siempre a ciertos dirigentes, la familiaridad, la credulidad mística y muchas otras cosas han sido también un freno muy considerable para la denuncia valiente del grupo carrillista, para el ejercicio de la crítica y de la autocritica en el Comité Central. Hemos visto cosas extrañas, hemos observado hechos, posiciones políticas, con las que no estábamos de acuerdo. Pero siempre nos deteníamos ante la unidad, ante la confianza que teníamos en los máximos dirigentes. Así fuimos cediendo paso a paso, abando-

nando nuestros derechos de dirigentes facilitando objetivamente, las maniobras de los revisionistas.

Estas son algunas de las causas fundamentales de la inactividad, pasividad e inoperancia del Comité Central, de que la máxima dirección del Partido entre Congreso y Congreso fuese substituida por el equipo carrillista, de que hombres que en otras ocasiones demostraron firmeza hayan sido tan débiles en ese caso.

Pero no llegaríamos al fondo de nuestro pensamiento si nos quedásemos aquí. Hoy la salud del Partido está en las manos de todos sus militantes y, en primer lugar, de su núcleo más experimentado. Sin embargo, todavía quedan bastantes de esos camaradas que, conscientes del daño que los carrillistas están causando al Partido, al Partido que ellos mismos contribuyeron a forjar, lo aguantan todo, o casi todo, en aras de una unidad absurda. Si esos militantes creen que con tal actitud preservan la vida y el porvenir del Partido se equivocan de parte a parte. Toda la experiencia histórica demuestra que en situaciones críticas como la nuestra, no es la pasividad, el conformismo y la sumisión lo que decide la suerte de esas situaciones. Lenin y los bolcheviques nos enseñaron a luchar, a ser firmes e intransigentes con los principios y a no ceder ante ningún género de chantajes. Al fin y al cabo la mayor garantía para conservar y fortalecer el carácter y la naturaleza del Partido Comunista está en la vigilancia política de los militantes más conscientes. Así lo entendieron en 1968-1969 centenares y miles de camaradas en nuestro país y en otras partes.

Y no queremos terminar esta cuestión tan importante sin decir unas palabras sobre Dolores Ibárruri. Muchos, muchísimos, eran los militantes y comunistas que confiaban en Dolores Ibárruri, que esperaban una intervención de ella para poner un freno al antisovietismo, al nacionalismo y al despotismo bárbaro de Santiago Carrillo. Pero lo que esos militantes han podido ver es todo lo contrario. Ella cubrió, apoyó y defendió al revisionista Santiago Carrillo; ella fue, en toda una serie de casos, eje-

cutora de la política y métodos del antisoviético y «social-demócrata» de derecha Carrillo. La que fue Presidente del Partido Comunista de España ha recibido centenares de cartas de militantes del Partido que remitía inmediatamente al déspota sin tomarse la molestia de contestar a ellas. Ante su conducta, los comunistas españoles hemos retirado toda confianza a Dolores Ibárruri, que, con Santiago Carrillo, es responsable fundamental de la situación actual.

Sobre el problema de Fernando Claudín

En la revista de París titulada «Ruedo Ibérico», Fernando Claudín ha publicado un largo artículo, a finales del año pasado, donde comenta a su manera la crisis de nuestro Partido. Esto nos obliga a decir muy brevemente lo que pensamos sobre Claudín y sus partidarios.

Fernando Claudín participó activamente en la elevación de Carrillo al puesto de la secretaría general del Partido Comunista de España. Él fue su segundo de abordo desde 1956 y compartía, en lo fundamental, las mismas concepciones que el «jefe que nunca se equivoca» como denunciara él mismo hace ahora seis años.

No obstante, entre Carrillo y Claudín existían y existen algunas diferencias secundarias. Una de las causas de sus enfrentamientos pasados fue que Fernando Claudín no estaba dispuesto a convertirse en un simple pelele de Carrillo como éste quería y como había logrado con otros intelectuales de la dirección.

De todas formas, ambos fueron tirando, en más o menos armonía, hasta 1962. A partir de entonces las posiciones de Claudín comenzaron a tomar un carácter antimarxista más acentuado que Carrillo consideraba prematuras.

Conviene señalar que el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el intento contrarrevolucionario de 1956 en Hungría y la ruptura de la dirección del Partido Comunista de China con la mayoría de

los demás partidos comunistas y obreros, fueron ocasiones en las que se manifestó muy claramente la inconsistencia teórica e ideológica de Fernando Claudín. Él no comprendió nunca el verdadero significado de esos acontecimientos por no partir de las posiciones de clase propias a todo revolucionario consciente.

La esencia de las posiciones antimarxistas de Fernando Claudín fue y es la siguiente:

En primer lugar el divorcio artificial que él hace entre la actividad creadora de las masas trabajadoras en el mundo socialista y las relaciones sociales e instituciones de este nuevo sistema socio-económico. De ahí arranca, a nuestro entender su deslizamiento hacia la tergiversación de la realidad socialista en la URSS y en otros países socialistas difundida por los ideólogos del antisovietismo.

En segundo lugar la adulteración del contenido de los cambios producidos en la economía española y en la estructura de clases de nuestra sociedad cuando él intenta penetrar en la realidad socio-económica de nuestro país, aunque, al mismo tiempo, combatiese con razón la imagen superficial y unilateral que Carrillo había impuesto de dicha realidad. Esto le llevó a preconizar una política de adaptación del Partido Comunista y, por consiguiente, de la clase obrera, a los intereses de la burguesía monopolista española, en lugar de utilizar esos cambios para impulsar la lucha revolucionaria del proletariado y para elaborar la táctica y estrategia más conveniente para el Partido revolucionario de la clase obrera.

En tercer lugar, Fernando Claudín, denunciando algunas de las violaciones del centralismo democrático por el secretario general, reclamaba, de hecho, el reconocimiento de las tendencias y plataformas diversas dentro del Partido y no la observancia de los verdaderos principios y normas del centralismo-democrático.

En aquellas circunstancias lo que se proponía Claudín era prematuro y difícil llevarlo a la práctica según la opinión de Santiago Carrillo. Además, éste presentía el peligro de un ulterior y progresivo debilitamiento de su

autoridad personal y el de ser desplazado del puesto que ocupaba de secretario general. Por eso, con el maniobrerismo que le es propio, decidió, una vez más, abandonar a quien le había ayudado a escalar la cumbre, «renunciar» de sus propias convicciones y presentarse, frente a Fernando Claudín, como el defensor de los principios.

Es decir, el oportunismo y no la lucha consecuente contra las posiciones antimarxistas de Fernando Claudín, fue lo que le llevó a Carrillo en los años 1963-1964, a presentarse como el defensor del Partido y del marxismo-leninismo.

El discurso que Carrillo pronunció en abril de 1964 ante varios centenares de camaradas tenía el objetivo de conseguir el apoyo del Partido para consumir su lucha personal contra Fernando Claudín creando previamente un ambiente favorable para su expulsión del Partido. Ese discurso tenía también el objetivo de doblegar a los partidarios de Claudín dentro y fuera de la dirección del Partido.

Hoy, por ironía de la historia, puede verse que el verdadero ejecutor de las tesis revisionistas de Fernando Claudín es su represor de hace siete años, es decir, el mismo Carrillo. Pues su discurso de 1964 está en flagrante contradicción con la política que hoy practica abiertamente y con las relaciones que ha implantado con los partidos comunistas de los países socialistas y, en primer lugar, con el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Como conclusión Carrillo logró la expulsión de Claudín violando, como de costumbre, los estatutos del Partido ya que ella no fue decidida por el Comité Central en una reunión plenaria y en presencia del interesado como determinan los Estatutos.

Así evitó el posible desarrollo de una discusión política en la que se habría puesto de manifiesto la coincidencia de fondo entre las posiciones verdaderas de Carrillo y Claudín y los compromisos que ambos habían establecido en 1954-1955 para apartar de la dirección del Partido a Dolores Ibárruri, Vicente Uribe y otros miembros de la dirección de entonces con el

fin de ascender uno y otro a los dos más altos cargos del Partido y conducir a éste hacia el pantano del revisionismo.

Con este método que empleó Carrillo se evitaba, también, que los miembros del Comité Central, disconformes con las deformaciones de la línea política y, sobre todo, con los métodos del secretario general, pudieran aprovechar esta ocasión para manifestarlo.

Las posiciones ideológicas de Claudín son en la actualidad la negación del marxismo-leninismo y su actividad está concentrada en propagar abiertamente las concepciones del antisovietismo. Esto se ha patentizado con el artículo que ha escrito a finales del año pasado y al que nos referíamos antes. Por eso, al luchar contra el carrillismo, los comunistas luchamos también contra todas las corrientes antimarxistas que son, objetivamente, aliadas del carrillismo.

Claudín no tuvo el apoyo del Partido en aquel momento y sólo un reducido grupo de camaradas tomó posición a su favor. Casi todos, de acuerdo con Claudín, decidieron quedarse dentro del Partido, algunos en el mismo Comité Central y en el Comité Ejecutivo, en espera de mejor ocasión. Y esa ocasión llegó.

Lo más lógico sería que Carrillo reintegrara a Fernando Claudín en su grupo dirigente. En diferentes ocasiones, sobre todo después de la ruptura entre los comunistas y los carrillistas, le ha hecho ofrecimientos más o menos explícitos. Pero no sería extraño que tanto uno como otro consideren preferible, por el momento, que continúe el actual statu-quo. Así Claudín podrá escribir y decir lo que Carrillo piensa pero no puede expresar tan abiertamente por el cargo que ocupa.

Carrillo, «el jefe que nunca se equivoca» coincide con Claudín en el antisovietismo, en el revisionismo y en el oportunismo. Los partidarios de Claudín en la dirección son el apoyo fundamental de Carrillo en la expulsión de los verdaderos comunistas.

En resumidas cuentas, Fernando Claudín, y sus amigos ni antes ni ahora se enfrentaron a Carrillo con po-

siciones de principio. Todos están unidos por el mismo cordón umbilical.

Algunas conclusiones

Camaradas delegados: La Comisión Organizadora del VIII Congreso os presenta y somete a vuestra consideración las siguientes propuestas:

1. Anular, por contrarias al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario, todas las decisiones tomadas hasta hoy por la dirección carrillista en relación con Checoslovaquia y, en primer lugar, la injusta declaración del 28 de agosto de 1968 que condenaba la acción internacionalista de los Países del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia.

Enviar nuestro más cordial saludo, nuestra más completa solidaridad combativa al Partido Comunista de Checoslovaquia y a su dirección actual, a la clase obrera y a todos los trabajadores manuales e intelectuales de nuestro país hermano, deseándoles los mayores éxitos en la construcción de una sociedad socialista altamente desarrollada en la marcha hacia el comunismo.

2. Rechazar la plataforma antimarxista y antileninista de Santiago Carrillo y su grupo, y, muy particularmente, los libros titulados, «Después de Franco, ¿qué?», «Nuevos enfoques a problemas de hoy» «La lucha por el socialismo hoy» y «Libertad y socialismo». Todos esos libelos anti-comunistas y los artículos que Carrillo y sus ayudantes han escrito desde 1968 se inscriben en el arsenal del antisovietismo y del nacionalismo, son extraños totalmente a la teoría del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

3. Decidir la elaboración de la Historia del Partido Comunista de España, de una verdadera Historia que, a diferencia de la que existe actualmente, de una versión objetiva de la actividad del Partido Comunista de España desde su fundación hasta el día de hoy.

4. Designar una Comisión Investigadora de la conducta de Santiago Carrillo y de otros dirigentes desde el comienzo de la guerra de España.

Esta Comisión debe examinar concienzudamente todos los casos de militantes que han sido acusados públicamente por Carrillo y sus cómplices desde que terminó la guerra de España. Si se demuestra que esas acusaciones son falsas, esos militantes deben ser rehabilitados públicamente y, si ellos lo desean, reincorporados al Partido con todos sus deberes y derechos.

5. Anular la sanción que hace algunos años impuso el Comité Central, a propuesta del Comité Ejecutivo, al camarada R. Ella fue injusta totalmente y estaba destinada a desacreditar a un comunista cuya conducta había sido ejemplar en España y en Francia en el curso de la segunda guerra mundial.

Camaradas: Esos acuerdos que proponemos junto con la modificación de los Estatutos y el mantenimiento y desarrollo de la vida política en el Partido, son, a nuestro juicio, pilares esenciales en los que el Partido podrá apoyarse para superar la situación actual y para impedir la repetición de las mismas o parecidas aberraciones del pasado.

Se ha demostrado que en el seno del Partido Comunista de España, pese al daño causado por el carrillismo, había fuerzas sobradas para lograr la regeneración del destacamento de vanguardia de la clase obrera española.

Por eso podemos afirmar con serena seguridad y confianza que la victoria sobre el carrillismo está asegurada. El Partido será lo que debe, lo que queremos que sea todos los comunistas españoles, fiel a la clase obrera y a la revolución socialista, fiel al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario.

II. LA SITUACION INTERNACIONAL

El documento principal de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú en junio de 1969 señala:

«La humanidad ha entrado, en el último tercio de nuestro siglo, en una situación en la que se agudiza la confrontación histórica entre las fuerzas del progreso y las de la reacción, entre las fuerzas del socialismo y las del imperialismo. Este combate tiene por escenario el mundo entero y las esferas principales de la vida social, la economía, la política, la ideología y la cultura».

La justa comprensión del carácter y de la naturaleza de los procesos que se desarrollan en el mundo de hoy es una premisa indispensable para el establecimiento de una táctica y estrategia acertadas de cada partido comunista y obrero.

Vivimos una época de transición del capitalismo al socialismo, época que comenzó en Octubre de 1917 con la Gran Revolución Socialista que dirigió Lenin. La clase obrera, la fuerza social más avanzada del mundo contemporáneo, ejerce una influencia creciente en la marcha social del mundo. Los movimientos de liberación de las antiguas colonias, que han obtenido éxitos muy importantes, son aliados del socialismo y de la clase obrera internacional.

El sistema socialista mundial es la conquista más importante de toda la Humanidad a lo largo de su historia. La tercera parte de los habitantes de la tierra se ha liberado de la explotación capitalista y ha convertido en realidad los ideales de la Comuna de París, por los que lucharon y murieron, hace ahora un siglo, los obreros parisinos.

Sin embargo, frente a la marcha victoriosa del socialismo, de la clase obrera y del movimiento de liberación nacional, el imperialismo, que sigue dominando en una gran parte del mundo, que cuenta con enormes recursos y medios en el terreno económico, que sabe combinar la represión más brutal con otros métodos más

sutiles en el terreno político, que al tiempo que intensifica sin cesar la explotación de los trabajadores hace concesiones secundarias en el terreno social, ese imperialismo, repetimos, sigue constituyendo una grave y permanente amenaza para todas las fuerzas del progreso.

No debemos olvidar que los imperialistas dedican una parte fundamental de las riquezas de que disponen para fines de guerra, lo cual indica que ellos no han abandonado sus intenciones y propósitos de destruir el socialismo y de restablecer el colonialismo bajo otras formas.

La agresión del imperialismo yanqui en Indochina, de los sionistas de Israel en los Países árabes; el apoyo de los Estados de la OTAN a los colonialistas portugueses que tratan de aplastar la lucha de los pueblos de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau; las acciones represivas de los imperialistas ingleses en Irlanda y la ayuda que prestan a los racistas de África del Sur; el sostén de todos los Estados imperialistas a los regímenes fascistas o semifascistas de Grecia, Portugal, Indonesia, Paraguay, Brasil, España; la existencia de bases militares agresivas de los EE.UU. y de la OTAN en decenas de países del mundo; muchas otras cosas que podríamos seguir diciendo, demuestran con extraordinaria claridad que no se puede hacer abstracción de esa grave y permanente amenaza del imperialismo en ningún instante.

Las fuerzas revolucionarias del mundo de hoy

El sistema socialista mundial es la fuerza principal del movimiento revolucionario y antimperialista mundial, el motor fundamental del desarrollo histórico, la vanguardia de la revolución socialista mundial y el baluarte y sostén más poderoso de los trabajadores y pueblos que luchan por su emancipación social, económica, política y nacional en cualquier parte de la tierra.

Dentro de Isistema socialista la Unión Soviética desempeña un papel decisivo por su multifacética experiencia, por su desarrollo económico, cultural, técnico-científico y por su poderío militar para hacer frente a cualquier enemigo. Todas las luchas revolucionarias y antiimperialistas del globo terrestre han contado y cuentan con la ayuda desinteresada de la URSS en todos los órdenes. Eso puede comprobarse hoy en Indochina como hace 35 años se comprobó en España.

La clase obrera de los países capitalistas es la segunda fuerza revolucionaria del mundo actual. A pesar de las insuficiencias de organización, unidad, preparación y otras, el proletariado que combate en las mismas fortalezas del imperialismo, se revela cada día con más fuerza como la clase de vanguardia. El Ejército de la clase obrera agrupa en sus filas, en los países capitalistas, cerca de 600 millones de combatientes y su nivel político, organizativo, profesional y cultural crece ininterrumpidamente.

Otra fuerza revolucionaria inmensa del mundo contemporáneo es el movimiento de liberación nacional que, a partir de la Gran Revolución Socialista de Octubre, asestó golpes demolidores al colonialismo para terminar con la miseria, el atraso cultural y económico, con todo tipo de opresiones. Gracias a esa lucha, los pueblos que vivieron «fuera de la historia» durante siglos, han comenzado a ser dueños de sus destinos y aunque el proceso de liberación es muy complejo, pues no puede hablarse de un movimiento «puramente proletario», los pueblos del tercer mundo se unen cada vez más al socialismo y al movimiento obrero.

Junto a esas tres fuerzas revolucionarias y antiimperialistas fundamentales, existen otras que se unen a ellas en la lucha contra el peligro imperialista de una nueva guerra mundial, contra las agresiones de los EE.UU. y otros Estados capitalistas a los pueblos que luchan por su independencia nacional, contra la discriminación racial y de todo género, contra los regímenes fascistas que imperan en muchos países y otros aspectos y actividades brutales del Imperialismo.

La unidad, coordinación y lucha de todos los hombres y mujeres amantes del progreso social es la tarea de los comunistas. Las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas, si se unen y luchan, son mucho más poderosas que el imperialismo.

Unas palabras sobre el internacionalismo proletario

El Partido Comunista de España tiene el deber de restablecer en su integridad el principio fundamental del internacionalismo proletario que los revisionistas han vulnerado en todas sus partes.

La fracción carrillista antipartido ataca con ferocidad este principio, condición sine-quantum de la victoria de la clase obrera, cuyas consecuencias nocivas en determinados medios del Partido y del pueblo sería necio negar.

El internacionalismo proletario planteado por Marx y Engels y desarrollado por Lenin en la fase imperialista del desarrollo del capitalismo, se basa en la comunidad de intereses de los explotados de todo el mundo que luchan contra un mismo enemigo nacional e internacional: el capitalismo.

A la fuerza internacional de la burguesía sólo puede oponerse la fuerza internacional de la clase obrera si se quiere obtener la victoria. Eso fue expresado brillantemente por Marx y Engels en «El Manifiesto Comunista» cuyas últimas palabras son:

«¡Proletarios de todos los países, uníos!»

El revisionismo moderno considera que el internacionalismo proletario no es actualmente un principio importante del marxismo y que los intereses nacionales de los obreros no coinciden muchas veces con los intereses generales. De ahí han salido —o han resurgido— todas esas tesis revisionistas de «la razón de Estado», «la soberanía limitada», «las zonas de influencia» y muchas otras. Santiago Carrillo y sus ayudantes seudoteóricos como Azcárate, Diz, Martí, Nuria Pla, Teresa P. Bertrán, Melchor

y compañía, se han distinguido en la defensa de esas tesis —trotskistas socialdemócratas y revisionistas—, a partir, sobre todo, de agosto de 1968.

Esas posiciones no responden a las realidades presentes y no tienen nada de común con el marxismo-leninismo. Precisamente, en la época del Capitalismo Monopolista de Estado, la fuerza gigantesca del imperialismo que acrecienta sin cesar su agresividad sólo puede ser vencida por otra fuerza superior: la fuerza estrechamente unida de la clase obrera internacional, que ha conquistado ya el poder político en varios países. La fidelidad al internacionalismo proletario es hoy más necesaria que nunca.

Por lo tanto todos los que se propongan dividir a los trabajadores por naciones, razas, religiones, sistemas socio-económicos, edades, sexo y por otras categorías, hacen el juego al imperialismo.

Con la constitución del sistema socialista mundial el internacionalismo proletario adquirió nuevos desarrollos y comenzó una etapa cualitativamente más elevada. Surgió la necesidad objetiva del internacionalismo socialista, es decir, la solidaridad y ayuda mutua de los trabajadores que habían derrotado a las clases explotadoras. El internacionalismo socialista es una imperiosa necesidad pues está dictado por las leyes objetivas del desarrollo del socialismo como sistema mundial, por la comunidad de intereses, de principios, de fines, de ideología, de todos los Estados socialistas sin excepción.

Más aún, el victorioso movimiento de liberación nacional amplió el contenido del internacionalismo proletario al ser ese movimiento un aliado importante de la clase obrera y del socialismo. Por eso la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros terminó su documento principal con las siguientes palabras:

«Pueblos de los países socialistas, proletarios, fuerzas democráticas de los países capitalistas, pueblos liberados y pueblos oprimidos, unidos en la lucha común contra el imperialismo, por la paz, la independencia na-

cional, el progreso social, la democracia y el socialismo!»

El internacionalismo proletario ha pasado con éxito todas las pruebas y a él están estrechamente ligadas todas las victorias de la clase obrera. Claro está, la primera condición para el éxito de todo movimiento revolucionario, de liberación y de emancipación, es la lucha abnegada y consciente de los trabajadores y pueblos del país donde se produzcan esos movimientos.

El internacionalista consecuente coloca siempre los intereses generales del proletariado por delante de los peculiares, entre los cuales —dicho sea de paso—, no existe contradicción antagónicas; el internacionalista verdadero no se limita a «proclamar el internacionalismo, sino a saber ser internacionalista de hecho incluso en las condiciones más difíciles» (O.C. de Lenin, Ed. Cártago, T. XXI, pág. 29).

El internacionalismo proletario y el nacionalismo burgués son conceptos opuestos que, como señaló Lenin, corresponden a dos grandes campos de clase del mundo capitalista, a dos políticas e incluso a dos concepciones del mundo.

No es casual que el imperialismo, apoyándose en los revisionistas infiltrados en el movimiento obrero y comunista, realice esfuerzos considerables para cultivar y extender el nacionalismo y el chovinismo. Los capitalistas han comprendido que ese es, en las presentes circunstancias, el medio más eficaz, más a su alcance, para debilitar el sistema socialista en su conjunto y cada país socialista por separado, para socavar la potencialidad revolucionaria de la clase obrera de los países capitalistas y, también, para descomponer los movimientos de liberación nacional.

Los revisionistas españoles hablan y escriben mucho sobre «nuestro internacionalismo». Para ellos, su «internacionalismo» consiste en calumniar y denigrar a la URSS y a otros países socialistas que se mantienen firmemente en las posiciones del marxismo-leninismo. Así por ejemplo, al mismo tiempo que Dolores Ibárruri decía ante los delegados del XXIV

Congreso del P.C.U.S. que «ninguna clase de divergencias puede justificar el antisovietismo, que condenamos de la manera más resuelta», un tal Martí, plumífero mercenario de Carrillo, escribía en la revista teórica y política de la fracción oportunista de Carrillo y Dolores Ibárruri, que el poder soviético es un «poder autoritario de una capa minoritaria de funcionarios civiles y militares».

El «internacionalismo» de los revisionistas españoles consiste en especular con la historia verdaderamente internacionalista del Partido Comunista de España, que ellos traicionan descaradamente.

El «internacionalismo» de Carrillo es proclamar históricamente que «nos liberaremos solos»; es una especie de narcisismo que desprecia la lucha y la actividad de los obreros y comunistas de otros países para resaltar sus «méritos» propios; es confundir a los agresores con los agredidos como cuando los acontecimientos del Usuri; es la protesta pública y provocadora contra una decisión justamente tomada por los Tribunales soviéticos contra un grupo de bandidos; es el ataque constante a los partidos comunistas de Checoslovaquia, de Polonia, de Bulgaria y así sucesivamente.

El «internacionalismo» de esas gentes es la lucha, sin principios, junto a los elementos más reaccionarios, contra la política leninista de coexistencia pacífica entre España y los Estados socialistas, es la presentación del Pacto agresivo y reaccionario de la OTAN y del Pacto defensivo y revolucionario de Varsovia como dos organizaciones exactamente iguales, es la comparación provocadora de las flotas de los EE.UU. y de la U.R.S.S. en el Mediterráneo, es la práctica del antisovietismo y del antisocialismo.

El «internacionalismo» en la práctica de los carrillistas es viajar por el mundo capitalista y socialista para intrigar y dividir al movimiento comunista, a los países socialistas y a los mismos partidos comunistas y obreros. Así se explican las entrevistas, conversaciones y comunicados conjuntos de la fracción carrillista con los disidentes del Partido Comunista de

la India, de Grecia, de Venezuela, de Checoslovaquia, de Francia y de otros países.

Y mientras tanto, esos mismos revisionistas abandonan por completo la lucha en España contra los agresores imperialistas en el Vietnam, en Laos, en Camboya, en los países árabes, contra las bases de agresión que los EE.UU. tienen situadas en nuestro país. Y, al contrario, se esfuerzan por engañar al pueblo español con sus chácharas de que los norteamericanos han dado la espalda al régimen franquista y que los capitalistas europeos hacen el vacío a la dictadura.

Frente a los revisionistas, los comunistas españoles, como los de cualquier otro país, proclamamos nuestra fidelidad al internacionalismo proletario, que es uno e indivisible y que Lenin lo definió de la siguiente forma:

«Trabajar con abnegación por el desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria en el país propio, sostener —por medio de la propaganda, la simpatía, la ayuda material— esta misma lucha, esta misma línea, —y nada más que ella— en todos los demás países sin excepción». (O.C. de Lenin, Ed. Cártaago, tomo XXIV).

Así entendemos nosotros el internacionalismo proletario, así lo hemos practicado siempre. Fieles al internacionalismo proletario decenas de miles de nuestros mejores camaradas, de obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios de España, cayeron en la lucha contra el capitalismo y el fascismo. Dirigentes preclaros como José Díaz nos educaron en la fidelidad sin límites a ese principio. Los que hoy lo han traicionado, sean quien sean, pasarán a la historia como vulgares renegados de la causa por la que entregaron su vida los mejores hijos del pueblo español.

El Partido Comunista de España reafirma su fidelidad al internacionalismo proletario, principio fundamental del marxismo-leninismo. La actitud hacia la Unión Soviética, el primer país socialista, baluarte del socialismo, de la clase obrera internacional y del movimiento antiimperialista, sigue siendo el criterio principal del

internacionalismo proletario. El anti-sovietismo, en cualquier forma que se practique, es sinónimo de anticomunismo, y el Partido Comunista lo combatirá con la mayor energía.

Nuestra posición respecto al campo socialista y a la URSS

La Gran Revolución Socialista de Octubre ha sido, hasta hoy, el acontecimiento más importante de la Sociedad humana. Con esa Revolución comenzó la Revolución socialista mundial.

Con la ayuda de la URSS, otros trece países se han liberado hasta hoy, del yugo del capitalismo o han podido mantenerse y consolidarse frente al imperialismo. La dictadura del Proletariado ha dejado de ser una fuerza nacional para empezar a convertirse en una fuerza Internacional.

El nuevo sistema ha demostrado su capacidad para marchar hacia adelante en las condiciones más diversas y utilizando formas diferenciadas para alcanzar idénticos objetivos. De esta manera se ha confirmado la predicción leninista sobre la originalidad de las formas de la democracia proletaria, sobre la variedad de la dictadura del proletariado, sobre la diversidad de ritmos en la construcción del socialismo.

Ahora bien, la experiencia histórica ha confirmado plenamente los valores universales del socialismo y su vigencia para todos los países. Los rasgos principales de una sociedad socialista son: La conquista del poder político por la clase obrera y sus aliados y la instauración de la dictadura del proletariado; la propiedad socialista sobre los principales medios de producción; un proceso ininterrumpido hacia la superación de las diferencias entre las clases y del Estado; la distribución de las riquezas nacionales de acuerdo con el principio de «a cada uno según su trabajo, de cada uno según su capacidad» en la marcha hacia el comunismo; la dirección planificada de la economía sobre bases rigurosamente científicas y del centralismo-democrático; amplia democracia pa-

ra los trabajadores, es decir, democracia socialista en constante desarrollo que no tiene nada de común con la democracia burguesa; hegemonía y dirección del Partido revolucionario del partido marxista-leninista de la clase obrera.

Por todo ello, las charlatanías revisionistas sobre los «modelos de socialismo» y de «marxismo», sobre un socialismo nacional diferente al de la URSS, negando siempre la necesidad de la Dictadura del Proletariado, no tienen nada que ver con el Socialismo científico.

Las leyes objetivas llevan obligatoriamente a los Estados Socialistas al fortalecimiento de su unidad política y económica, a la coordinación de sus planes para construir el socialismo y el comunismo, y, a más largo plazo, a la integración socialista y comunista.

Es evidente que el proceso de la construcción socialista es muy complejo, en el que surgen dificultades y problemas de distinto género, proceso que entraña contradicciones de carácter objetivo y subjetivo y que Lenin predijo a su debido tiempo al señalar que en el socialismo desaparecerían los antagonismos pero continuarían las contradicciones.

Los comunistas de los países socialistas tienen en cuenta esos problemas y dificultades y las contradicciones inherentes a la nueva sociedad sin clases antagónicas. Lo importante en su actividad dirigente es ver y comprender lo que es intrínseco a todo desarrollo en el momento oportuno, sin soslayarlo ni absolutizarlo, para tomar las medidas necesarias destinadas a superar cualquier situación conflictiva. Lo decisivo es partir siempre de los intereses generales del socialismo y de los específicos de cada país por separado, sobre la base de los principios bien probados del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

Entre Estados socialistas se establecen relaciones completamente nuevas en la historia, fraternales, mutuamente ventajosas, de cooperación y ayuda en el terreno político, económico, cultural, científico y técnico

relaciones que se asientan en las leyes objetivas del desarrollo general del nuevo sistema.

El socialismo es un proceso consciente en el cual el factor subjetivo, el papel del Partido dirigente y de los hombres, es importantísimo y, a veces, fundamental. Por eso, lo que hace falta para superar cualquier dificultad o contradicción es conocer y dominar las leyes objetivas del desarrollo social.

El imperialismo es el enemigo irreconciliable y más poderoso del socialismo. Sin embargo, no deben subestimarse otros peligros: la fuerza de lo viejo, los restos pequeño burgueses los nostálgicos del sistema de explotación, todo lo que perdura durante largo tiempo como herencia del pasado en la nueva sociedad socialista. En los países socialistas pueden producirse deserciones, gentes que se desmoralizan ante la complejidad de la construcción del socialismo, renegados del socialismo científico, rebrotes de nacionalismo y de chovinismo.

El revisionismo internacional tiene también sus manifestaciones en el campo socialista y se alimenta de todos esos fenómenos que acabamos de señalar. El revisionismo del marxismo-leninismo se convierte siempre en un aliado precioso del imperialismo y en su principal agente en el seno del movimiento obrero y comunista, en el seno mismo del nuevo sistema socialista. Es por lo tanto un enemigo muy peligroso y la dino del socialismo y del comunismo.

El intento contrarrevolucionario en Hungría del año 1956 y las actividades de los elementos antisocialistas y revisionistas checoslovacos en los años 1968-1969, confirman la peligrosidad de esos adversarios y sus coincidencias objetivas con el imperialismo en el mundo socialista. Los que piensan que en el campo socialista no pueden tener difusión y lograr ciertos «éxitos» las concepciones del revisionismo por el hecho de haber sido liquidada la explotación capitalista, de haberse implantado el régimen socialista y de estar en el poder el Partido Comunista, son «re-

volucionarios de café» soñadores utopistas o algo peor.

La edificación de la nueva sociedad, del nuevo mundo en lucha contra el viejo mundo capitalista, es un proceso difícil que no transcurre jamás sin conflictos y dificultades. Incluso cambiando la base económica y las superestructuras políticas, el proceso de modificar la mentalidad de los hombres y de forjar una nueva conciencia socialista, es largo, complicado y empresa nada fácil, como se han encargado de demostrar todas las revoluciones socialistas.

En esas condiciones, la defensa del socialismo es el primer deber internacionalista de todos los comunistas y, en primer lugar, de los partidos comunistas que están en el poder. Así se afirmó en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú hace dos años. Ni una pulgada del terreno conquistado con la sangre de decenas de millones de obreros y campesinos, de luchadores revolucionarios, se perderá jamás. A ese juramento son fieles todos los Estados de la Comunidad socialista y en primer lugar la Unión Soviética.

El mundo socialista, que con sus 1.200 millones de habitantes representa la tercera parte de la población del globo, que produce ya cerca del 40 por ciento del conjunto de la riqueza industrial de todo el mundo, cuyos ritmos de desarrollo en todos los sentidos van por delante del capitalismo, es, como ya hemos dicho, la mayor conquista del proletariado internacional y de todos los hombres y mujeres avanzados. El debilitamiento de ese sistema socialista sólo pueden desearlo los enemigos de la clase obrera y del progreso social. Esa realidad está ahí y ni la reacción ni sus aliados revisionistas lograrán anularla. Esos que evocan la «democracia», el «humanismo» y la «libertad», entendido todo ello a la manera burguesa, para atacar a la URSS y a otros países socialistas, para embellecer el régimen de explotación, para desorientar y desmoralizar a las masas trabajadoras, esos «démócratas», «humanistas» y «liberales» son enemigos muy peligrosos de la revolución socialista, de la clase obrera y de todas las

fuerzas avanzadas y progresivas del mundo. Desenmascararlos, denunciarlos y derrotarlos es un deber insoslayable de los comunistas y de todos los revolucionarios de la tierra.

Los revolucionarios conscientes se caracterizan, frente a esos demagogos, frente a todos los revisionistas, por su disposición a defender sin la menor vacilación el mundo socialista y en primer lugar la Unión Soviética. Es inherente a todo revolucionario el considerar cualquier fenómeno nacional o internacional, desde un punto de vista de clase, socialista, desde las posiciones del proletariado y de la revolución socialista mundial. Por eso mismo, la reacción lógica de los combatientes revolucionarios frente a todas las plañideras revisionistas que se arrastran por el mundo, es el desprecio y la repulsa más completa.

La URSS, por su historia, experiencia y potencia multifacética es la vanguardia del campo socialista y del movimiento revolucionario y anti-imperialista mundiales. Desde octubre de 1917 cualquier ataque contra la URSS y el PCUS han estado destinados a socavar los fundamentos del socialismo y de la revolución. Los imperialistas y sus agentes en el seno del movimiento obrero tienen como objetivo el aislamiento de la URSS, la separación de unos países socialistas de otros, la división entre los trabajadores y entre los pueblos que luchan por su emancipación nacional, con el único fin de liquidar el socialismo en un país tras otro, desarmar a la clase obrera y dismantelar los movimientos de liberación nacional.

Está claro para todos los que quieran ver, que sin la Unión Soviética todas las conquistas socialistas, revolucionarias y antiimperialistas correrían el peligro de ser anuladas. Por eso mismo somos intransigentes contra todas las formas de antisovietismo, contra todo género de revisionismo de derecha o de «izquierda», contra toda clase de nacionalismo. Y el vocerío de renegados como Carrillo, Garaudy, Fischer Petkoff y otros no nos conmueve. Estos elementos siguen al pie de la letra los consejos de los ideólogos burgueses y de los propagandistas del imperialismo que, como recordó el camarada Brezhnev desde

la Tribuna del XXIV Congreso del P.C.U.S., les dicen:

«Si demostráis que sois antisoviéticos, estamos dispuestos a proclamar que sois precisamente vosotros los verdaderos «marxistas» y los que ocupáis, de verdad, posiciones «verdaderamente independientes».

El Partido Comunista de España, interpretando el sentimiento de los trabajadores españoles, mantiene y mantendrá hacia la Unión Soviética y hacia su gran Partido Comunista, una actitud de principios, actitud que está determinada por la experiencia histórica y por los más altos intereses de la revolución socialista en España y en el mundo.

Hace poco tiempo se ha celebrado el XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. El ha sido el acontecimiento político más importante de estos momentos. La mente y el corazón de todos los comunistas y revolucionarios de la tierra pensaba y latía con la mente y el corazón de los constructores del comunismo que deliberaban esos días en Moscú. El XXIV Congreso del PCUS, frente a todos los pájaros de mal agüero y desmoralizadores profesionales del antisovietismo, ha patentizado la unidad indestructible del pueblo soviético alrededor de su vanguardia comunista.

El Partido Comunista de España envía su saludo entrañable al pueblo soviético y a su destacamento de vanguardia el glorioso Partido de Lenin. Deseamos a nuestros camaradas de la URSS grandes éxitos en la construcción del comunismo.

Proponemos, que el VIII Congreso del Partido Comunista de España, envíe un mensaje de solidaridad y simpatía al Partido Comunista de la Unión Soviética.

La coexistencia pacífica entre Estados con distinto régimen social y político

En los últimos años, el principio leninista de coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente ha sido atacado ferozmente por los revisionistas de toda laya. En nuestro país, gentes que ayer

defendían este principio hoy le combaten con saña.

Por eso, el Partido Comunista de España está obligado a fijar una posición clara, inequívoca, marxista-leninista, respecto a este problema tan importante.

La coexistencia pacífica entre Estados con diferente régimen social y político fue planteada por Lenin inmediatamente después del triunfo de la Revolución socialista en Rusia. Esa política está destinada a evitar la guerra y ha sido acompañada siempre de la réplica firme a cualquier agresión imperialista.

La lucha constante y consecuente de la URSS y otros Estados socialistas por salvaguardar la paz mundial, sin concesiones de ningún género a los agresores imperialistas, es para las amplias masas la demostración más convincente del humanismo de la clase obrera, del socialismo y del comunismo.

El socialismo, la clase obrera y los pueblos oprimidos no necesitan la guerra mundial y nuclear para alcanzar sus nobles objetivos.

Seguir avanzando hacia el socialismo en todo el mundo, seguir hacia adelante en la edificación del comunismo, evitando la guerra mundial, eso es, en esencia, la política leninista de coexistencia pacífica entre Estados con diferente régimen. La coexistencia entre Estados no significa, de ninguna manera, coexistencia política o ideológica, paz social y convivencia pacífica entre clases opuestas. Por el contrario, esa política, válida entre Estados, presupone una lucha muy aguda y creciente entre el socialismo y capitalismo, entre la clase obrera y la clase burguesa y entre todos los explotados y oprimidos y todos los explotadores y opresores.

La coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente no impide ni estorba, en lo más mínimo, la lucha de los trabajadores y pueblos oprimidos por su emancipación total recurriendo a todas las formas de lucha que puedan ser útiles y oportunas. Es decir, esa política leninista no contradice en nada el internacionalismo proletario. Y ahí tenemos los múltiples ejemplos de

ayuda multilateral de la URSS y otros países socialistas a los pueblos que luchan contra el imperialismo en diferentes lugares del globo.

La coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diverso no impidió a la URSS ayudar a la República Española durante los años 1936-1939. Gracias a su ayuda pudimos resistir al fascismo español e internacional durante cerca de tres años; gracias al pueblo soviético y al PCUS tuvimos armas, productos alimenticios, medicamentos y todo lo que era necesario para luchar; muchos ciudadanos soviéticos vinieron a España para batirse y pelear a nuestro lado y en ciudades, pueblos y campos de nuestro país yacen los restos de gran parte de ellos; los aviones y aviadores soviéticos defendieron, junto a otros aviadores españoles, el cielo de Madrid, de Barcelona y de toda España contra los agresores nazis; tanquistas, artilleros, especialistas de la guerra y de la industria estuvieron a nuestro lado, confirmando así, la fidelidad de los soviéticos al internacionalismo proletario. La ayuda desinteresada de la URSS a los republicanos españoles quedó brillantemente reflejada en el telegrama que envió Stalin en octubre de 1936 a nuestro inolvidable José Díaz, en el cual se decía:

«Liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es asunto privado de los españoles, sino la causa común de toda la Humanidad avanzada y progresiva. Los trabajadores de la Unión Soviética, al ayudar en lo posible, a los trabajadores de España, no hacen más que cumplir con su deber».

La política leninista de coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente tiene muy en cuenta las realidades del mundo de hoy y es una forma activa de estimular y facilitar el desarrollo de los procesos más positivos, al mismo tiempo que obstruye o liquida los propósitos de los elementos más reaccionarios del mundo capitalista.

Una de esas realidades es la existencia de un sistema de relaciones interimperialistas que siguen siendo un factor muy importante de la actualidad, ya que algunos Estados capita-

listas son altamente desarrollados y cuentan con grandes recursos económicos, militares y políticos. Pero, en el imperialismo actúan, simultáneamente, dos tendencias contradictorias: una de ellas empuja a la unión de todos los imperialistas bajo la tutela del imperialismo más fuerte; otra, por el contrario, lleva a los imperialistas a la división y al enfrentamiento. Esas dos tendencias propias al imperialismo tienen hoy mayor vigencia gracias al poderío económico, cultural, técnico-científico y militar de la Unión Soviética y del conjunto del campo socialista, y, sobre todo, gracias a la superioridad de la URSS en los armamentos termonucleares que obliga a muchas gentes a ser «razonables». Pues bien, la coexistencia pacífica entre Estados, que duda cabe, sirve, fundamentalmente, los intereses de la paz mundial y de las fuerzas más progresivas del mundo.

Otra realidad objetiva de nuestra época es la tendencia al desarrollo de las relaciones económicas interestatales incluídas, naturalmente, las relaciones económicas entre Estados socialistas y capitalistas. Este proceso es imposible cortarlo pese a los esfuerzos que hacen los grupos imperialistas más reaccionarios de los EE. UU. Y ahí está para confirmarlo el ejemplo de la República Federal Alemana, del Japón, de Francia, de Inglaterra, de Italia y de otros países, que se niegan a seguir los «consejos» de los imperialistas yanquis y que han establecido amplias relaciones económicas con la Unión Soviética y otros países socialistas. Claro está, las relaciones económicas conducen inexorablemente a otro tipo de relaciones, es decir, diplomáticas, consulares, culturales, científicas, técnicas y otras. Se ha demostrado que el establecimiento de relaciones económicas entre países capitalistas y socialistas crean múltiples lazos que constituyen un serio obstáculo para los agresores.

Por eso, ninguna persona sensata puede oponerse a las relaciones internacionales y, muy concretamente, a las relaciones entre Estados capitalistas y socialistas.

Por supuesto, las relaciones multilaterales entre Estados no tendrían sentido si no fuesen establecidas sobre

la base de ventajas mutuas, de no ingerencia de ningún Estado en los asuntos internos de otro y del riguroso cumplimiento de los acuerdos establecidos entre ellos. Los que piensan que cualquier conflicto dentro de un país puede anular la política internacional de coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente, dan muestras de suprema ignorancia o son simplemente personas mal intencionadas.

La política leninista de relaciones con otros Estados, no socialistas se abrió camino a lo largo de más de cincuenta años gracias a la lucha del pueblo soviético y de los trabajadores de todo el mundo capitalista. En las banderas de todos los Partidos Comunistas y Obreros del mundo está impresa la reivindicación del establecimiento de las más amplias relaciones con los Estados socialistas. Para los revolucionarios de cualquier país del mundo capitalista la lucha por el logro de esta aspiración de los pueblos es una gran tarea, pues ello significa un golpe importante a la más negra reacción.

Por eso, tenía razón el camarada Brezhnev, cuando en su informe ante el XXIV Congreso del PCUS, refiriéndose a este asunto, decía:

«Como antes, hemos defendido consecuentemente el principio leninista de la coexistencia pacífica de los Estados, independientemente de su régimen social. Hoy día, este principio ha llegado a ser una fuerza real del desarrollo del mundo.»

Es verdad que las relaciones entre Estados socialistas y capitalistas tienen sus límites objetivos, límites que marcan los intereses supremos del socialismo y la contradicción insuperable entre el sistema mundial del socialismo y el sistema mundial del capitalismo. Los comunistas no entienden ni aplican esa política como la entienden y quisieran aplicarla los elementos revisionistas que aparecieron en algunos países socialistas tales como Ota Sik. Pero eso nada tiene que ver con la concepción leninista de la política de coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente.

Al mismo tiempo hay que decir que toda la política exterior de la Unión Soviética, incluidas las relaciones económicas y de otro tipo con Estados capitalistas, no están determinadas fundamentalmente por razones económicas sino, ante todo, por sus consecuencias sociales y políticas a escala mundial, consecuencias siempre favorables para las fuerzas revolucionarias de todo el mundo y de cada país por separado.

Ahora mismo está planeada la necesidad de celebrar una Conferencia paneuropea por la seguridad en nuestro continente. Esa iniciativa de los países signatarios del Tratado de Varsovia ha recibido buena acogida en muchos Estados europeos y también en España. Pues ha llegado la hora de que sean reconocidas oficialmente las realidades creadas en Europa después de la segunda guerra mundial y de la derrota del fascismo. Una de esas realidades de importancia histórica es la existencia de la República Democrática Alemana, el primer Estado socialista del pueblo alemán, y una de las 8 primeras potencias industriales del mundo de hoy. Junto al reconocimiento de la R.D.A. está igualmente el reconocimiento de todas las fronteras establecidas en nuestro continente en 1945, es decir, entre la R.F.A. y la R.D.A., entre Checoslovaquia y Alemania, las fronteras de Polonia, de la URSS y de todos los demás Estados de Europa. La celebración exitosa de una tal Conferencia daría un gran impulso al comercio y a las relaciones multilaterales de todos los Estados que se encuentran en nuestro Continente; sería una gran contribución a la causa de la paz en Europa y en el mundo entero.

Por todo ello, el Partido Comunista de España apoya esa Iniciativa de los Estados socialistas del Tratado de Varsovia.

Después de la segunda guerra mundial la Unión Soviética fue la única gran potencia que luchó consecuentemente junto al pueblo español. En Potsdam, en la ONU y en todas partes se alzó siempre la voz de los representantes de la URSS para denunciar la dictadura franquista que había sido impuesta al pueblo de España por la

fuerza de las armas de los Ejércitos de Hitler y Musolini; se alzó también, para sostener a los luchadores anti-franquistas que se batían valientemente contra ese régimen monstruoso. Al contrario, los Imperialistas y, a su cabeza, los yanquis, hicieron todo lo posible para entorpecer nuestra lucha. En 1953, los EE.UU. firmaron los «Acuerdos Militares» con Franco que siguen hoy vigentes y en virtud de los cuales se establecieron en nuestro país bases militares agresivas al servicio de los EE.UU. y de la OTAN. Los demás gobiernos imperialistas se apresuraron a seguir el ejemplo de los norteamericanos aunque utilizando, a veces, formas más solapadas. El «Pacto Ibérico» firmado entre los gobiernos de España y Portugal sería otro de los medios de integración del franquismo en la llamada Europa Occidental y en el bloque agresivo de la OTAN.

Al mismo tiempo que hacían esto, los Estados capitalistas tenían sumo interés en mantener el aislamiento de España y de los españoles con el mundo socialista y con todos los movimientos antiimperialistas del globo. Franco y su gobierno cumplieron fiel y sumisamente, en aquel entonces, los dictados de los EE.UU. y siguieron siendo feroces adversarios del establecimiento de relaciones con los países socialistas.

Pero, bajo la presión de las leyes objetivas y de la fuerza creciente del socialismo las cosas tendrían que cambiar. Y así llegamos al año 1963 cuando nos enteramos que el Conde de Motrico, a la sazón Embajador del gobierno español en París, estaba gestionando el establecimiento de relaciones diplomáticas y otras de España con la URSS. Con ese motivo publicó «Mundo Obrero» un largo editorial en la segunda quincena de enero de 1964 que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«...La iniciativa española de relaciones con la URSS y con los países socialistas no tiene porque crear ninguna situación embarazosa ni a los comunistas ni a ninguna otra fuerza de oposición. Por lo que hace a nosotros tenemos una posición clara: el V y VI Congresos del Partido se pro-

nunciaron en favor de relaciones diplomáticas con todos los países, comprendidos los del campo socialista...»

«...En todo caso lo evidente es que el mantenimiento de la incomunicación diplomática y económica entre España y los países socialistas no es lo que va a hacer caer a Franco. Del mismo modo que la ruptura de esa incomunicación, tampoco impedirá ni retrasará la caída del régimen, cuando la clase obrera y el pueblo hayan acumulado fuerzas suficientes para darle el empujón definitivo...»

Así se veían las cosas a primeros de 1964.

No hace falta agregar que el Partido Comunista de España fue siempre favorable a la existencia de todo tipo de relaciones entre España y Cuba, relaciones que jamás perjudicaron la lucha de los trabajadores españoles contra el fascismo.

En las presentes circunstancias el establecimiento de relaciones económicas, comerciales, culturales, diplomáticas y otras entre España y todos los países socialistas, que dictan el desarrollo objetivo de la vida, no solamente no nos causarían ningún perjuicio sino que, por el contrario, nos servirían para aislar a los elementos más reaccionarios, más antisoviéticos y más proamericanos del capitalismo español. Además, desde el punto de vista de los intereses generales de la lucha por la paz y contra el imperialismo, sobre todo del imperialismo norteamericano, las relaciones de España con los países socialistas serían sumamente favorables para esos intereses.

Es curioso, y por eso lo señalamos, la «convergencia» que se produce entre los carrillistas y los ultras del régimen en este problema de las relaciones de España con el mundo socialista. Los Pérez Viñeta y los Blas Piñar se reconocen y se encuentran con los Carrillo y los Azcárate en este caso; unos y otros unen sus voces en el griterío contra las relaciones entre España y los países socialistas y se oponen por igual a lo que desean, desde hace muchos años, millones de españoles de diferentes clases y capas sociales y en primer lugar la clase obrera.

¿A qué se debe esta virulenta oposición de Carrillo y su grupo fraccional a la política de coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente? Esta pregunta es pertinente hacerla ya que la oposición del grupo carrillista a la aplicación de esa política en el caso de España equivale a su negación en general.

Los revisionistas argumentan su posición como pueden. Dicen que las relaciones de los países socialistas con España, ahora que el régimen se hunde, son improcedentes; dicen, también, que esas relaciones desprestigarían a los países socialistas que las establecieran.

Pero dichos «argumentos» no tienen nada de serios. Pues, como ya hemos señalado, «Mundo Obrero» de la segunda quincena de enero de 1964 se encargó de demostrar su inconsistencia. Por otra parte, es un contrasentido que los mismos que proclaman que «el pueblo español se liberará solo» esgriman ahora semejante punto de vista. Nosotros estamos plenamente seguros de que el franquismo será derribado un buen día, pero lo será como consecuencia de la lucha del pueblo español y no en función del establecimiento o no de relaciones entre España y los Estados socialistas. No hay ningún ejemplo que permita afirmar que las relaciones de los Estados socialistas con un país cualquiera han obstruido o impedido la lucha del pueblo de ese país sino todo lo contrario.

En cuanto a eso del «desprestigio» los carrillistas confunden sus pensamientos con los de las masas. Sin embargo, la distancia entre el estado de ánimo de los revisionistas y el de millones de trabajadores españoles es enorme.

La verdadera causa de la oposición de los revisionistas a las relaciones de España con los Estados socialistas es otra que ellos quieren ocultar nero que muchos conocemos: esas relaciones eran manipuladas como moneda de cambio en sus chalaneos con la burguesía española. Carrillo dió a entender a los burgueses partidarios de las relaciones con los Estados socialistas que las «llaves las tenía él en el bolsillo» y que lo único que se

necesitaba para establecerlas es firmar el famoso «Pacto para la libertad».

Naturalmente, cuando la política y las relaciones con otras fuerzas y partidos se basan en maniobras de corto alcance, en especulaciones y mentiras, antes o después se hunden en el ridículo esos mercaderes. Y eso es lo que pone frenéticos a nuestros oportunistas y les hace salirse de sus casillas.

Y crece su indignación cuando comprueban, que los mismos burgueses que les han empujado al antisovietismo, que les han alavado por sus posiciones «independientes», que les han concedido certificados de «buenos comunistas», ahora, cuando esos señores han visto que los revisionistas no tienen tras ellos al Partido y que no han logrado engañar a la clase obrera, les dejan tirados en la cuneta. A diferencia de nuestros marineros de antaño, los carrillistas se quedaron sin barcos y sin honra.

El Partido Comunista de España, como ya hizo el V y el VI Congreso, se pronuncia por el establecimiento de relaciones diplomáticas, comerciales y otras entre España y los Estados socialistas. Esas relaciones serán una derrota para los fascistas y una victoria para las masas populares, una derrota para los elementos más agresivos del imperialismo mundial y una victoria para las fuerzas que luchan por la paz y por el progreso social en el mundo. Esta es nuestra posición.

Sobre el movimiento comunista internacional. La actitud de principios del Partido Comunista de España

La cohesión y la lucha activa de todas las fuerzas ant imperialistas del mundo, dependen, en gran medida, de la unidad del movimiento comunista. La unidad de los comunistas, en base a los principios marxistas-leninistas, es una condición importantísima de la victoria sobre nuestros enemigos en cualquier país y en escala mundial.

La Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú en junio de 1969, la Conmemoración del Centenario del nacimiento de Lenin en abril del año pasado y otras reuniones del movimiento comunista internacional, fueron jalones importantes en el camino del fortalecimiento de la unidad de las filas comunistas.

Sin embargo, sería iluso creer que las discusiones y resoluciones de esas Conferencias y Reuniones internacionales han resuelto mágicamente todos los problemas. El revisionismo internacional sigue constituyendo un obstáculo muy serio en el camino de la unidad y lucha de las fuerzas comunistas y anti imperialistas de muchos países.

En lo que a nuestro Partido y a nuestro país se refiere el deslindamiento entre los marxistas-leninistas y los revisionistas es completo. Esas Conferencias y Reuniones internacionales no han cambiado un ápice el rumbo nacionalista y antisoviético de la fracción carrillista. Pero, por el contrario, esos acontecimientos internacionales del movimiento comunista, sirvieron al núcleo consciente y mayoritario de los comunistas españoles para consolidar sus justas posiciones políticas e ideológicas en relación con España y con la situación internacional.

El Partido Comunista de España considera que cada destacamento nacional del movimiento comunista tiene el deber de elaborar en plena independencia la política más adecuada a las condiciones concretas de su país, así como la táctica para alcanzar sus fines; no ponemos en duda el derecho de cada partido a defender sus opiniones en las reuniones internacionales de comunistas y en las conversaciones bilaterales con otros partidos de nuestro movimiento; consideramos la crítica y la autocrítica dentro y fuera de cada partido como un arma irremplazable para encontrar la verdad; defendemos, frente a los revisionistas de derecha y de «izquierda» el punto de vista leninista sobre la necesidad de desarrollar y enriquecer nuestra teoría, sobre la base de la práctica y de la experiencia viva de la lucha de la clase obrera y sin apar-

tarnos jamás de la ruta marxista-leninista. Pero al mismo tiempo, esas y otras obligaciones y derechos de cada partido comunista y de cada dirigente proletario, no pueden ser separadas de algo que está por encima de todo: el internacionalismo proletario, esto es, el deber insoslayable de cada partido comunista, de cada dirigente obrero y revolucionario, de cada hombre avanzado, a guardar fidelidad inquebrantable al espíritu clasista e internacionalista del movimiento comunista mundial.

El grupo carrillista actúa y se comporta de una manera muy diferente. Amparándose en la historia gloriosa del Partido Comunista de España, ese grupo es el portavoz y representante del revisionismo internacional dentro del movimiento comunista, en todas las Conferencias, reuniones y actividades de los comunistas del mundo. Eso mismo hacen en los Congresos de los partidos hermanos. A través de los carrillistas, los Garaudy, los Fischer y otros antisoviéticos por el estilo, que fueron expulsados de sus respectivos partidos, están presentes en los comicios internacionales del movimiento comunista y en los congresos de los partidos comunistas y obreros.

Allí van nuestros revisionistas para intrigar y dividir a los comunistas como pueden confirmarlo decenas de camaradas de otros partidos que han visto con sus propios ojos eso que denunciarnos. Así ocurrió en las sesiones preparatorias de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y así ha ocurrido en otros sitios.

Hoy mismo podemos decir que el grupo revisionista de Carrillo ha montado en Roma una oficina antisoviética bajo la dirección de uno de los personajes más nefastos que ha conocido nuestro Partido, Francisco Antón. Esta oficina tiene actualmente la misión de preparar una provocación a gran escala contra el Movimiento de Partidarios de la Paz, provocación que quieren realizar dentro de unos días en la Asamblea del Consejo Mundial de la Paz que debe celebrarse en Budapest.

Oficinas semejantes del antisovietismo fueron creadas por los carrillis-

tas en Praga durante los años difíciles de 1968-1969 y en otros Estados socialistas. En la propia capital de la Unión Soviética, los carrillistas intentaron transformar el Comité de la organización del Partido Comunista de España en la URSS en un centro de intrigas antisoviéticas, intento que fue frustrado gracias a la vigilancia política de la aplastante mayoría de nuestros camaradas y de una gran parte de los militantes que constituían ese Comité.

Por eso, el Partido Comunista de España denuncia al grupo de Carrillo, Azcárate, Antón y otros como la quinta columna del movimiento comunista internacional, de las organizaciones democráticas internacionales y de todos los movimientos creados para combatir al imperialismo. La provocación montada en Bratislava, en la última reunión de la Unión Internacional de Estudiantes, por los carrillistas enviados a ella que nada tienen que ver con los estudiantes españoles, es una demostración inequívoca de la justeza de la acusación que hemos hecho.

Los rasgos más salientes del carrillismo en toda su actividad internacional son los siguientes: la lucha contra la unidad del movimiento comunista y de cada partido perteneciente a él colocando como principio rector del movimiento el policentrismo o, lo que es lo mismo, la «unidad en la diversidad»; el abandono del internacionalismo proletario y la situación en un primer plano de lo nacional y específico que les ha conducido a abrazar sin tapujos el nacionalismo de vía estrecha; la propaganda abierta o encubierta del antisovietismo. Para conseguir esos fines los carrillistas, dignos discípulos de la Compañía de Jesús, no renuncian a ningún medio, por muy sucio que sea, por muy indigno y despreciable que pueda aparecer.

Y uno de esos medios es su «adscripción» formal al movimiento comunista internacional. Así pueden llevar más fácilmente sus ideas y sus intrigas dentro del movimiento comunista y de otros partidos al mismo tiempo que mantienen en el engaño a una parte de los comunistas españoles que no han visto todavía la doblez carrillista.

El 29 de abril de 1970 tuvieron lugar en Moscú conversaciones oficiales entre el Comité Central del PCUS y la dirección carrillista. El 3 de mayo la «Pravda» dio cuenta de ese encuentro y publicó el Comunicado conjunto de ambas delegaciones.

El 6 de mayo, más de cien militantes expulsados o separados del Partido por el grupo carrillista hizo pública, también, una declaración, que la firmaban en nombre de todos los represaliados, los camaradas Aldave, Arrieta, García, Gómez, González, Ibañez y Ochoa, en la que daban su opinión sobre la entrevista del PCUS con la dirección carrillista. Entre otras cosas se decía lo siguiente:

«... El encuentro entre las dos delegaciones, veinte meses después de los acontecimientos de Checoslovaquia de agosto de 1968, constituye un primer resultado de la lucha sostenida por miles de comunistas españoles que se levantaron valientemente contra la línea de ruptura con la URSS y el PCUS, que encarna Santiago Carrillo...»

«...Nuestros camaradas soviéticos, a lo largo de todo este período, han mantenido una actitud firme y de principios...»

«...Muy distinta ha sido la conducta de Carrillo y los que le siguen en la dirección que han hecho todo lo posible para torpedear el restablecimiento de las relaciones entre nuestros dos partidos...»

«...Ni Santiago Carrillo ni su grupo salen fortalecidos de la entrevista del día 29 de abril de este año con el PCUS. Por el contrario, todos los comunistas que han sido represaliados por luchar por esta entrevista y por terminar en nuestro Partido con el antisovietismo, son los verdaderos artífices del fracaso del secretario general.»

«...Los comunistas soviéticos, al aceptar reunirse con el grupo de Carrillo han demostrado, en primer lugar, respeto y sincero cariño hacia todos los comunistas españoles, su ferviente deseo de contribuir a la superación de la gravísima crisis que hoy atraviesa el Partido Comunista de España. El P.C.U.S. ha demostrado,

una vez más su solidaridad con la clase obrera y el pueblo español...»

Después de este encuentro los militantes conscientes del Partido hicieron todo lo que estaba a su alcance para facilitar una salida positiva, unitaria sobre una base de principios, a la crisis que sufría el Partido. Pero la conducta del grupo carrillista fue diametralmente distinta. Se confirmó plenamente que el encuentro y el comunicado conjunto con el P.C.U.S. el grupo revisionista de Santiago Carrillo lo quería para continuar su línea nacionalista y antisoviética y golpear con redoblada saña a los comunistas españoles que se oponían a ella.

El grupo revisionista de Carrillo, vulnerando el espíritu y la letra del comunicado conjunto con el P.C.U.S. y las nobles y revolucionarias intenciones de los camaradas soviéticos que habían aceptado el encuentro con la fracción carrillista para ayudar a los comunistas españoles a superar la crisis que atravesaba el Partido Comunista de España, utilizó el encuentro y el comunicado con el P.C.U.S. para mantener engañados a muchos camaradas inexpertos que, sin embargo, habían comenzado a alarmarse por la virulencia del antisovietismo de los jefes carrillistas.

A la vista de esta situación, el 22 de junio de 1970, la Comisión elegida por todos los represaliados del grupo revisionista, hizo público un nuevo documento en el que se analizaba la conducta de unos y otros dos meses después del encuentro entre las delegaciones del P.C.U.S. y de la dirección carrillista. En el citado documento se demostraba cómo seguía agravándose la crisis del Partido Comunista de España a consecuencia de la conducta premeditada e irresponsable de Carrillo y sus acólitos. Se plantaba, entre otras cosas, que a partir del día 29 de abril de 1970, fecha de la entrevista entre el P.C.U.S. y Carrillo, las expulsiones y separaciones de decenas de excelentes militantes que luchaban por las ideas que habían sido estampadas en el comunicado conjunto del P.C.U.S. y del grupo carrillista, se realizaban, invariablemente, con la morbosa «justificación» de

que el Partido Comunista de la Unión Soviética estaba con ellos, es decir, con los represores revisionistas.

A partir de entonces los carrillistas han celebrado algunas otras entrevistas y han firmado otros comunicados con ciertos partidos comunistas. Y siempre para lo mismo, es decir, para seguir avanzando en su línea nacionalista y antisoviética y continuar aplastando toda resistencia de la base y de todos los militantes conscientes a esa línea; para intentar demostrar a los camaradas que vacilan, que dudan sobre las buenas intenciones de Carrillo que, a pesar de todo, son ellos, los carrillistas, los mismos que insultan al P.C.U.S., a los partidos de Checoeslovaquia, Polonia, Bulgaria, los mismo que denigran a los comunistas de los EE.UU., de la R.F.A., de Argentina, de Portugal y de otros países socialistas y capitalistas, son ellos, repetimos, los que están reconocidos en el movimiento comunista internacional, los que pueden enviar sus representantes a las reuniones internacionales, a los congresos de los partidos hermanos, los que pueden tener entrevistas y firmar documentos conjuntos con los destacamentos comunistas de todos los países del mundo. Los carrillistas más acérrimos no vacilan en decir, en las reuniones que ellos organizan, que al fin de cuentas el movimiento comunista internacional tiene que «tragarse».

Pero con su doblez proverbial llegan mucho más lejos. Así por ejemplo a la vez que mantienen estrechas relaciones con los revisionistas de Venezuela no dudan en enviar un delegado al Congreso del Partido Comunista de ese país; no vacilan en suplicar una entrevista con la delegación del Partido Comunista de la India, durante el XXIV Congreso del P. C.U.S., cuando unos meses antes, los mismos que la solicitaban, habían celebrado otra entrevista con los escisionistas de ese mismo país durante el Congreso del Partido Comunista Rumano; no manifiestan ningún complejo en entrevistarse oficialmente con el Partido Comunista Francés cuando paralelamente mantienen los más estrechos contactos con un expulsado de ese mismo Partido como Roger Garaudy para intrigar contra el

PCF; no tienen ningún escrúpulo en mantener las más «cordiales» relaciones con el Partido Comunista Italiano al mismo tiempo que miembros responsables de la tracción carrillista sostienen conciliábulos con los expulsados de ese Partido del grupo «El Manifiesto».

Así son los carrillistas.

Hasta ahora Santiago Carrillo y su grupo esgrimían el sello y la oficialidad del Partido Comunista de España para continuar progresando por su «nuevo rumbo». Pero con la celebración de nuestro VIII Congreso los comunistas españoles fieles al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario daremos un golpe demolidor al revisionismo dentro de nuestro Partido y a muchas situaciones absurdas.

Es evidente que ante la nueva situación que se ha creado en el PCE, como resultado de la celebración del VIII Congreso, los partidos comunistas y obreros extraerán las conclusiones que se imponen.

La autenticidad de un partido comunista se verifica por su fidelidad a los principios ideológicos del marxismo-leninismo, por su actividad en tanto que destacamento de vanguardia de la clase obrera de su propio país, por su adhesión incondicional al movimiento comunista internacional del cual es una parte integrante y no formal.

A través de nuestras posiciones políticas e ideológicas, de nuestras actividades nacionales e internacionales, de nuestras posiciones clasistas e internacionalistas, los comunistas de todo el mundo podrán y deberán juzgarnos a unos y a otros. Ya hoy, sin lugar a dudas, los hechos demuestran que la fracción carrillista es una corriente extraña al marxismo-leninismo, antisoviética, nacionalista y escisionista del movimiento comunista internacional. Al contrario, el VIII Congreso del Partido Comunista de España es un acto de afirmación comunista, de restablecimiento de los principios del socialismo científico en el Partido Comunista de España, de fidelidad a las mejores tradiciones de clase e internacionalistas de los trabajadores y comunistas españoles.

En España no hay nada más que un Partido Comunista. Ese Partido es el que está celebrando en estos momentos su VIII Congreso. Los únicos órganos representativos del Partido Comunista de España serán los que aquí, al final de nuestras deliberaciones, se elijan.

El Partido Comunista de España hace suyos, sin ninguna reserva, los documentos y conclusiones de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú en junio de 1969; considera uno de sus primeros deberes la lucha solidaria de la clase obrera y del pueblo español con los pueblos del Vietnam, Laos, Camboya, Guinea-Bissao, Angola y Mozambique; manifiesta su solidaridad y simpatía con los pueblos árabes que sufren la agresión del imperialismo y del sionismo; se esforzará por consolidar los lazos que nos unen a los comunistas portugueses, griegos y de otros países que, como el nuestro, sufren la opresión de regímenes fascistas o semifascistas; declara su solidaridad combativa con la lucha de la clase obrera de todo el mundo capitalista y con todos los movimientos de liberación nacional.

El Partido Comunista de España saluda a todos los países socialistas y educará a la clase obrera y al pueblo español en el espíritu del internacio-

nalismo proletario y de la amistad inquebrantable con el campo socialista y con su baluarte principal la Unión Soviética.

El Partido Comunista de España hará todo lo necesario para que la movilización de la clase obrera y del pueblo español contra las bases de agresión norteamericanas que existen en nuestro país, adquiera proporciones importantes. Nuestra mejor contribución a la lucha del sistema socialista mundial, de la clase obrera de los países capitalistas y de los pueblos que pugnan por su emancipación nacional y social, sería lograr el desmantelamiento de esas bases militares que están destinadas a la agresión contra el mundo socialista y al mantenimiento del régimen dictatorial que sufrimos los españoles.

Es también un deber ineludible de los comunistas españoles el desarrollar un amplio movimiento de solidaridad con los pueblos de las colonias del régimen franquista y en primer lugar con los habitantes del Sahara Español.

Este es el compromiso que los comunistas españoles contraemos ante nuestra clase obrera y ante el movimiento comunista internacional en el momento de celebrar nuestro VIII Congreso.

III. LA SITUACION DE ESPAÑA

En el Proyecto de Tesis para el VIII Congreso se señala que España se halla inmersa en la realidad del sistema capitalista mundial que, como es sabido, vive en un estado de crisis general en tanto que sistema socio-económico mundial, y que el desarrollo del capitalismo en nuestro país transcurre en un proceso de interpenetración de los monopolios y el Estado, proceso que configura el sistema de Capitalismo Monopolista de Estado.

Así pues, «España no es diferente»; en nuestro país se reflejan en mayor o menor medida, simultáneamente o con algún retraso, idénticos fenómenos que se producen en el

mundo dominado por el capital monopolista de Estado en las condiciones de la revolución científico-técnica, que han agravado todas las contradicciones inherentes al sistema de explotación y han provocado otras. Todo esto, con la particularidad, de que a esas contradicciones generales se unen las específicas del capitalismo español determinadas por la historia, el nivel de desarrollo político, social y económico y el grado de dependencia respecto al capitalismo extranjero y de agudización de la lucha de clases.

En el mundo capitalista, bajo la acción inexorable de las leyes objetivas, asistimos estos últimos años a un proceso de acelerada acumulación y

concentración del capital; esta rápida concentración de la industria y del capital pone en manos de un puñado de grandes monopolios una parte cada vez mayor de la riqueza y de la renta nacional de cada país capitalista; crecen los beneficios de los grandes monopolios paralelamente al desarrollo del proceso de absorción y fusión de las empresas industriales y bancarias; surgen bancos gigantes, se multiplica el capital financiero y crece la influencia política, económica y de todo género de los grupos oligárquicos de cada Estado capitalista. Y en la cúspide de ese poderio multifacético del capital monopolista encontramos cada vez con mayor fuerza a los grupos oligárquicos norteamericanos que desempeñan un papel predominante en la economía capitalista mundial.

Observamos también la incrementación de la explotación de capitales no sólo a las zonas de débil desarrollo, sino, sobre todo, a los países industrializados, operándose una colonización intensiva y extensiva de los mismos, concretamente en los de Europa Occidental. A la vez, el proceso de desarrollo desigual del capitalismo se acentúa lo que produce un acercamiento entre el nivel de algunos países capitalistas de Europa y del Japón con el de los Estados Unidos. Vemos, igualmente, el aumento de la función económica del Estado y de la importancia de la militarización que son partes integrantes de las estructuras económicas del capitalismo.

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y la revolución científico-técnica no han resuelto los antagonismos de clase en el mundo capitalista. Al contrario, se han agravado en grado sumo todas las contradicciones sociales. Testimonio de ello son las grandes huelgas de los trabajadores de EE.UU., Italia, Japón, Francia, Inglaterra, España y otros países capitalistas; son las protestas y manifestaciones campesinas en Francia, Italia, República Federal Alemana, Bélgica; son, también, las acciones estudiantiles en gran parte de países capitalistas y las múltiples y variadas luchas de otros sectores sociales.

El número de jornadas de trabajo perdidas en los EE. UU. como resul-

tado de las huelgas obreras ha pasado de 19 millones en 1960 a 62 millones en 1970; en Italia de 6 millones a 18 millones y medio en ese mismo período; en Inglaterra de 3 a cerca de 11 millones.

Junto con el crecimiento de los índices de desarrollo económico en los países capitalistas va inseparablemente unida el descenso de los ritmos de aumento de ocupación de los trabajadores e, incluso, en algunos países, un estancamiento que desemboca en el desempleo como ocurre en los Estados Unidos (5 millones de parados), Inglaterra, Canadá Francia, Japón y Australia.

La revolución científico-técnica en el capitalismo no sólo representa grandes innovaciones en el proceso productivo que multiplican los resultados del trabajo de los hombres, sino también una intensificación de la explotación de los obreros, ingenieros y técnicos y un acrecentamiento alarmante del número de productores afectados por enfermedades profesionales y accidentes de trabajo.

El desarrollo del capitalismo monopolista, la constitución de corporaciones supranacionales, el aumento de la exportación de capitales y venta de patentes, producen, inevitablemente, un entrelazamiento cada vez mayor de los intereses económicos y políticos de los Estados capitalistas y, a la vez, una agudización de la lucha entre esos mismos Estados capitalistas y esas corporaciones monopolistas que adquiere múltiples formas y se manifiesta con mayor o menor intensidad, según las circunstancias.

Sin embargo, la contradicción fundamental y decisiva a escala mundial, que genera la marcha de la humanidad hacia el socialismo, marcha que fue iniciada con la Gran Revolución Socialista de Octubre, es la existente entre el capital y el trabajo. Esa contradicción encuentra su más alta expresión en la rivalidad insuperable entre el sistema socialista encabezado por la URSS y el sistema capitalista.

En este contexto general transcurre el desarrollo del capitalismo español en el que sobresale, igualmente, el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa. Esa contradicción con-

figura toda la situación política, social y económica de España y condiciona todas las demás contradicciones que existen en nuestro país.

Ello no significa que ignoremos o subestimemos la importancia de otras contradicciones de la sociedad española como, por ejemplo, la existente entre los grupos oligárquicos españoles y el capitalismo extranjero radicado en ramas importantes de la economía nacional, las que se dan entre los mismos grupos oligárquicos y entre estos y la burguesía no monopolista. Pero, a diferencia de la contradicción fundamental de toda sociedad capitalista entre el capital y el trabajo, estas que acabamos de enumerar, y muchas otras, no son antagónicas y actúan dentro de unos límites. Esto nunca puede olvidarse al examinar la correlación de fuerzas sociales en nuestro país y al considerar cuáles de esas fuerzas sociales pueden y deben marchar, bajo la dirección de la clase obrera, por el camino de las transformaciones democráticas hacia el socialismo.

Los revisionistas han sembrado por todas partes la mayor confusión con respecto a estos problemas tan importantes. Por ejemplo, tienen interés en ocultar las coincidencias esenciales entre la burguesía no monopolista —que ellos denominan nacional— y la oligarquía financiera que están unidos por el común interés de mantener y reforzar la explotación capitalista y el poder político que salvaguarde, por encima de todo, sus escandalosos privilegios.

Los revisionistas pasan por alto, igualmente, el conservadurismo y el carácter vacilante de la burguesía no monopolista española que, pese a sus discrepancias con el régimen actual, odia sobre todo a la clase obrera y a los campesinos trabajadores, sus enemigos irreconciliables.

Por eso, frente a la potencialidad revolucionaria de la clase obrera y del campesinado español, los revisionistas se esfuerzan por presentar a la burguesía no monopolista y a ciertos sectores oligárquicos, como firmes partidarios de las libertades políticas y elementos primordiales del «Pacto para la libertad». Y consecuentes con

esa concepción mendigan desde hace muchos años los favores del Conde de Motrico, del Señor Ruiz Giménez, de Satrustegui, García Valiño y algunos más.

Algunas opiniones sobre la situación económica

El marxismo-leninismo nos enseña que para caracterizar una situación objetiva no pueden tomarse al azar datos y ejemplos aislados, como suelen hacer los revisionistas españoles para argumentar sus tesis y posiciones voluntaristas, sino estudiar en su conjunto y conexión todos los fenómenos de la vida económica, social y política.

Por eso los «análisis» económicos de los carrillistas les juegan tan malas pasadas. Desde hace muchos años esos «análisis» pronostican hundimientos fulminantes de la dictadura.

Aunque las estadísticas franquistas gozan de bastante poca autoridad ellas nos dan toda una serie de datos que permiten ver una evolución de la industria que se condensa en los últimos diez años en un aumento de más del doble del producto industrial bruto pasando del 35 por ciento del conjunto del producto nacional bruto en 1960 al 43 por ciento en el año 1970. Esos mismos datos hablan de que la renta nacional por habitante ha llegado a los 750-800 dólares (cifra que oculta las terribles desigualdades entre unos y otros españoles, entre unas y otras regiones y provincias). Según esas mismas fuentes las reservas de divisas han pasado de 800 millones de dólares en 1968 a 1800 millones en 1970. En cuanto a la población activa del país es el 37 por ciento del total, es decir más de 12 millones y medio de personas, lo que indica que, en este sentido, España se acerca a algunos países capitalistas desarrollados.

Independientemente de las falsificaciones de detalle, que esos datos puedan tener, negar esa tendencias no conduce a nada bueno cuando son, además, semejantes a las tendencias generales del desarrollo del capitalismo mundial en las condiciones de una economía como la española.

La misión del Partido Comunista es analizar esos fenómenos profundamente para desentrañar las contradicciones reales que ellos provocan y mostrar que esa evolución, ese crecimiento económico, no han resuelto ninguno de los gravísimos problemas que aquejan a la economía nacional y a la población laboriosa sino que por el contrario los ha agudizado.

El problema más serio de la economía española, como de las de otros países capitalistas, es la tensión inflacionista cuyas consecuencias recaen por entero sobre los trabajadores; es el alza constante y progresiva del coste de la vida con la correspondiente elevación general de los precios de los artículos de consumo que se tragan prácticamente los aumentos nominales de los salarios obtenidos a costa de las luchas obreras; es la disminución de la cuota de salarios y sueldos en el total de la renta nacional; es el desarrollo del paro y del desempleo que, sobre todo en el campo, alcanza proporciones impresionantes y que es la causa principal de la emigración de mano de obra barata de nuestro país a otros países de Europa y de otros continentes; es la persistencia de la política de la oligarquía en impedir el desarrollo de la agricultura española, cosa imposible sin una profunda y radical reforma agraria; es la continuación y agravación de las desigualdades en el desarrollo económico de las diversas regiones de España.

En estas condiciones ningún economista se atreve a juzgar el futuro de una manera tajante. Ese futuro no está nada claro para la economía de nuestro país pues él depende de otros factores extraeconómicos y muy particularmente de las acciones de la clase obrera y otros sectores de la población laboriosa. Pero muchos coinciden en la inevitable continuación de un desarrollo de tipo inflacionario, de tensiones y de todo género de conflictos.

En los últimos años se produjeron dos devaluaciones de la peseta, una en 1959 y otra en 1967, que es «el precio que ha de pagar nuestra economía para que el Estado continúe haciendo frente a sus responsabili-

dades» según dijo el profesor Flores de Lemus.

Como era natural la clase obrera no se resignó a ser la pagana de estas devaluaciones y por ello aumentaron sensiblemente el número de huelgas, plantas, protestas y manifestaciones en defensa de su pan de cada día. A esta resistencia respondieron los gobernantes con la intensificación de la represión policiaca.

En un informe sociológico sobre la situación de la capital de España, Jacinto Rodríguez Ojuna decía que Madrid son dos ciudades: una normal de 1.400.000 habitantes y otra totalmente subdesarrollada de 1.700.000, es decir, dos polos opuestos, una parte de la población con nivel europeo y otra sumida en la pobreza, en la miseria, carente de viviendas, de escuelas, con una ancianidad abandonada, plena de disminuidos físicamente.

La política económica de los tecnócratas del OPUS DEI no ha tenido más norte que los intereses de la oligarquía. Esa política se ha caracterizado por sus bandazos, parches y remiendos, por una sucesión de medidas restrictivas, a destiempo en la mayoría de los casos, para contener las tensiones inflacionistas o para salir de los estancamientos mediante estimulantes y otros artificios.

Un informe del Consejo Superior de Cámaras señalaba que «la economía española se viene caracterizando de un tiempo a esta parte por movimientos pendulares más cortos y rápidos que los normales de un ciclo económico.» Así pueden comprenderse las medidas tomadas por el gobierno a últimos del año 1969 y a primeros de 1970 como, por ejemplo, la del depósito previo de un 20 por ciento del montante de las importaciones, el aplazamiento del 10 por ciento de las inversiones públicas autorizadas en el presupuesto y la fijación del 8 por ciento como tope máximo en la elevación de salarios, que es donde el gobierno procuró ser intransigente, aunque la acción de los trabajadores le obligasen a él y a la patronal a retroceder en varias ocasiones.

Después de haberse puesto en vigor algunas medidas de «reactivación económica», los ministros y magnos

tes de la banca y de la industria se esfuerzan por inculcar el optimismo general. El ministro de Hacienda, Alberto Monreal Luque, declaró a mediados de febrero en Bilbao que esas medidas se mantendrán, que «la peseta es una de las siete monedas más fuertes del mundo, hoy por hoy», y así podemos encontrar decenas de discursos.

Pero esa fraseología no puede borrar algunas realidades que todo el mundo conoce. En relación con la industria, la demanda interna disminuyó sensiblemente en el año 1970 dando lugar a la acumulación excesiva y alarmante de «stocks» en la industria del automóvil (cerca de 80.000 vehículos, o sea casi el 25 por ciento de la producción nacional) y en otras industrias de máquinas herramientas y de bienes de consumo e intermedios. La cota de pedidos era bajísima a finales del año pasado en la industria de la construcción donde descendió considerablemente el nivel de contratación y mucho más todavía el de adquisición de máquinas para esa industria. Problemas muy serios han conocido y conocen las industrias siderometalúrgicas, mineras y otras, como reconocieron los participantes en las reuniones de la «Asociación para el Progreso de la Dirección» que tuvieron lugar en la primera quincena de febrero de este año, entre los que estaban los señores Villar Mir, presidente de Altos Hornos de Vizcaya, Areltío Rodrigo, director general de Iberduero, Zumárraga Larrea, presidente de Dow-Unquinesa, Arces Rodríguez, presidente del Corte Inglés y muchos otros potentados del capitalismo español.

En cuanto al balance de la agricultura al finalizar el año pasado era bien poco alagüeño. La producción de los subsectores principales disminuyó en relación con 1969 y el déficit de la balanza comercial agraria continuaba agravándose; en el año 1970 siguió descendiendo la productividad y las matriculaciones de tractores, cosechadoras y otras máquinas agrícolas. Según datos oficiales fueron matriculados un 18 por ciento menos de tractores y un 27 por ciento menos de cosechadoras en 1970 que en 1969. Las exportaciones de cítricos en la

campana 1970-1971 han sido hasta hoy cerca de 200.000 toneladas menos que en la de 1969-1970. Grave es la situación de los viticultores que se resisten a ceder su mercancía a la Comisión de Compras de Excedentes por menos de 36 pesetas hectogrado para blancos comunes. La sequía de otoño ocasionó a los ganaderos modestos, según datos del gobierno, más de 10.000 millones de pesetas de pérdidas. Mientras que la población trabajadora carece de ellos, hubo excedentes de arroz, de tomates y de otros productos del campo. La política anticampesina del poder de la oligarquía ha obligado una vez más a los productores de leche a negarse a vender su producción en varias provincias del norte y noroeste de nuestro país.

Los campesinos aragoneses se han enterado por la prensa que próximamente serán suspendidas las obras del canal del Cinca y las del Pertuza y sus derivados, como anteriormente lo fueron los del canal de las Bardenas y del Monegros. Y sin embargo, hace solamente unos días, en la finca de un gran propietario del término municipal de Zaragoza, donde se ha celebrado una Exposición internacional de Maquinaria Agrícola, el ministro de la Agricultura, Allende García-Baxter, tiene el cinismo de decir que «la desaceleración de la mecanización del campo en España está determinada por las desfavorables condiciones meteorológicas de los últimos años que repercutieron en las cosechas cerealistas» y además se dedicó a cantar las delicias de las aplicaciones del riego por aspersión. Sería interesante conocer cuales son las acciones del Sr. Allende en las empresas que producen esas máquinas y motores de riego por aspersión.

Algunos periódicos franquistas, como ABC, se lamentan de vez en cuando por la suerte de los campesinos. En un editorial de este diario correspondiente a los días 6-7 de marzo se dice lo siguiente: «Así, la agricultura pobre, que ocupa las más de las hectáreas de nuestro suelo cultivable, y que es pobre tanto por la adversa condición del suelo, de la tierra, como por la normal condición adversa del

clima, del cielo, afronta, de cara a la próxima cosecha, un panorama nada esperanzador, un panorama donde todo lo que puede apuntarse en la cuenta con signo negativo —ausencia de lluvias, bajas temperaturas en invierno— aparece agravado, acentuado.» Y continúa el diario madrileño: «En cualquier caso —incluso en el mejor de los casos— tendremos, a la hora de la recolección, a la hora de la verdad del campo, mucho menos trigo y mucha menos cebada...» ...La escueta, la lamentable y penosa verdad es ésta. Pero los campesinos pobres no resolverán sus problemas con las lágrimas de cocodrilo del diario monárquico-franquista.

Pues las causas de la desastrosa situación del campo y de los campesinos no son la condición del suelo, de la tierra, del cielo ni del clima. Son las mismas que hace más de cincuenta años denunciaron certeramente destacadas personalidades españolas. Y esa situación no se resolverá ni con el Proyecto de creación de un «Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario» ni con la futura «Ley de Comarcas y Fincas mejorables» que van a discutir las Cortes franquistas.

En relación con la «Ley de Comarcas y Fincas Mejorables» los periódicos y revistas franquistas están poniendo los puntos sobre las ies por si hubiera algún ingenuo que se creyese este nuevo camelo del gobierno. Por ejemplo se ha dicho que las fincas «insuficientemente cultivadas» son muy pocas en realidad. Mombiedro de la Torre, uno de los jefes franquistas de la Hermandad de Labradores, ha declarado a una conocida revista económica hace algunos meses que, a lo sumo, el número de hectáreas de ese tipo de fincas, alcanzaría la cifra de un millón. Pero, como 200.000 corresponden a superficies forestales sólo restarían unas 800.000 hectáreas de fincas particulares y públicas que podrían ser afectadas por la citada Ley. Como todas esas hectáreas son de tierras de secano, eso quiere decir que como máximo podrían ser instaladas en ellas 4000 familias campesinas si a cada una se la cedían unas 200 hectáreas. Así ve la «reforma» el capitoste Mombiedro de la Torre.

Son muchos los que señalan las dificultades de aplicación de esa Ley

Pues, según los grandes propietarios del campo, es sumamente difícil desentrañar conceptos tales como «explotación insuficiente», «mala explotación», «dedicación inadecuada» y otros por el estilo que cita el proyecto de «Ley de Comarcas y Fincas Mejorables». Todos esos conceptos, dicen los terratenientes y los que tienen grandes intereses en el campo español, contienen «grandes dosis de subjetivismo técnico e incluso de subjetivismo coyuntural».

También el Conde de Montarco se ha mofado de esas leyes que van a discutir las Cortes franquistas pues, según él, «no resuelven el urgente y angustioso problema que agobia presentemente al empresario campesino, el pequeño y el mediano, sobre todo, que están en peor situación económica por disponer de menos recursos que los más pudientes». Claro, para el Conde, el problema más acuciante no es ese que las «leyes» pretenden abordar sino el de «actualizar los precios de la producción agraria». Y se comprende que sea esto lo que al Conde de Montarco le preocupa.

✓ Causa indignación la lectura de las «discusiones» habidas en la V Asamblea de Hermandades celebrada a primeros de año en Madrid. Algún periodista ha dicho que «donde no hay harina, todo es mohina». Pero eso no es todo. En esa Asamblea los gobernantes y grandes propietarios del campo se han reído, una vez más, de los sufrimientos de cerca de un 30 por ciento de la población activa de nuestro país, de más de diez millones de españoles que viven en unas condiciones increíblemente difíciles. En esa Asamblea no han roído hablar los campesinos trabajadores sino únicamente una serie de personales nefastos del agro español como Tomás Allende García-Baxter, Alberto Ballarín, Domingo Solís, Jesús Lamole y otros de su misma calaña que viven y prosperan a costa del sudor y de la miseria de millones de campesinos y jornaleros agrícolas.

A este respecto deseamos señalar la incongruencia de algunos profesores de renombre que habían y escriben sobre la necesidad de una acertada política agraria que es «un elemento fundamental de la estrategia

del desarrollo que exige una sociedad moderna». Pero debería estar claro para esos profesores que el régimen oligárquico que impera en España actualmente no será el que realice una tal política, «una reforma a fondo de la agricultura de modo que ésta deje de ser la hermana pobre y protegida en el proceso de desarrollo». Para que esos buenos deseos se conviertan en realidad hay que echar abajo este régimen, hay que liquidar el poder de la oligarquía financiera y terrateniente, hay que abrir los cauces de un desarrollo democrático que desemboque en el socialismo. Y para que eso se produzca, esos profesores de renombre que ven los problemas y, a veces, los denuncian, deben cesar toda colaboración con ese régimen culpable de tantos males, deben luchar activamente contra él, deben unirse a los obreros y campesinos y ayudarles de verdad a conquistar sus justas reivindicaciones inmediatas y a prepararse para alcanzar las otras de mayor alcance, las fundamentales. Los campesinos trabajadores están hartos de oír palabras por muy bonitas que sean. Quieren otra cosa: hechos.

Para desviar la atención de los graves problemas económicos, el gobierno y sus servidores han hablado mucho del «éxito» de la balanza de pagos en el año 1970. Según ellos el año anterior se terminó con un depósito de 1.597 millones de dólares. Claro, no dicen que una parte de esas divisas se consiguió gracias a la entrada de capitales a corto plazo como, por ejemplo, las entradas de dólares y otras monedas convertibles con carácter especulativo y la financiación desde fuera de las divisas necesarias para cubrir el depósito previo a las importaciones que el gobierno había instituido. Por otra parte, el déficit de la balanza comercial en el año 1970 ha seguido siendo muy importante pese a todas las medidas tomadas a finales de 1969 y a primeros de 1970 por el gobierno franquista.

El año pasado conoció un descenso muy serio de las cotizaciones de bolsa. En abril ese descenso adquirió proporciones de derrumbe y aunque después se logró restablecer algo la situación, el día 31 de diciembre de 1970 el índice general de las cotizacio-

nes de bolsa era 11 puntos más bajo que el del 31 de diciembre de 1969.

Como ya decíamos, la Inflación fue el signo más importante del año 1970. Una de sus manifestaciones más importantes fue el alza del coste de la vida que según el Instituto Nacional de Estadística se aproximó al 7 por ciento, pero que según la Empresa Ibérica de Planificación y Desarrollo, S.A., fue superior al 15 por ciento. Las Comisiones Obreras han declarado, y tienen mucha razón, que el alza general del coste de la vida en 1970 alcanzó el 25 por ciento.

Como era de esperar, las consecuencias de la Inflación no perjudicaron por igual a todo el mundo. Al menos, los menos, se beneficiaron de ella. Son los aprovechados del régimen, los potentados de la oligarquía, los directores, gerentes y principales accionistas de los bancos, empresas y monopolios, los burócratas del régimen, los jefes de las Fuerzas Armadas, de la Policía, de la Magistratura y de todas las instituciones del sistema. Esas gentes obtuvieron ningunos beneficios a costa de la explotación de los trabajadores.

Pero hay otro tipo de individuos que también obtuvieron su parte: son todos los perrunos servidores del régimen, desde esos «pobres» grises que mantienen el orden burgués en las Universidades y asesinan impunemente a los obreros de la construcción de Granada o a pacíficos ciudadanos de Erandio hasta los chupatinas de los sindicatos verticales que participan, a su modo, en la represión de los trabajadores. Es una vergüenza nacional que un guardia civil o un policía armada gane más que un maestro nacional con treinta años de servicio y más, también, que un profesor auxiliar de la Universidad de Madrid o Barcelona que esos mercenarios «guardan». Cualquiera de esos sujetos ganan tres veces más que un obrero o un campesino trabajador.

Tampoco fueron mal las cosas para los capitalistas extranjeros que han continuado aumentando sus inversiones en España en 1970. Se habla de un verdadero «boom» de la inversión extranjera durante el año pasado. Según datos de la Cámara Oficial de Comercio de España en París, en el año

1968 el montante de las inversiones extranjeras autorizadas por el gobierno español, por constituir más del 50 por ciento del capital social de las empresas a las que iban destinadas, fue superior a 8.000 millones de pesetas. En 1969 el proceso de inversiones continuó desarrollándose hasta alcanzar en el año 1970 proporciones muy considerables.

Ahora mismo acabamos de conocer otro hecho que demuestra el interés del capitalismo extranjero, sobre todo americano, por España, por ese país que es hoy «el paraíso de los capitalistas extranjeros». Se ha firmado en la sede del Instituto Nacional de la Industria un crédito de 70 millones de dólares concedidos al I.N.I. por un consorcio internacional de bancos. El 52 por ciento de ese crédito lo han dado los bancos norteamericanos. Así se prepara Nixon para el postfranquismo.

Tras las inversiones del capitalismo extranjero, sobre todo del norteamericano, vienen otras cosas y, en primer lugar, el reforzamiento de la dependencia política de España de los dueños de los cuartos, es decir, de los monopolios internacionales que dominan los yanquis.

Aunque por razones diferentes a las nuestras, algunos grupos burgueses españoles se inquietan de esa creciente y peligrosa dependencia de España. Estos señores ven que el proceso de colonización económica y política de nuestro país, más acusado cada día, no sólo es atentatorio para los intereses del pueblo y de España, sino también para los suyos propios. En estos círculos crece la indignación cuando comprueban que, incluso sin divisas, sobre la base de un aval bancario, los capitalistas extranjeros montan diferentes negocios en España, traen del exterior su personal calificado para dirigirlos —despreciando olímpicamente a los técnicos e ingenieros españoles— y, después, no solamente no gastan un céntimo en las empresas nacionales sino que se llevan las pesetas convertidas en dólares.

Es cierto que la burguesía española está dispuesta a todo con tal de mantener su situación dominante. Pero

sería necio pensar que esa burguesía tan mezquina y avarienta acepta, sin lucha, cualquier intromisión que atente a sus privilegios e intereses. De aquí surgen los conflictos y las contradicciones de una parte de la burguesía de España con los monopolios internacionales y también las tendencias, cada día más importantes, al establecimiento de relaciones económicas y comerciales con otros países del mundo, y, sobre todo, con los países socialistas.

El Partido Comunista tiene el deber de valorar justamente esas contradicciones interimperialistas y entre amplios sectores burgueses de España con el capitalismo extranjero. Esos objetivos pueden ser estimulados, en favor de la clase obrera y de todas las fuerzas revolucionarias de nuestro país y del mundo, pero nunca cortados, como quijotescaamente pretenden los carrillistas cuando se oponen con tanta furia a la política leninista de coexistencia pacífica entre España y los Estados socialistas.

El Acuerdo entre España y la Comunidad Económica Europea ha sido una de las consecuciones más manipuladas por el gobierno franquista. El ministro de la Industria, José María López de Letona ha calificado este Acuerdo, tantos años gestionado, «no sólo como un hecho histórico, sino también como un hito importante como lo fue la creación del Instituto Nacional de la Industria, nuestro primer Acuerdo de cooperación con los Estados Unidos, el Plan de Estabilización, la promulgación del nuevo arancel y los Planes de desarrollo.»

Pero, en esa misma ocasión, el ministro de la Industria puntualizaba que «el Acuerdo con el Mercado Común exige, si se quiere sacar de él las máximas ventajas, un perfeccionamiento de la política industrial vigente no sólo para adecuarla a las exigencias del Acuerdo o a las proplamente comunitarias, sino para preparar a nuestra economía a afrontar un futuro próximo en el que los pirineos arancelarios habrán sucumbido.»

Esas declaraciones que acabamos de citar demuestran lo complicado de la situación, la inseguridad en el futuro, esa «incógnita» de las perspec-

tivas del Acuerdo entre España y la C.E.E. que el Sr. López de Letona coloca a diez o quince años vista.

El conocido arquitecto Don Miguel Fisac afirma que «España ha entrado en el Mercado Común por la puerta de servicio» y que, a su manera de ver ello equivale a «competir, en una situación de inferioridad con unos países que no quieren que seamos iguales a ellos, sino que quieren que seamos su colonia con unos aspectos más o menos disimulados». Y el mismo Sr. Fisac critica duramente «esa alegría insensata que está facilitando la introducción de patentes, muchas de ellas innecesarias, y algunas de ellas auténticamente estúpidas, por lo que llega a cifras verdaderamente astronómicas los «royalties» anuales que estamos pagando.»

Algunos de los oponentes al citado Acuerdo con el Mercado Común han encontrado apoyo importante en los EE.UU. lo cual se explica por las rivalidades que enfrentan a los imperialistas norteamericanos y de Europa Occidental.

La lucha entre partidarios y contrarios de los Acuerdos con la C.E.E. es visible y, a veces, bárbara. Sobre todo en relación con los que se puedan firmar posteriormente pues eso de la «irreversibilidad de los procesos de integración de áreas económicas» no transcurre jamás en el capitalismo sin grandes problemas, enfrentamientos y luchas.

El Partido Comunista de España considera la Comunidad Económica Europea, organización supranacional de los grandes monopolios europeos, destinada, sobre todo, a reforzar la explotación de los trabajadores de todos los países miembros y a luchar contra la comunidad socialista. Sabemos que la integración y concentración capitalista es ley objetiva inexorable del desarrollo contemporáneo. Pero frente a esa realidad los trabajadores tienen que reforzar su unidad y su lucha para proteger sus derechos y sus intereses de clase. No es colaborando con esa organización supranacional de los monopolios europeos o integrándose en ella, como predicán los revisionistas infiltrados en algunos partidos comunistas, como se defenderán los dere-

chos y los intereses de los trabajadores, sino, sobre la base del internacionalismo proletario, organizando y desarrollando su lucha contra el capitalismo y por el socialismo.

España, cuyo retraso económico es considerable si se compara su situación actual con la de la mayor parte de los países del Mercado Común, no sacaría ningún provecho de la integración en esa organización. Al mismo tiempo denunciarnos las afirmaciones que algunas gentes hacen sobre que la participación de España en el Mercado Común facilitaría su desarrollo democrático. El Tratado de Roma en el que se basa la C.E.E. no tiene nada que ver con la democracia ni con la libertad. Ese Tratado tiene el objetivo de amordazar a los explotados del gran capital y reforzar los enormes privilegios de los monopolios europeos. Las formulaciones «democráticas» y «humanistas» del citado Tratado son una cortina de humo para encubrir los objetivos verdaderos de los promotores de esa Organización supranacional de los monopolios europeos. Los socialdemócratas de derecha se distinguieron en el pasado por su colaboracionismo. Sería inícuo que algunos dirigentes que se llaman comunistas logran engañar a las masas obreras siguiendo las huellas de los viejos «gerentes leales del capitalismo».

Los comunistas lucharemos, en tanto que representantes de la clase obrera que es la clase que defiende y representa los intereses nacionales, por el establecimiento y desarrollo de relaciones económicas de nuestro país con todos los Estados del mundo, en un plan de igualdad y sobre la base de ventajas mutuas. Naturalmente una parte del comercio natural de España tiene que basarse en Europa que es donde ella está enclavada. Sabemos que el comercio con los países de la Organización Europea de Cooperación Económica, que en 1970 alcanzó un volumen de 3.391 millones de dólares por sus importaciones y de 1.733 millones por sus exportaciones, le es imprescindible a España y nadie con sentido común podría plantearse prescindir de ese comercio. Pero, hay un mercado socialista que España no ha tenido en cuenta hasta hoy como co-

responde Hacia ese Mercado socialista podría ir una parte de la producción española y de él recibir España muchas materias primas y artículos que hoy adquiere en otros sitios a precios nada favorables.

Por eso, frente al Mercado Común de los monopolios europeos y a otras organizaciones internacionales del mismo género, el Partido Comunista de España y la clase obrera defiende y defenderá una política económica y comercial de independencia, de relaciones con todos los países, incluidos los socialistas, sobre una base de igualdad y de beneficios mutuos. Y por eso, también, frente a la unión de los monopolios capitalistas, el Partido Comunista de España luchará por la unión de los trabajadores de todos los países para mejor defender sus derechos e intereses de clase.

Las condiciones de vida de los trabajadores

Señalábamos antes el cuadro presentado por D. Jacinto Rodríguez Osuna sobre la capital de España. Esa misma situación puede comprobarse en Barcelona, Sevilla, Bilbao y en otros centros industriales de nuestro país. En los pueblos de Andalucía, Extremadura, Castilla, Galicia y de otras regiones la miseria es reina y señora en millones de hogares de trabajadores. Ese cuadro que dibujan ciertos propagandistas del régimen, de una España dichosa y próspera para los obreros, es falso completamente y constituye una burla para nuestro pueblo y un engaño para los demás pueblos de Europa.

Los salarios de 4000 y 5000 pesetas al mes siguen siendo corrientes en España. La reciente fijación del salario mínimo interprofesional a 136 pesetas en lugar de 120 pesetas no corresponde, ni de lejos, no sólo a las necesidades de los obreros, sino ni siquiera al aumento del coste de la vida en estos últimos meses. Las «rentas más bajas», como muy púdicamente denominan los gobernantes a los salarios de hambre, no tendrán alteración importante con el salario mínimo de 136 pesetas que rige a partir del pasado 1 de abril.

El ministro del Trabajo declaró que los salarios habían sido elevados en un 10,7 por ciento tomados en su conjunto. Pero los trabajadores saben perfectamente que ese aumento había sido absorbido ya por la escalada de precios, escalada que continúa en la actualidad como pueden comprobar cada día las mujeres de los trabajadores.

El paro abierto y sobre todo el encubierto es otro motivo de descontento y desesperación de centenares de miles de obreros. Los franquistas reconocen la existencia de 250.000 parados. Pero son muchos más si contamos a los jornaleros del campo que se pasan la mayor parte del año sin trabajar. La tragedia de los obreros mayores de 40 años que no pueden encontrar un empleo es masiva en Barcelona, Madrid y en otros grandes centros industriales o agrícolas.

El problema de la vivienda sigue siendo muy grave y angustioso para varios millones de españoles. Los gobernantes reconocen que faltan todavía 1.000.000 de ellas. Seguramente son muchas más las que se necesitarían para dar un hogar digno a los que viven hoy en barracas, cuevas y en casas sin las más mínimas condiciones de higiene y seguridad.

Los accidentes de trabajo y las enfermedades profesionales es una verdadera plaga que azota a nuestros obreros. En las minas, en la construcción y en otras industrias cada día mueren, quedan mutilados o son accidentados muchos trabajadores como consecuencia de la ausencia de preocupaciones de los capitalistas por la vida y la salud de los productores.

Según las estadísticas, en España se produce un accidente de trabajo cada nueve segundos, cada quince ocasiona incapacidad temporal, cada diez minutos el accidente produce lesiones definitivas y cada cuatro horas es mortal.

En el último quinquenio fueron asesinados anualmente cerca de 2.500 trabajadores, pues asesinato es, en la mayoría de los casos, la muerte de un obrero que trabaja en las peores condiciones y sin las mínimas garantías de seguridad para su vida. En el año 1970 el número de «accidentes

laborales» habidos en España superó la cifra de dos millones

Cuando algunos periódicos del régimen denuncian esta sangría de las fuerzas productivas, se refieren sobre todo a las pérdidas que ocasionan a los capitalistas que es lo que principalmente les preocupa a ellos. Se dice, por ejemplo, que el costo total de los accidentes habidos en nuestro país en los años 1965-1969 representó el 10 por ciento de la renta nacional y el 35 por ciento del Presupuesto general del Estado, o sea, unos 150.000 millones de pesetas.

Este terrible problema es una de las causas directas de gran cantidad de luchas obreras en los más diversos lugares de España.

La sanidad, la enseñanza, la seguridad social, el transporte, la urbanización, la cultura y muchas otras cosas siguen estando ausentes de las preocupaciones de los gobernantes y de sus instrumentos de opresión como son los sindicatos verticales, cuando se trata del pueblo laborioso.

Y al referirnos a las condiciones de vida de nuestros obreros y campesinos pobres no podemos olvidarnos de la emigración que fue la única salida que encontraron cientos de miles de trabajadores para vivir ellos y sus familias. En países capitalistas como Francia, República Federal Alemana, Suiza y Bélgica viven hoy más de un millón de españoles en condiciones discriminadas y sin protección del gobierno español.

El diario alemán «Westdeutsche Allgemeine Zeitung» señalaba hace pocos días que la mano de obra extranjera en la R.F.A. vive dentro de unos límites económicos estrechos, pues cada obrero emigrado, de un salario medio mensual de 850 marcos se quita 215 que transfiere a su país de origen y que, después de descontar impuestos y seguros, le quedan sólo quinientos marcos para vivir él y sus allegados con lo cual «no pueden hacerse muchos milagros, teniendo en cuenta el encarecimiento actual de la vida».

Pero estas estrecheces y dificultades, estas tragedias de tantos compatriotas, no preocupan al gobierno

que, solamente el año pasado ha recibido cerca de 600 millones de marcos en concepto de transferencias de los españoles que trabajan en la R.F.A. Y si a eso unimos los envíos de los trabajadores españoles de Francia, Suiza, Bélgica y de otros países, veremos la alegría de los ministros de Franco que, gracias a ello en una gran parte, pueden nivelar la balanza de pagos y almacenar divisas para solucionar sus problemas económicos.

Desde hace mucho tiempo los revisionistas españoles no sienten ninguna preocupación por las condiciones de vida de las masas obreras y campesinas. Cada vez que hay una huelga en una empresa, eso sí, ellos tratan de capitalizarla para sus chalanos con los burgueses «evolucionistas».

El Partido Comunista de España debe colocar entre sus fundamentales preocupaciones la lucha por elevar el nivel de vida de todos los trabajadores de la ciudad y del campo. Frente a los revisionistas de derecha y de «izquierda» que subestiman estos problemas tan angustiosos, los comunistas debemos tener muy presentes los consejos de Lenin que nos llaman a marchar hacia la revolución socialista, única manera de terminar con todos los males que sufren los explotados por el capitalismo, a través de las acciones diarias por la elevación de salarios, por mejores condiciones de trabajo, por una seguridad social digna de ese nombre, por jornadas laborales que no agoten y destruyan la principal fuerza productiva, por viviendas sanas, por una sanidad al servicio del pueblo trabajador, por escuelas para sus hijos y por todo lo que sirva para dignificar la vida de quien produce las riquezas de cualquier país.

La resistencia obrera y popular al régimen

La lucha económica y política de la clase obrera ha seguido creciendo durante el año 1970 y en los primeros meses del corriente. Centenares y miles de conflictos han enfrentado a los obreros con el gobierno y los patro-

nos. Los mismos Sindicatos Verticales han reconocido que han tenido lugar en 1970 más de 700 «conflictos laborales», la mayor parte de ellos en el sector del metal.

Las huelgas, plantas y manifestaciones de los obreros de Maquinista Terrestre y Marítima, A.E.G., Harri Walker y muchas más de Barcelona y su provincia, de Astilleros Españoles y panaderos de Sevilla, de los mineros de Hunosa y la Camocha en Asturias, de la Naval, Orbegozo y otras en el País Vasco, de Eaton Ibérica, Industrias Esteban, Authi y algunas más en Pamplona, de Bazán en el Ferrol y todas las demás huelgas y luchas diversas que se han realizado en nuestro país a lo largo del año pasado y del presente, son por su cantidad y calidad muy superiores a las habidas en años anteriores.

Los trabajadores españoles, en primer lugar los obreros industriales de los grandes centros fabriles, han adquirido una gran experiencia y obtenido resultados importantes gracias a su lucha.

Los obreros de la Construcción hicieron huelgas en diferentes provincias de España. En Granada, Sevilla, Madrid y en otras provincias, los trabajadores de la construcción se declararon en huelga por decenas de miles. Ellos ocuparon en muchos casos las obras, manifestaron en las calles, organizaron sus piquetes de huelga, se enfrentaron valientemente con los policías y los funcionarios verticalistas. Después de muchas semanas de lucha consiguieron apreciables resultados aunque insuficientes. La experiencia adquirida por estos trabajadores no dejará de tener efectos en las próximas luchas.

Y al hablar de los obreros de la construcción nosotros nos inclinamos ante la memoria de los tres trabajadores granadinos que fueron asesinados impunemente por los esbirros franquistas. Los culpables de ese asesinato tendrán que responder un día ante el pueblo.

Otros conflictos que alcanzaron un nivel nacional fueron los del transporte urbano y de la banca. También

en la Renfe se han producido situaciones de lucha en muchos lugares del país.

Las lecciones más importantes que podemos sacar de estas últimas luchas obreras son las siguientes:

La consigna de un salario mínimo superior al fijado por el gobierno es una aspiración general y movilizadora; la escala móvil de salarios, teniendo en cuenta el alza constante de los precios, es, igualmente, un deseo muy extendido entre los trabajadores; están al orden del día los problemas de las excesivas y agotadoras jornadas de trabajo, de la defensa de los compañeros represaliados por la patronal y el gobierno, de la solidaridad con las víctimas de la represión, de la seguridad y salubridad, de las garantías a los representantes obreros, de un seguro decente para los parados, los enfermos y los accidentados, de mayor número de días de vacaciones anuales pagadas y otras.

Se ha avanzado mucho en lo relacionado con la dirección de las luchas obreras. Las Comisiones Obreras y otras formas de organización y unidad de los trabajadores han desempeñado un papel muy importante en muchos casos.

Todas las acciones han tenido que realizarse no sólo contra los capitalistas, sino también contra las presiones, amenazas y represiones del gobierno y de su principal instrumento entre los obreros, los Sindicatos Verticales.

En general, las huelgas y otras acciones obreras han sido organizadas con la participación de las masas en los lugares de trabajo. La práctica de las asambleas democráticas de la elección de los dirigentes y del rendimiento de cuentas de éstos a la base obrera ha empezado a generalizarse. Así fue en la Maquinista Terrestre y Marítima, en Harri Walker, en Eaton Ibérica, en la construcción y en muchas otras partes.

El Partido Comunista de España saluda esta tendencia que se abre camino y que es la mejor garantía que tienen los trabajadores para alcanzar el triunfo de sus justas reivindicaciones.

Otro motivo del desencadenamiento de importantes luchas obreras ha sido la solidaridad proletaria con las víctimas de la represión patronal y gubernamental. Este es un signo de la elevación del nivel de conciencia de clase de amplios sectores proletarios. En este orden hay que destacar las acciones del 3 de noviembre del año pasado organizadas por las Comisiones Obreras y otras organizaciones antifranquistas así como también la masiva participación de los trabajadores vascos y de algunos otros lugares en las luchas de diciembre último para salvar la vida de los seis jóvenes del ETA.

Los jornaleros del campo son un sector numeroso y combativo de nuestra clase obrera. El millón de braceros y otros trabajadores asalariados del campo español, junto a los 3 millones y medio de obreros industriales, constituyen la vanguardia del movimiento obrero de nuestro país. En provincias como Cádiz, Córdoba, Jaén, Badajoz, Sevilla y otras, los obreros agrícolas son una fuerza revolucionaria activa que el Partido Comunista debe tener muy en cuenta. Un ejemplo de gran combatividad nos lo ofrecen los obreros agrícolas de Cádiz cuyas luchas contra los grandes propietarios y terratenientes son conocidas por todos. En Sevilla, Granada, Jaén, Badajoz y en otras provincias centenares de miles de trabajadores asalariados del campo, por sus acciones y elevada conciencia de clase, en nada desdichan las tradiciones del pasado. Últimamente, en alguna zona de la provincia de Sevilla, los obreros y campesinos han llegado incluso a ocupar algunas fincas para trabajar y vivir. Los pueblos andaluces, extremeños, castellanos y de otras regiones pueden transformarse en focos revolucionarios. El Partido Comunista no debe escatimar esfuerzos para que así sea.

Pese a todos los avances del movimiento obrero los comunistas tenemos el deber de valorar justamente sus acciones y ni subestimarlas ni exagerarlas. Somos justos con la verdad cuando decimos que ese movimiento obrero es todavía insuficiente. Tenemos que trabajar para que se pongan en movimiento todas las energías de la clase obrera, para desa-

rollar la organización y la combatividad de millones de trabajadores, de los obreros industriales en primer lugar. Es visible, sobre todo, la insuficiencia de la coordinación de las luchas de las diversas empresas, de las de una misma ciudad incluso, lo que permite a los capitalistas y al gobierno golpear a los trabajadores de unas y otras más fácilmente.

La acción económica y política necesita alcanzar niveles mucho más altos en todos los centros industriales. Ello depende en gran parte de la capacidad y actividad de los comunistas, de su vinculación con las masas, del acierto de sus orientaciones y consignas.

Como ya hemos dicho el movimiento de las Comisiones Obreras ha confirmado su influencia y arraigo entre amplios sectores obreros. Este movimiento, siempre y cuando sepa escapar al burocratismo, que actúe con flexibilidad, que sepa rechazar las maniobras de los revisionistas de uno u otro signo y de los delegados de las jerarquías eclesiásticas, avanzará hasta convertirse en la organización unitaria y mayoritaria de la clase obrera española.

El Partido Comunista de España apoyará al movimiento de las Comisiones Obreras sin estrecheces, sectarismos ni exclusivismos. En cada lugar de trabajo son los obreros mismos los que deben decidir las formas de su unidad y organización. Esa diversidad de formas que hoy encontramos en el movimiento obrero no contradice la esencia de las Comisiones Obreras.

La cuestión fundamental es fortalecer las Comisiones Obreras en la base, en las empresas y en todos los lugares de trabajo. Sin Comisiones en las empresas, sin democracia obrera y sin una gran amplitud de miras, el movimiento de las Comisiones Obreras en su conjunto no puede afianzarse, extenderse ni concebirse. Al aseguramiento de esta gran tarea dedicaremos los comunistas una gran parte de nuestras fuerzas.

Queremos aprovechar esta ocasión para decir unas palabras sobre las «elecciones sindicales» y la nueva «Ley Sindical» aprobada por las Cortes franquistas.

La experiencia se ha encargado de demostrar que son muy pocas las posibilidades que ofrecen los Sindicatos Verticales para desarrollar el movimiento revolucionario en las condiciones de hoy. Los obreros más firmes y consecuentes que fueron elegidos en las pasadas elecciones sindicales para ocupar cargos de enlaces, jurados y miembros de las juntas sociales, han sido desposeídos, detenidos, expulsados del trabajo y, en muchos casos, condenados a largos años de cárcel por los tribunales franquistas. Desde 1967 son centenares y centenares los que se encuentran en este caso. Testimonio de ello son los compañeros Ariza, Camacho, Morin y muchos más.

Por eso, el Partido Comunista de España, después de rechazar la nueva «Ley Sindical» recientemente aprobada por las Cortes franquistas y todo el tinglado verticalista destinado a maniatar a los obreros, ante las «elecciones sindicales» que prepara el gobierno, que se prolongarán durante seis meses para que todo salga exactamente tal y como él quiere, adoptaremos la única táctica que corresponde a los intereses de los trabajadores.

Algunos hablan de ir «al copo» de la «gran batalla de las elecciones sindicales». Otros caen en el extremo opuesto y niegan toda posibilidad de lucha «legal». Ni una ni otra posición tiene nada que ver con la táctica leninista de aprovechamiento de las posibilidades legales para impulsar la lucha revolucionaria de los trabajadores.

El Partido Comunista considera que la verdadera batalla que los trabajadores tienen que dar, están dando ya, es la de unirse y organizarse al margen de los sindicatos franquistas, en sus Comisiones Obreras o en otras formas que sirvan los mismos objetivos, es la de luchar por el aumento general de salarios y por otras reivindicaciones urgentes, es movilizarse en solidaridad con los compañeros despedidos, detenidos y condenados a duras penas de prisión. Esa es hoy en día la única batalla que tienen que dar los trabajadores.

Y en cuanto a las «elecciones sindicales», los comunistas pensamos que

la táctica a seguir debe decidirse en las propias empresas y lugares de trabajo, de acuerdo con las condiciones concretas que en cada una se den, de acuerdo, sobre todo, con el grado de conciencia y organización alcanzado en cada lugar de trabajo.

En las condiciones de hoy, repetimos, esta es la única táctica justa. Por el momento sabemos que los trabajadores de Bilbao, Barcelona, Madrid y de otras zonas industriales, rechazando la nueva Ley Sindical y todo el aparato verticalista-franquista, se disponen a declarar el boicot a esa farsa. Y esto será un acto de lucha y no una renuncia general a lo que el leninismo nos enseña.

Las mínimas posibilidades que las «elecciones sindicales» nos ofrecen deben ser aprovechadas para la organización de amplias asambleas de trabajadores en los lugares de trabajo con el fin de extender y consolidar las formas de organización independientes de la clase obrera, es decir, las Comisiones Obreras.

Repetimos también, no aceptamos ningún género de dogmatismo. Sabemos que durante el año 1970 se han examinado más de 1.600 convenios colectivos que afectaban a 4 millones de trabajadores. Y en toda una serie de casos las Comisiones deliberadoras designadas por los obreros democráticamente incluían compañeros de trabajo que ocupaban cargos de enlaces, jurados y de miembros de juntas sociales incluso. El empeño, por lo tanto, de querer transformar esta cuestión de las «elecciones sindicales» en piedra de toque de una actitud revolucionaria consecuente, no responde a nada serio ni por parte de los que llaman a «copar» todos los puestos ni tampoco de los que consideran la participación en ellas como un acto de traición a los trabajadores.

Una de las tareas más urgentes que tiene planteado hoy el movimiento obrero español es el reforzamiento de la unidad con los trabajadores de todos los países socialistas y capitalistas. Los acontecimientos del mes de diciembre pasado han confirmado cuan grande es la fuerza del internacionalismo proletario. Los obreros de todos los países son nuestros más

fieles aliados en la lucha por la emancipación total de la clase obrera, por la democracia y el socialismo

Por eso mismo es necesario que el movimiento de las Comisiones Obreras vuelva a ocupar su puesto en la Federación Sindical Mundial que es la organización más poderosa del mundo del trabajo. Los revisionistas, con pretextos hipócritas, obligaron a las Comisiones Obreras a salir de la Federación Sindical Mundial cuando ninguno de sus militantes lo había pedido. Ahora está claro que lo que se proponían los carrillistas al dar este golpe de mano era aislar al movimiento obrero español de los trabajadores de los países socialistas y capitalistas, desarrollar las tendencias nacionalistas dentro de las Comisiones Obreras e impedir que nuestros militantes obreros tomasen contacto con los trabajadores que ya han conquistado el poder político.

Por ahora, tanto en la F.S.M. como en las demás organizaciones internacionales, los carrillistas se esfuerzan por crear y levantar barreras nacionales entre los obreros de una y otra nación y sobre todo entre los obreros españoles y los de los países socialistas. Por eso mismo los comunistas que trabajan en la Comisiones Obreras se esforzarán por convencer a todos los compañeros que en ellas militan de la importancia que tiene la reincorporación del movimiento obrero español a la Federación Sindical Mundial.

Los campesinos manifiestan su descontento como pueden. La idea de que la Hermandad se ha convertido en uno de los principales dogales del régimen para apretar más y más el cuello de los trabajadores del campo es general en la mayoría de los pueblos de España. Además, cada vez está más claro que esa Hermandad es, en realidad, el Partido de los terratenientes y grandes capitalistas del campo cuyos intereses, contrarios a los de los campesinos pobres y medios, defiende a toda costa. Por eso empieza a hablarse en muchas zonas campesinas de crear algo que pueda neutralizar a ese «Partido Agrario burgués» que es la Hermandad de Labradores y Ganaderos. Traicionan los intereses de los campesinos no sólo los grandes

capitostes de la Hermandad sino, también, toda una serie de gentes que, como Guerra el niño mimado de los revisionistas en Santander, ha mostrado en las últimas luchas de los productores de leche su fisionomía de lacayo del gobernador civil y de las autoridades franquistas de esa provincia.

Y, en efecto, ese es el quid de la cuestión: organización. Los comunistas no estamos en contra de recoger la experiencia de los obreros industriales para desarrollar la organización y la lucha de los campesinos. Pero, es evidente, que las condiciones específicas y diferenciadas del campo español y de sus habitantes no pueden ser soslayadas tan alegremente como hacen los carrillistas. Cuando éstos hablan tan a la ligera de la amplitud del movimiento de Comisiones Campesinas en el campo no sólo mienten con el mayor cinismo sino que, al mismo tiempo, ponen al descubierto su desprecio por eso que ellos llaman ahora «segundo frente de lucha». En España no existen todavía Comisiones Campesinas a gran escala ni siquiera en Zaragoza donde los carrillistas están empeñados en crearlas en el papel.

Este problema de la organización de las masas del campo sólo podrá resolverse estudiando la situación de una manera seria, concreta, y escuchando, ante todo, a los más interesados. Eso es lo que tenemos que hacer los comunistas en el campo.

Carrillo ha hablado frecuentemente del «marasmo» y de la «desmoralización» del campo y de los campesinos. Pero esto es una verdad a medias y una manera muy poco seria de desentenderse del problema. Pues los campesinos de Santander, Asturias y Galicia acaban de demostrar que son capaces de vencer esa «desmoralización» y batir al gobierno con su «guerra de la leche». Y podríamos seguir dando muchos otros ejemplos ilustrativos de la combatividad de los campesinos españoles y de su disposición a defenderse contra los ataques de la oligarquía. Está claro que los campesinos trabajadores no se resignan a desaparecer y que saben luchar valientemente cuando son bien dirigi-

dos y encuentran las mejores formas de organizarse.

El problema decisivo, el que preocupa a millones de campesinos y a sus familias, es la injusta, arcaica e indignante distribución de la tierra. Esta es la cuestión clave del campo español y no las que presentan a veces los periódicos y revistas franquistas y los profesores a los que nos referíamos anteriormente. La consigna de «la tierra para quien la trabaja» no basta para mantener una posición consecuente en relación con el campo. El Partido Comunista de España tiene que educar a sus militantes y a las masas obreras y campesinas en la idea de que para poner fin a esa injusta distribución de la tierra es imprescindible la lucha unida de la clase obrera y de los campesinos, las dos fuerzas revolucionarias fundamentales de nuestro país. Y educar no es todo. Hay que tomar las medidas necesarias para que esa postura de principios se aplique consecuentemente. A la vez que defendemos los intereses de los campesinos pobres y medios debemos realizar una labor que ayude a comprender a los campesinos las grandes ventajas del trabajo colectivo de la tierra, que el Estado democrático deberá estimular y favorecer cuando llegue el momento.

Junto a eso están muchos otros problemas que agobian a los campesinos y que pueden ser motivos de lucha para resolverlos o mitigarlos. La comercialización, financiación y precios de los productos del campo es, sin duda, una cosa muy importante; las inversiones del Estado para mejorar el medio rural es otro igualmente importante; muchos otros de carácter social son origen de muchas protestas campesinas.

Los campesinos están hartos de tantas organizaciones e instituciones creadas por el régimen a las que ahora se unirán las dos que van a ser discutidas en las Cortes franquistas, destinadas todas ellas a mantener una legión de burócratas a robar a manos llenas a los campesinos y en las que los trabajadores del agro no tienen ninguna intervención, control y, menos aún, poder de decisión.

A todas estas cuestiones el Partido Comunista tiene que dar respues-

tas justas. Sin embargo, sería utópico que nos comprometiésemos a llenar esas lagunas y a superar nuestro retraso en un dos por tres. Es necesario un intenso trabajo de todo el Partido y muy particularmente de nuestros cuadros campesinos para crear las bases que nos permitan llegar a la elaboración de un verdadero Programa Agrario que responda a las realidades de hoy, de ese campo español tan diverso y complejo.

Pero lo que si podemos y debemos hacer inmediatamente es organizar y desarrollar el Partido, utilizar justamente a los cuadros aptos para el trabajo en el campo y elaborar una propaganda apropiada para esos medios. Se trata en resumidas cuentas de volver a posiciones de principio, de considerar la alianza obrera-campesina que los revisionistas han pisoteado, como uno de los principios básicos de nuestra táctica y estrategia.

Las acciones estudiantiles, pese a la represión han sido y son una gran contribución a la lucha del pueblo y de la clase obrera contra el régimen. La acción estudiantil abarca a la mayor parte de los centros universitarios.

Es lamentable, sin embargo, la dispersión del movimiento estudiantil y la confusión política e ideológica que en él han creado los revisionistas. El Sindicato Democrático de los Estudiantes se ha disuelto no sólo por la acción de las fuerzas represivas del régimen sino también por las maniobras de los carrillistas y la campaña antisoviética y nacionalista que ellos han realizado en los medios estudiantiles.

Por eso mismo es tan importante la labor ideológica del Partido Comunista entre los universitarios, la lucha sin tregua contra el oportunismo de derecha y de «izquierda», para superar la atomización del movimiento estudiantil y conseguir la unidad de sus filas.

El movimiento de los estudiantes contra el régimen, por la democracia y por el socialismo sólo tendrá éxitos si marcha estrechamente unido al movimiento obrero, venciendo la espontaneidad y la dispersión que hoy desgraciadamente le caracteriza. La organización de los estudiantes comu-

nistas y la formación de sus militantes en los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario es una tarea de gran importancia en los momentos presentes.

Los intelectuales y profesionales actúan también con mayor decisión. Durante los acontecimientos de diciembre pasado muchos de ellos dieron pruebas de iniciativa y abnegación y desempeñaron un papel importante en la derrota de los propósitos que tenían los franquistas de asesinar a los jóvenes nacionalistas vascos. En Barcelona y en Madrid los intelectuales de vanguardia estuvieron, junto a los obreros y estudiantes, en las manifestaciones de calle y en todas las acciones contra la represión franquista. Son muchos los abogados que cumplen con su deber defendiendo a los perseguidos por el gobierno, los escritores que toman en sus manos la defensa de la clase obrera, los artistas que proclaman públicamente su solidaridad con el pueblo frente a los gobernantes.

La clase obrera y el campesinado sienten respeto y agradecimiento por esos intelectuales del pueblo que al igual que ilustres antepasados supieron elegir su trinchera. Y, por el contrario, desprecia a esos que, fieles a las clases dominantes que oprimen al pueblo trabajador, prostituyen su saber en favor de un régimen odioso. Por eso mismo, cuando los carrillistas engloban en su «Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura», a intelectuales venales que se arrastran a los pies de los explotadores y de los asesinos de tantos revolucionarios de nuestro país, no sólo proclaman una cosa imposible, sino que, sobre todo, muestran su desprecio hacia los verdaderos intelectuales y profesionales de España que son fieles a nuestro gran Antonio Machado, símbolo extraordinario de cultura, humanismo y libertad para el pueblo.

Una cosa está clara. El proletariado necesita unir en torno a él y bajo su dirección a otras clases y capas sociales para derribar la dictadura. La clase obrera con sus solas fuerzas no podría asegurar esta gran tarea. Los aliados naturales de los obreros son los campesinos. Pero están también los trabajadores intelectuales, los es-

tudiantes demócratas y revolucionarios, las capas medias urbanas que sufren la opresión del capital monopolista. Estas fuerzas sociales son inmensamente mayoritarias y si se unen y luchan, bajo la dirección de la clase obrera, los días de la dictadura serán contados. Pero para que eso se produzca, para que lleguemos a crear un amplio Frente Democrático de todas las fuerzas políticas y sociales interesadas en las transformaciones revolucionarias que el pueblo laborioso necesita y reclama, hace falta un Partido Comunista que mantenga firmemente en sus manos el timón de los objetivos de clase, que actúe como vanguardia de la clase obrera, que esté estrechamente unido sobre la base del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

Mientras tanto el régimen de la oligarquía, con Franco o sin Franco, podrá capear todas las dificultades y resolver sus problemas a expensas del pueblo trabajador.

Los revisionistas han decretado muchas veces la situación revolucionaria en España. Pero como la situación revolucionaria no puede crearse por decreto de nadie sino en función de toda una serie de condiciones objetivas y subjetivas, los pronósticos de los carrillistas no se han realizado jamás. El Partido Comunista tiene que decir la verdad a los trabajadores y no engañarles o adormecerlos con frases vacías de todo contenido que es lo que hace Carrillo y sus ayudantes desde hace más de diez años.

Los patéticos llamamientos al «Pacto para la libertad», ni crearán la situación revolucionaria ni dará esa democracia utópica que nos pinta Carrillo en la que la burguesía defendería sus intereses y las relaciones de producción capitalistas y los trabajadores lucharían por acabar con la explotación capitalista y por el socialismo, todos en buena armonía, en un «juego limpio y democrático».

La dictadura franquista, forma histórica e instrumento de clase de la oligarquía financiera española se adueñó del poder por la fuerza, después de una cruenta guerra civil de tres años. Esa oligarquía no ha compartido ni está dispuesta a compartir el poder con otras clases y capas so-

ciales. En la historia moderna no se ha dado jamás el caso de que los capitalistas hayan renunciado a su poder, se hayan resignado a ver merma- dos sus poderes y restringidos sus privilegios sin lucha.

Para realizar una revolución, que es lo que significaría sustituir una dictadura fascista, tiránica, y terrorista, por un régimen de libertades democráticas, no basta la agitación y la propaganda; no lo puede hacer si- quiera una vanguardia aguerrida y organizada. Lo tienen que realizar las masas, bajo la dirección de la van- guardia, después de haber adquirido su propia experiencia política y sólo a través de la lucha.

El régimen, sus recursos y problemas.

Decíamos antes que los oportunistas abusan sin medida del método que consiste en sentenciar a muerte la dictadura sin tener en cuenta las realidades del país. Nos dicen que ella «potencialmente está terminada», que «Franco ha perdido las riendas del poder. Nos hablan de que «no existe autoridad de gobierno», que «los mandos del Ejército están contra el régimen», que «los funcionarios y magistrados ya no obedecen las órdenes de un poder vacilante», que «los norteamericanos se preparan para el postfranquismo», que «el Vaticano ha dado la espalda a Franco», que «la Iglesia Española se ha separado del régimen». Y llegan a proclamar que «los de arriba ya no pueden gobernar como antes y los de abajo no están dispuestos a soportar a los gobernantes».

Es verdad que en el seno de las camarillas y clases dominantes hay problemas, pues quien se imagine a la oligarquía española o de cualquier otro país como un monolito se equi- voca gravemente. Durante los aconte- cimientos de diciembre se pusieron al descubierto algunos de esos con- flictos que existen en las clases do- minantes. Los falangistas arremetieron contra los opusdeístas, los mandos fascistas de las Fuerzas Armadas aprovecharon la ocasión para reforzar

sus posiciones en el sistema, los si- carios de la brigada político-social zumbaban a los curas que no siempre dicen «amén».

Pero de cualquier forma esto no fue lo predominante durante la crisis de diciembre. Lo predominante fue, de una parte, la protesta nacio- nal e internacional contra la represión franquista y, de otra, la unidad de la oligarquía española para hacer frente a la situación.

El poder de la oligarquía colocó por encima de todo los intereses de su estrategia que se basa en la alianza con el imperialismo americano y con los monopolios europeos. Y esos in- tereses no permitían a la oligarquía española seguir la línea de los que re- clamaban las cabezas de los seis jó- venes nacionalistas vascos. La protes- ta nacional e internacional era enor- me y una actitud tajante habría podido comprometer sus planes. Durante los sucesos de diciembre el gobierno no perdió en ningún instante el control del poder, como tan alegremente di- cen los revisionistas de Carrillo, sino que actuó como más convenía a los intereses y a la política que represen- ta y aplica. Santiago Carrillo ha lle- gado a decir que los vascos fueron salvados por los jefes del Ejército, es decir, por los que les condenaron a nueve penas de muerte. Mayor tontería es imposible imaginarse aunque Carrillo nos tiene acostumbrados a escucharle muchas.

Los vascos fueron conmutados. Fran- co quiso aparecer con «rostro huma- no» pero a renglón seguido dió las órdenes necesarias para intensificar la represión contra los dirigentes obre- ros, estudiantes, intelectuales, con- tra los comunistas y nacionalistas. El número de detenidos es superior a 2000. Las jefaturas de policía y los calabozos de los cuarteles de la poli- cía armada y de la guardia civil han vuelto a ser lugares de terribles tor- turas.

Los discursos pronunciados por Ca- rrero Blanco en las Cortes, por Fran- co unos días después, por ministros, generales, por otros gerentes de la oligarquía financiera española, reve- lan claramente las líneas maestras de la política de las clases dominantes. Las reuniones del Consejo Nacional

del Movimiento no son, ni mucho menos, pruebas concluyentes de la descomposición del régimen —como las presentan los redactores del anti Mundo Obrero— sino una confirmación más de la orientación archirreaccionaria del gobierno actual, es decir, de su disposición a continuar su política anti obrera. Las querellas internas, las rivalidades entre unos y otros grupos, los odios personales y otros problemas más o menos graves, no significan que la dictadura esté dando las últimas bocanadas como dicen los carrillistas.

Las clases dominantes tienen una estrategia y una política adecuada a ella: En primer lugar, mano dura contra la oposición obrera y revolucionaria, apoyándose en los mandos reaccionarios y fascistas de las Fuerzas Armadas y en la policía política; en segundo lugar una política nacional al servicio de la gran burguesía española, política de cierta evolución en los marcos que puede tolerar el sistema del Capital Monopolista de Estado; en tercer lugar, una política exterior que sirva a los intereses de esa misma gran burguesía en la actual coyuntura internacional. La columna vertebral de la dictadura sigue siendo el Ejército reaccionario, esto es sus mandos fascistas y semifascistas, las fuerzas represivas, las jerarquías de la Iglesia, los tribunales y demás instituciones creadas por el régimen para servirle.

En estos marcos los gobernantes no ponen inconvenientes al ejercicio de algunas «opiniones críticas» que no constituyen ningún peligro para las bases socio-económicas del sistema del Capitalismo Monopolista de Estado. Así pueden comprenderse las «libertades» que se toman ciertos obispos y políticos burgueses como Fraga Iribarne, Cirarda y otros. Llegado el momento no tendría nada de extraño que el Gobierno español permitiera el regreso a nuestro país de «dirigentes obreros» que, como Santiago Carrillo, podrían unir su voz al coro de esos inofensivos críticos. Eso descubre el diario del aprovechado Emilio Romero, cuando, el día 23 de marzo pasado, trataba con tanto respeto a los que él denomina «nuevos comunistas», que, como Santiago Carrillo,

«tiran hacia el centro de la España de hoy» y son, por consiguiente, plenamente aceptables.

Insistimos: las dificultades inherentes al régimen no le harán caer por sí solas. Pese a los golpes que ha recibido con la lucha de las masas, ese régimen sigue contando con muchos y poderosos recursos. Para romper el equilibrio actual hay que poner en movimiento todo el potencial revolucionario que encierra España. Ese es el único camino. No hay soluciones milagrosas ni siquiera las que presentan los carrillistas.

La política y la economía no pueden separarse caprichosamente. Lenin decía que la política es la expresión concentrada de la economía y así se ha confirmado siempre. Por eso, quebrar el dominio de la oligarquía financiera equivale a quebrarlo en sus dos vertientes, en lo político y en lo económico. Únicamente así se crearían las condiciones imprescindibles para un desarrollo distinto al actual que tuviera en cuenta los intereses de la población laboriosa y por lo tanto de España. Por eso es absurdo y revelador de sus intenciones el programa que Carrillo propone para su «Pacto para la Libertad» que hace abstracción de todos los problemas socio-económicos que configuran el carácter y la naturaleza de la etapa presente de la revolución española. Pero por mucho que se esfuercen los revisionistas esos problemas están ahí y ni la clase obrera y sus aliados, ni las clases dominantes y los suyos, pueden hacer abstracción de ellos.

El régimen será derribado De eso no puede haber la más mínima duda. Pero lo será con la lucha de las masas. Lo que hace falta en primer lugar es restablecer el papel dirigente del Partido Comunista y de la clase obrera. Pues solamente así llegará ese momento histórico en que millones de obreros, campesinos, estudiantes revolucionarios, intelectuales avanzados y españoles de otras capas sociales intermedias, forjarán su ánimo para batirse y para vencer, para soportar todas las pruebas necesarias para alcanzar la victoria, para dar hasta la vida misma, si ello fuera necesario, por la causa de la democracia y del socialismo. Ese estado de ánimo

es hoy patrimonio de una minoría. Mañana lo será de masas inmensas. Así será vencida la odiosa dictadura que nos oprime. Así serán abiertas muy anchas las puertas de los caminos del socialismo.

El caracter de la revolución española y nuestra crítica al «Pacto para la libertad»).

El programa del Partido aprobado por el VI Congreso dice textualmente que «del capitalismo monopolista no se puede volver atrás, a un neoliberalismo económico», que «unicamente se puede ir hacia adelante, hacia el socialismo». Esa formulación es cien por cien justa. Ahora bien, en el camino hacia la perspectiva socialista, dado el predominio del sistema del Capital Monopolista de Estado, cuyos mecanismos oprimen no sólo a la clase obrera, sino, también, a amplios sectores no proletarios de la sociedad española, el desarrollo de la lucha de clases atravesará, inevitablemente, una etapa antimonopolista, popular y revolucionaria. Con ritmos y formas actualmente difíciles de precisar, pero siempre condicionados por las peculiaridades históricas y sociales de España, ese desarrollo de la lucha de clases desembocará en su fase socialista a través de un proceso revolucionario ininterrumpido.

Las tesis revisionistas que postulan la posibilidad de instaurar un «capitalismo de Estado democrático» son antimarxistas e irrealizables. La historia no marcha hacia atrás en ningún caso sino siempre hacia adelante, pese a los inevitables zig-zags y retrocesos del proceso revolucionario y de la lucha de clases. Además, de nada sirve que Santiago Carrillo ofrezca a la burguesía la imagen de un futuro paradisiaco, de una España sin agudos problemas sociales de «limpio juego democrático», de «democracia política y económica», de «paz social» y de «convivencia pacífica entre todos los españoles». Ese futuro nadie que tenga una visión realista se lo puede creer y menos que nadie la burguesía española.

En nuestro país se enfrentan dos fuerzas principales y diametralmente opuestas por sus intereses. De un lado la oligarquía financiera y, del otro, la clase obrera y sus aliados. La oligarquía tiene sus aliados más o menos firmes y duraderos y la clase obrera tiene también los suyos y en primer lugar el campesinado que lo es por razones objetivas. Junto a la contradicción fundamental entre el capital y el trabajo actúan, como ya hemos señalado, otras muchas entre las que se encuentran la contradicción entre la burguesía monopolista y las clases y capas no proletarias perjudicadas por ella.

En nuestro país, las clases dominantes se esfuerzan por resolver sus problemas con engaños y con la represión. La astucia y el palo lo dosifican como conviene a sus objetivos y posibilidades del momento. La «Ley de sucesión», la «Ley de educación», la «Ley Sindical», la futura «Ley de Asociaciones» y otras están destinadas a mantener y reforzar el poder de la oligarquía española. En este sentido no se puede hablar de «inmovilismo» sino más bien de «continuismo». Sin embargo, esa «evolución», dirigida por las clases dominantes, no cambia la esencia de su dominio, sino que por el contrario sirve al reforzamiento de la explotación de los trabajadores y de su poder político.

Frente a esas realidades sería absurdo que los dirigentes obreros se propusieran resolver los candentes problemas sociopolíticos de España con planes idílicos, como son los «nuevos enfoques» de nuestros revisionistas. La clase obrera y sus aliados sólo pueden echar por tierra los planes y los hechos de la gran burguesía desarrollando su lucha, uniéndose, bajo la dirección firme del proletariado, a todos los españoles que están vitalmente interesados en las transformaciones democráticas y revolucionarias.

En los marcos de esta situación objetiva tenemos que ver y comprender la «oposición» burguesa. No se trata de simplificar las realidades ni de negar o disminuir la importancia de las contradicciones entre unos y otros grupos burgueses, sobre todo, en un país como España donde impera una dictadura fascista. Hay que ver y com-

prender el conjunto de las contradicciones existentes en la sociedad española para establecer una línea política táctica y estratégica justa. Además, de la comprensión marxista del conjunto de esas contradicciones depende nuestra capacidad para proyectar la lucha económica y política de las masas populares sobre una perspectiva socialista.

Por lo tanto, cuando denunciemos el «Pacto para la Libertad», estamos muy lejos de subestimar la importancia de las libertades políticas y de los «compromisos con otras fuerzas para obtener determinados objetivos comunes. Si lo denunciemos es porque tal y como lo presentan los revisionistas es una componenda claudicante que priva a la clase obrera de su misión dirigente en el movimiento popular y revolucionario.

La clase obrera y su partido marxista-leninista están dispuestos a establecer acuerdos con todas las demás fuerzas y partidos políticos que se dispongan a luchar contra la política terrorista de la dictadura, por la disolución de la brigada político-social y de los tribunales de excepción, por la liberación de los presos políticos y sociales, por las reivindicaciones más urgentes de los trabajadores de la ciudad y del campo y por muchas otras que debemos arrancar hoy mismo.

El «Pacto para la libertad» no es eso, es, por el contrario, una larga cadena de concesiones sin contrapartida a los burgueses españoles. Para obtener ese «Pacto», los carrillistas han prometido su neutralidad a la monarquía si se llega a establecer, han violado el internacionalismo proletario, han fomentado el nacionalismo y el antisovietismo. La concepción carrillista del «Pacto para la libertad» es, ni más ni menos, la «integración» de la clase obrera y del Partido Comunista en el sistema del capitalismo monopolista de Estado.

Pero la traición de Carrillo y de su grupo al Partido Comunista y a la clase obrera no les ha sido pagada por entero. Muchos años después de estar anunciado para el día siguiente la firma de ese «Pacto» milagroso nos encontramos con el siguiente cuadro: la división entre los comunistas, el des-

prestigio de los «dirigentes» que tanto han cantado sus delicias entre las masas trabajadoras. Decíamos en otro momento que los carrillistas se quedaron, en este caso, sin barcos y sin honra.

El Conde de Motrico declara por las antenas de la BBC de Londres que «aunque alguien le ha clasificado en la oposición, él no estaba en la oposición, sino que disenta en algunos aspectos políticos» del gobierno actual. Y el Sr. Ruiz Gimenez proclama una vez más su «respeto y adhesión al Caudillo» en el mismo periódico que alaba las virtudes del «nuevo comunista» Santiago Carrillo. Y los abogados burgueses niegan un puesto de segunda clase a los abogados demócratas en la Junta del Colegio de Madrid. Y los agentes de Santiago Carrillo tienen que esperar antesala días, semanas y meses antes de ser recibidos por alguno de esos personajes de la «oposición» burguesa. Y el Pacto sigue sin ser firmado.

Nuestra alternativa.

El alto grado de interpenetración alcanzado por el poder económico y político en el sistema del Capitalismo Monopolista de Estado, hace inevitable que todo cambio revolucionario tenga un carácter antimonopolista en lo económico y democrático popular en lo político.

España no está ante la perspectiva de una revolución democrático-burguesa pues ésta fue realizada en lo fundamental a lo largo de un doloroso y complicado proceso durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. No está, tampoco, ante una revolución democrática entre la cual y la revolución socialista mediarían varias generaciones, conviviendo pacíficamente burgueses y proletarios, capitalistas y terratenientes con obreros agrícolas y campesinos pobres, portadores de la cultura burguesa y estudiantes e intelectuales revolucionarios. España se encuentra ante una revolución de carácter antimonopolista y de amplio contenido popular.

El concepto democracia tiene significados distintos para los obreros y

los burgueses. Los primeros quieren democracia para marchar hacia adelante, hacia el socialismo; los segundos hablan de una democracia que les permita conservar y ampliar sus privilegios de clase. Los trabajadores sólo tendrán una verdadera democracia con el socialismo mientras que los burgueses tienen siempre su democracia en el capitalismo, incluso dentro de un régimen fascista como el de España que le ha colocado la coletilla de «orgánica».

El Partido Comunista tiene la misión de organizar y desarrollar el proceso de toma de conciencia de las masas populares no con llamamientos al «Pacto para la libertad» o a la «huelga Nacional», sino a través de la intensificación de la lucha por reivindicaciones económicas, sociales y políticas concretas de la clase obrera, de los campesinos, empleados, estudiantes, intelectuales y profesionales, artesanos, comerciantes modestos y de otros españoles agobiados por el capital monopolista.

Estas luchas irán minando el poder de la oligarquía y forjando el Frente o Bloque de fuerzas democráticas y revolucionarias que, bajo la dirección de la clase obrera, en un proceso de acciones ora pacíficas, ora violentas, desemboque en una situación revolucionaria en la que sea posible romper definitivamente el dominio del capital monopolista y llegar a la constitución de un Gobierno democrático popular y revolucionario encargado de aplicar el programa de ese Frente o Bloque de fuerzas del que hemos hablado antes. Esto no sería aún el socialismo pero, por la naturaleza de sus tareas, estaría empezando a dejar de ser el capitalismo.

Derribada la dictadura se iniciaría, en la medida que es posible preveer hoy, una etapa de profundas transformaciones antimonopolistas, de democratización del Estado, de mejoramiento de las condiciones de vida de las masas, de auténtica reforma agraria, de amplias libertades políticas, de establecimiento de libertades para las nacionalidades de España, de hondas transformaciones de los sistemas de enseñanza, de aseguramiento de la independencia nacional, empezando por el desmantelamiento de las bases de agresión yanquis y otras de suma

importancia. Esa etapa sería, por supuesto, de agudísima lucha de clases, pero probablemente breve, como ya han demostrado todas las revoluciones democráticas populares que se realizaron después de la segunda guerra mundial y especialmente Cuba.

En esa etapa se iría formando un nuevo bloque popular, anticapitalista y revolucionario, un Bloque socialista, si la clase obrera y su Partido de vanguardia eran capaces de ello, Bloque que tendría que vencer la resistencia de la burguesía para pasar a la segunda etapa de la revolución española, etapa que, en la terminología marxista-leninista, se denomina periodo de transición del capitalismo al socialismo.

En ese periodo se iría transformando, sin precipitaciones ni palos de ciego, teniendo muy en cuenta la idiosincrasia de nuestro pueblo y la experiencia de todas las revoluciones socialistas, diversas estructuras económicas en las ramas y sectores básicos de la economía nacional.

Así vemos nosotros el doble y estrechamente unido concepto de «movimiento de masas y alternativa política», binomio que no sería en modo alguno un «salto en el vacío», al decir de los revisionistas, sino la única alternativa que, a nuestro parecer, tienen la clase obrera y sus aliados frente al poder actual de las clases dominantes.

Es verdad que esa alternativa no podrá abrirse camino fácilmente ni tiene nada de milagrosa. Esa alternativa triunfará a lo largo de un proceso de pequeñas y grandes luchas, venciendo muchas resistencias y dificultades, haciendo sacrificios. Al fin y al cabo la revolución socialista no puede concebirse de otra forma.

Por supuesto, frente a la alternativa que presenta el Partido Comunista, existen otras y pueden aparecer más. Acontecimientos importantes pueden modificar, incluso, los datos de la situación. En cualquier caso la clase obrera y su Partido deben tener la suya. Y mientras las realidades objetivas no nos impongan nuevas decisiones, esa alternativa que presentamos, es la que mejor corresponde a los intereses que defendemos. Y por ella luchará el Partido y la llevará a

las masas trabajadoras para que la hagan suya y la impongan mediante la lucha.

El Partido Comunista de España se pronuncia sin ambigüedades por un régimen republicano. La República Democrática es la única forma posible para marchar por el camino de las transformaciones democráticas y revolucionarias que los trabajadores españoles exigen.

Sobre las formas de lucha y los criterios objetivos de lo revolucionario en nuestras condiciones

Los revisionistas plantean la cuestión de la «libertad» como la fundamental y la clave de todo. Por el contrario, otros niegan la importancia de la lucha por las libertades políticas, las reivindicaciones económicas y sociales de los trabajadores. Para los primeros «el objetivo no es nada, el movimiento es todo»; para los segundos la cuestión se la plantean al revés.

La clase obrera está en el centro de todo el proceso social. De este principio hay que partir a la hora de fijar no sólo los objetivos sino las formas de lucha para alcanzarlos. No existen formas de lucha universales o generales para todas las situaciones. Lo que sí existe siempre es una unidad entre los fines y las formas de lucha.

El Partido de la clase obrera debe estar preparado —y preparar a la vanguardia— para utilizar todas las formas de lucha, pacíficas o violentas, legales o extralegales, parlamentarias o extraparlamentarias y para cambiar unas formas de lucha por otras cuando la situación lo requiera o combinar varias a la vez.

En nuestras condiciones nacionales e internacionales, las formas de lucha que practican los obreros, campesinos, estudiantes y otros demócratas y revolucionarios son las que corresponden, por ahora, a nuestra situación concreta. Esas formas de lucha son diversas y, muchas de ellas, se caracterizan por su combatividad. La

huelga, la manifestación en la calle, la ocupación de fábricas y universidades, exigen un gran trabajo de organización, mucha decisión y alta conciencia revolucionaria en un país dominado por la dictadura fascista.

La consolidación, extensión y desarrollo de la combatividad y de la organización del movimiento de masas es la tarea más revolucionaria de los trabajadores de vanguardia de nuestro país. Las luchas parciales tienen siempre un contenido político y un alcance revolucionario pues ellas sirven para forjar a los obreros como combatientes activos de la revolución; la lucha contra la represión es igualmente una tarea de profundo contenido revolucionario; revolucionario es luchar contra las bases agresivas yanquis, en solidaridad con los pueblos de Indochina, de los Países árabes, de las colonias portuguesas, del Sahara español y contra el imperialismo.

La lucha por objetivos limitados y por reformas dentro del capitalismo no es ninguna manifestación de oportunismo. Lo que sí es oportunismo es limitarse exclusivamente a ese tipo de luchas, a ese tipo de objetivos, olvidando los fundamentales, relegando la educación de las masas en el espíritu revolucionario, oponiendo las reformas a la revolución y la lucha parcial a la lucha política por el socialismo.

Los comunistas debemos intervenir en todas las luchas con la decisión de elevar su nivel y profundizar su contenido político. Para los comunistas debe ser preocupación constante mejorar la organización y desarrollar la combatividad de todas las acciones, luchar contra la rutina y el formalismo, no conformarse jamás con lo alcanzado.

Es necesario comprender que hoy la burguesía está en condiciones de encajar luchas que ayer no podía sin sufrir una grave derrota. Por eso mismo necesitamos apartar de nosotros y de todos los trabajadores de vanguardia el conformismo y la satisfacción.

Otro motivo de preocupación para los comunistas y los trabajadores revolucionarios debe ser la actividad que en el seno del movimiento obre-

ro desarrollan los revisionistas de derecha y la Iglesia para tirar hacia atrás, para mantener el movimiento obrero en unos determinados límites y para desviarlo del camino de la lucha de clases consciente.

En nuestro país han tenido repercusión toda una serie de fenómenos internacionales. Claro, lo esencial y determinante es la creciente influencia del socialismo y de la Unión Soviética. Pero las corrientes oportunistas de derecha y de «izquierda» han creado cierta confusión en algunos medios. Entre sectores muy combativos de la clase obrera y del estudiantado se rechaza enérgicamente las concepciones que tienden a reducir la lucha de las masas a campañas electorales.

Ese peligro no existe en nuestro país pues las clases dominantes cerraron todos los caminos de la democracia burguesa. Sin embargo, los sectores que anteriormente citábamos se dan cuenta de que la máxima aspiración de los revisionistas es precisamente la democracia burguesa. Y cuando Carrillo habla del «ablandamiento» de los adversarios, de los que matan, torturan y mantienen encerrados a muchos trabajadores y estudiantes, ellos están viendo el «ablandamiento», en este caso auténtico, de los que no piensan nada más que en ofrecer «garantías» a los burgueses y en superar «los esquemas político-ideológicos heredados de la guerra». Consecuentes con esos objetivos que se proponen, los revisionistas predicán el «orden» y la «disciplina» para alcanzarlos, llaman «zona de libertad» a Granada regada con la sangre de muchos obreros tumbados a balazos por la fuerza pública. Esa indignación, mil veces justificada, que sienten muchos trabajadores y estudiantes revolucionarios debe encontrar unos cauces positivos que permitan dirigir sus energías hacia la lucha de masas que es hoy la tarea de todo revolucionario consciente.

La posibilidad de un enfrentamiento violento entre el pueblo y el poder oligárquico es prácticamente descartada por los revisionistas. Los comunistas no renunciamos a ninguna forma de lucha ni, por supuesto, a la insurrección. En nuestra actividad poli-

tica y educativa tenemos el deber de explicar esa posibilidad y prepararnos para una eventualidad semejante. Y esto, que siempre es necesario para cualquier partido comunista, mucho más lo es para uno que, como el nuestro, actúa en un régimen de dictadura, donde las formas parlamentarias, esas sí que están descartadas por ahora.

En un momento dado, el levantamiento popular, en el que podrían participar soldados y clases de las Fuerzas Armadas, podría ser el acto final de un proceso de grandes luchas de masas contra la dictadura y no la «huelga nacional» que, en unas condiciones como las de España, por unos objetivos como los nuestros, con un régimen como el presente, es de todo punto imposible.

Hoy mismo es conveniente estimular la respuesta de masas, enérgica, a los actos de violencia de los sicarios del régimen, la autodefensa de las manifestaciones obreras, la constitución de piquetes que garanticen el desarrollo de las huelgas. Todas esas actividades son necesarias en las condiciones actuales. Esto lo haremos sin caer en el culto a determinadas formas de lucha y sin abandonar nuestra fundamental preocupación que son las masas.

No está de más recordar lo que hace más de setenta años escribía Lenin polemizando con los oportunistas de entonces:

«La clase obrera preferiría, por cierto, tomar el poder pacíficamente (hemos dicho ya anteriormente que la toma del poder sólo puede ser efectuada por una clase obrera organizada y que ha pasado por la escuela de la lucha de clases), pero renunciar a la toma revolucionaria del poder sería, por parte del proletariado, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico-político, imprudente y sería una concesión vergonzosa ante la burguesía y las demás clases poseedoras.»

Es muy probable —y aún lo más probable— que la burguesía no haga ninguna concesión pacífica al proletariado, sino que en el momento decisivo recurra a la fuerza en defensa de sus privilegios. Entonces a la clase obrera no le quedará otro camino que la

revolución para realizar sus objetivos. Por eso el programa del «socialismo obrero» habla en general sobre la conquista del poder político sin definir el método de esa conquista, pues la elección del método depende de circunstancias futuras que no pueden determinarse con exactitud. Ahora bien, restringir las actividades del proletariado sólo en relación con la «democratización» pacífica, equivale, repetimos, al estrechamiento y vulgarización, de forma completamente arbitraria, del concepto de socialismo obrero».

(Artículo escrito por Lenin en 1899 bajo el título «Una dirección retrógrada en la socialdemocracia rusa.»)

Parece que Lenin estaba pensando en los revisionistas de hoy que quieren transformar los partidos comunistas en partidos de «orden» y de «limpio juego democrático», que sólo piensan en las actas de diputados y si es posible en algún puestecito de segundo orden en los gobiernos burgueses.

La constitución de órganos unitarios que sirvan para coordinar las luchas obreras, estudiantiles y de otros sectores populares es una tarea importante. Pero hay que cuidar con esmero que esos órganos no se conviertan en entelequias burocráticas, en clubs de discusión, en tertulias de café. Eso es lo que ocurre hoy con algunas de esas tan manoseadas por los revisionistas «mesas redondas» que no tienen ninguna vinculación con la base y que no responden ante ella. Cada organismo unitario debe tener su programa de lucha y cumplirlo seriamente. Y es obvio señalar que en esos organismos unitarios la clase obrera debe ser la fuerza dirigente y no de apoyo a otras fuerzas como se esfuerzan por hacer los revisionistas.

Sobre algunas cuestiones concretas

Camaradas: En el proyecto de Tesis para el VIII Congreso se expone nuestra posición con respecto a la juventud, a las mujeres, a las Fuerzas

Armadas, a la emigración, a la Iglesia y al problema nacional.

Naturalmente la discusión habida en el Partido y la que tenga lugar en nuestro Congreso nos permitirá, a la hora de la redacción definitiva de las Tesis del Partido Comunista de España, formular todas estas cuestiones tan importantes con mayor rigor marxista-leninista.

Yo quisiera solamente, en nombre de la Comisión Organizadora del Congreso, decir unas palabras sobre dos o tres aspectos.

Entre los grandes problemas de nuestro país se encuentra el de las nacionalidades de Cataluña, Euzkadi y Galicia. El Partido Comunista de España ha defendido y defenderá el derecho de autodeterminación de todos los pueblos de España.

Al defender los derechos de las nacionalidades los comunistas partimos de las posiciones internacionalistas de la clase obrera y no del nacionalismo.

Los intereses de los trabajadores de toda España son idénticos como idénticos son sus enemigos. Por eso mismo luchamos y lucharemos por la unidad inquebrantable de todos los explotados que tienen que luchar contra sus explotadores, independientemente del lugar de origen de los oprimidos y de los opresores.

Los revisionistas y sus agencias en Cataluña, Euzkadi y Galicia han sembrado, a este respecto, una confusión que podría ser peligrosa. Haciendo concesiones al nacionalismo, desarman a la clase obrera y tratan de colocarla a remolque de la burguesía de las nacionalidades.

Los comunistas lucharemos con toda decisión contra el centralismo despótico y el chovinismo así como contra el nacionalismo reaccionario. Lucharemos también contra las corrientes oportunistas que llevan el agua al molino de los enemigos de los trabajadores y de los derechos nacionales de los pueblos de España.

La plenitud de los derechos nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia sólo serán garantizados con la victoria de la clase obrera, es decir, con la revolución socialista. Así lo ha con-

firmado la experiencia de la Unión Soviética y de otros países socialistas.

El revisionismo ha causado grandes daños a la Juventud Comunista. En muchos lugares la Juventud Comunista, que empezaba a tener una cierta importancia, ha desaparecido. Al mismo tiempo, las concepciones nacionalistas y antisoviéticas han penetrado en algunos grupos de jóvenes comunistas.

El Partido debe proponerse la reorganización de la Juventud Comunista de España liberada de la tutela de gentes perniciosas que han difundido en sus medios las ideas de Ota Sik, Garaudy, Carrillo y otros revisionistas.

Es fundamental que se destierre para siempre la práctica carrillista de la demagogia, de la adulación y de la doblez que tan abundantemente han empleado los revisionistas entre las jóvenes generaciones con el fin de arrastrarlas al pantano del antisovietismo y del nacionalismo.

A la juventud en general y a la Juventud Comunista en particular hay que educarla en la firmeza de principios, en la fidelidad a la clase obrera, en el respeto a las mejores tradiciones del movimiento revolucionario de nuestro país ; del mundo y en el espíritu del internacionalismo proletario.

La actitud del Partido hacia la mujer debe estar presidida por el reconocimiento sin reservas de sus derechos de emancipación. En este aspecto serán necesarios cambios fundamentales en nuestra práctica que dejen de lado sectarismos y prejuicios mantenidos largo tiempo.

Nos pronunciamos por la igualdad de la mujer respecto al hombre en to-

dos los terrenos de la vida social, económica, cultural y política y contra todo género de discriminaciones.

En la vida del Partido la mujer comunista debe encontrar todas las condiciones para que pueda realizarse plenamente. Esto quiere decir que hay que poner término a las rutinas que transformaban a muchas mujeres comunistas en militantes de segunda clase.

En relación con la Iglesia y el problema religioso en España la posición del Partido Comunista está determinada por los criterios que exponemos a continuación: Separación de la Iglesia y del Estado; libertad para practicar todas las religiones; ninguna intervención de la Iglesia en las actividades y esferas propias al Estado; ninguna discriminación entre creyentes y ateos.

Rechazamos las divisiones arbitrarias que hacen los carrillistas entre trabajadores creyentes y ateos; rechazamos igualmente sus tesis sobre la convergencia entre el marxismo-leninismo y el cristianismo.

La Iglesia, en tanto que institución, sigue siendo esencialmente reaccionaria aunque intente acomodarse a las realidades de la España de hoy. No obstante, valoramos en sus justos términos las corrientes progresistas que se abren camino lentamente entre ciertos núcleos de sacerdotes más ligados al pueblo trabajador.

El Partido Comunista que se basa en la teoría marxista-leninista tiene el deber de combatir ideológicamente las ideas y concepciones reaccionarias de la Iglesia que se proponen desviar a los trabajadores de la lucha de clases y favorecer la colaboración entre los explotados y los explotadores.

IV. NUESTRAS TAREAS INMEDIATAS

Camaradas delegados:

Nuestro VIII Congreso ni es punto de partida ni tampoco meta de la lucha por la regeneración del Partido Comunista de España; es, eso sí, un momento decisivo del proceso iniciado hace mucho tiempo que conducirá a

la erradicación del carrillismo en España y al restablecimiento, en toda su integridad, de los principios invencibles del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

El VIII Congreso era pedido desde hace muchos meses por miles de co-

munistas españoles, por los principales protagonistas de la lucha histórica, dentro del Partido, contra el revisionismo, el nacionalismo y el antisovietismo que encarna Carrillo y su grupo de incondicionales.

El VIII Congreso es, pues, la victoria de los comunistas conscientes que se levantaron por decisión propia contra los liquidadores del glorioso Partido Comunista de España, para salvarle, regenerarle y recuperarle; para crear una organización sólida, armada política e ideológicamente, disciplinada, capaz en suma, de asegurar eficazmente su misión de vanguardia de la clase obrera española y de destacamento nacional, marxista-leninista, del movimiento comunista mundial.

Los artífices del VIII Congreso son todos los comunistas que no se conformaban con limitarse a denunciar al carrillismo, sino que, además deseaban ardientemente construir y crear, organizar y hacer todo lo que fuera necesario para colocar al Partido Comunista de España en las mejores condiciones de dirigir la lucha de la clase obrera y del pueblo español contra la dictadura franquista, por la democracia y el socialismo.

Era urgente terminar con situaciones ambiguas, provisionales y confusas que, en las condiciones de hoy, situaban nuestra lucha contra el carrillismo en un terreno más bien defensivo; ya no bastaba criticar y discutir sino que había que abordar nuevas tareas políticas y orgánicas. No podíamos aceptar mucho más tiempo el simple papel de discutidores sobre los principios.

Como ha remarcado el camarada Lister, hemos hecho todos los esfuerzos posibles para que el VIII Congreso pudiera reunir a todos los comunistas sin excepción. Pero Carrillo y su grupo no podían ceder en esta cuestión ya que ello habría significado su derrota política. Pues bien, frente a las maniobras carrillistas, el núcleo sano y consciente del Partido Comunista de España aceptó la responsabilidad de realizar el VIII Congreso que hoy ha comenzado.

El Partido Comunista de España tendrá por fin sus Tesis, su Programa y sus Estatutos; tendrá una dirección

regularmente elegida; tendrá su organización correspondiente; su propaganda, sus medios económicos y sus relaciones nacionales e internacionales.

Nuestro VIII Congreso ha terminado con la provisionalidad. Somos el único y auténtico Partido Comunista de España. Y nos esforzaremos en demostrarlo con los hechos. Todos los comunistas españoles conscientes se sentirán directamente afectados por esta iniciativa que demuestre una elevada comprensión de nuestra responsabilidad ante la clase obrera española y ante el movimiento comunista internacional.

El VIII Congreso quedará en la vida del Partido Comunista de España como un acto histórico.

El rasgo característico del momento es el desarrollo del núcleo sano y consciente del Partido, de ese núcleo que es el honor revolucionario del movimiento obrero español.

En estos últimos años se puso a prueba la moral, la combatividad y la inteligencia colectiva de centenares y miles de comunistas españoles.

Se ha demostrado cuan inagotables son las energías que encierra el Partido, cuan considerables son la sensibilidad y responsabilidad políticas de los comunistas españoles.

A partir de ahora, apoyándonos en el VIII Congreso, marcharemos con pasos mucho más firmes y seguros a la conquista de los mejores luchadores revolucionarios de nuestro pueblo para extender y reforzar la lucha de las masas populares contra el franquismo.

Camaradas: Nuestro Partido es la unión combativa y voluntaria de los luchadores avanzados de la clase obrera, de los campesinos, de los estudiantes e intelectuales de España, unión basada en los principios del marxismo-leninismo.

Desterrando las prácticas carrillistas que consistían en considerar apto para ser miembro del Partido a cualquier antifranquista, nosotros restableceremos los métodos leninistas en el reforzamiento numérico del Partido.

Cada militante debe conocer y aprobar el programa y los Estatutos del

Partido, debe saber que el Partido Comunista es el destacamento de vanguardia de la clase obrera cuya teoría es el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, que tenemos unos objetivos mediatos e inmediatos y una táctica para alcanzarlos, unos principios de organización que estamos obligados a respetar, que somos patriotas e internacionalistas al mismo tiempo.

Sin caer en ningún género de sectarismos, sin olvidarnos nunca que los comunistas se forman dentro del Partido, debemos esforzarnos por evitar la penetración entre nosotros de personas extrañas a la causa del Partido Comunista de España.

Prestaremos una atención fundamental a la vinculación del Partido con la clase obrera y el pueblo trabajador. Al mismo tiempo que cuidaremos como la niña de los ojos la seguridad de la organización clandestina del Partido por lo cual rechazamos la consigna aventurera de «salir a la superficie», trabajaremos para conservar y fortalecer nuestras relaciones con los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y otros españoles que son adversarios del régimen de la oligarquía.

Sin vínculos con las masas populares, en primer lugar con la clase obrera, no seríamos nada. La lucha revolucionaria tiene riesgos en todos los países capitalistas y mucho más en los países donde domina una dictadura fascista como en España. Pero eso no significa que debemos luchar con los ojos cerrados. Las orientaciones carrillistas han causado al Partido muchas pérdidas que no eran fatales. No existe contradicción insuperable entre el mantenimiento y reforzamiento constante de una organización clandestina del Partido y la conexión de éste con las masas que luchan más abiertamente. Los problemas que surjan en esta doble actividad y preocupación del Partido y de sus militantes, deben ser examinados y resueltos en cada caso de una manera concreta.

En este período tendremos que dedicar mucha atención a la organización del Partido en los centros vitales de nuestro país, en primer lugar,

los centros industriales de grandes concentraciones obreras. Nuestra actividad en estos puntos es decisiva pues de lo que ocurra en ellos depende, en gran parte, la suerte del movimiento general contra la dictadura.

El Partido deberá reforzar su organización en los pueblos más importantes en los que viven y trabajan muchos campesinos pobres y obreros agrícolas, en los centros universitarios y, también, en las guarniciones militares.

Hemos dicho varias veces que la teoría marxista-leninista es nuestra bandera. La educación de los comunistas en la defensa firme, intransigente y constante de los principios del socialismo científico es un deber ineludible de extraordinaria importancia. Nuestra unidad se basa única y exclusivamente en el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario.

El carrillismo ha causado grandes daños al Partido al vulnerar y falsificar esos principios. Además, nadie puede negar la realidad de la agudización de la lucha ideológica en España y en el mundo entre la burguesía y el proletariado, entre los revisionistas de toda laya y los marxistas-leninistas.

En nuestro país la burguesía y su poder permiten la difusión de todas las concepciones extrañas al socialismo y al comunismo, aunque ellas se camuflen con cantos a la libertad individual y críticas limitadas al sistema capitalista.

Dicho esto, los comunistas sabemos que nuestra teoría no es «algo acabado e intangible»; somos plenamente conscientes de que es necesario impulsarla en todas sus direcciones y aplicarla con espíritu creador. Bien entendido que esto debe hacerse sin apartarse de los caminos del marxismo-leninismo, como hacen los revisionistas, sino marchando firmemente por ellos para llegar cada vez más lejos en la búsqueda de la verdad.

Todos los comunistas españoles y en primer lugar los comunistas intelectuales tienen en este sentido grandes tareas. Apoyándonos en la experiencia viva de la clase obrera, de la lucha de clases, del desarrollo social en España y del mundo, dedicaremos

todas las energías de que dispongamos para estudiar los múltiples y variados fenómenos de la vida económica, social, ideológica, cultural, política que tenemos ante nosotros.

No puede ponerse ninguna barrera al esfuerzo individual y colectivo de los comunistas destinado a desentrañar la situación española y a facilitar la lucha revolucionaria de la clase obrera. Así entendemos y aplicaremos el método leninista de investigación científica.

La educación de los comunistas y de los trabajadores en el espíritu del internacionalismo proletario debe ser otra de nuestras grandes preocupaciones. Esto es muy importante y actual ya que el internacionalismo proletario ha sido atacado con inusitada rabia por muchas gentes, desde los franquistas hasta los carrillistas. Educar a los comunistas y a las masas en el internacionalismo proletario es luchar sin contemplaciones contra todas las formas de nacionalismo que es sinónimo de carrillismo.

El restablecimiento del centralismo democrático en la vida del Partido es igualmente, una necesidad imperiosa. Mucho hemos avanzado en esta dirección pero mucho nos queda todavía por hacer. Junto a esto seguiremos

esforzándonos por establecer para siempre un estilo de trabajo, de relaciones y de vida de partido que permita a todos los comunistas sentirse dentro de nuestro seno plenamente felices.

Camaradas, yo termino. En alto la bandera del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, el Partido Comunista de España triunfará sobre todos sus enemigos y conducirá a la clase obrera y al pueblo español hasta la victoria final.

Muchos son los problemas y las dificultades que encontraremos aún en nuestro camino. Pero, al igual que otros anteriores, si somos tenaces, firmes, pacientes, si sabemos mantener y reforzar nuestra unidad de principios, si somos leninistas de verdad, triunfaremos sobre ellos.

Todos los comunistas de España debemos concentrar el esfuerzo en lo que es esencial para nuestro Partido; derrotar en toda la línea al carrillismo. Es así como nos prepararemos y prepararemos a nuestra clase obrera y a sus aliados para la victoria sobre la dictadura fascista, para la victoria de la democracia y del socialismo en nuestro querido país.

¡¡VIVA EL VIII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA!!

RESUMEN DE LA DISCUSION

SOBRE EL PRIMER PUNTO DEL ORDEN DEL DIA DEL VIII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

En la discusión que siguió al informe que Eduardo García presentó en nombre de la Comisión Organizadora del VIII Congreso participaron la mayoría de los delegados.

La discusión se caracterizó por su objetividad, profundidad de análisis y libertad para exponer cada uno sus opiniones. Todas las intervenciones fueron escuchadas con gran interés. El método crítico y autocrítico fue observado rigurosamente. Algo predominaba en el ambiente general del Congreso: la decisión de liquidar políticamente al carrillismo para reforzar la lucha de la clase obrera y del pueblo contra la dictadura franquista.

En la discusión del primer punto del orden del día participaron los delegados y representantes de los comunistas madrileños, vascos, andaluces, catalanes, aragoneses, gallegos, valencianos y de las organizaciones y militantes de la emigración en Francia, Bélgica, Unión Soviética, Hungría, Bulgaria, República Democrática Alemana y otros países.

Entre los delegados que intervinieron había veteranos y jóvenes militantes, obreros e intelectuales. Todos unidos por idénticos anhelos: la victoria del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario en el glorioso Partido Comunista de España.

Intentaremos resumir lo esencial de la discusión:

En primer lugar hay que destacar la unanimidad en la aprobación del informe político del Congreso. Sin embargo, fueron muchas las aportaciones, puntualizaciones y propuestas que se hicieron en el curso de la discusión. Se demostró palpablemen-

te cómo la discusión libre y democrática enriquece y completa los planteamientos políticos de la dirección.

Otro aspecto que conviene subrayar es la adhesión de los comunistas que luchan contra el carrillismo a las tradiciones de su Partido. El análisis crítico del pasado no borró ni enturbió en ningún momento los indiscutibles méritos del Partido Comunista de España a lo largo de sus cincuenta años de vida. La responsabilidad política era el rasgo general de todos los delegados al VIII Congreso cuando se referían al pasado del Partido. Y esto era visible en los veteranos y en los jóvenes militantes.

Todos los camaradas tuvieron palabras de reconocimiento y respeto hacia los comunistas que, independientemente de cómo piensen sobre la crisis del Partido, se encuentran en las cárceles franquistas. Fue emocionante en este sentido la intervención del camarada Raul que traía un mensaje de los presos comunistas de una provincia andaluza y que supo denunciar de manera convincente la orientación carrillista de «salir a la superficie».

La denuncia del antisovietismo fue otra de las preocupaciones de los delegados. Los camaradas Rafael, Merino, Ferrandiz y otros explicaron ampliamente el disgusto de los comunistas madrileños, vascos y de otras regiones de España por la práctica carrillista del antisovietismo. Dieron ejemplos de cómo esa línea criminal había desmoralizado a algunos comunistas y desviado a otros. Pero, a la vez, las intervenciones de nuestros camaradas revelaban la resistencia de la inmensa mayoría del Partido y de

la clase obrera al antisovietismo. Los comunistas y los trabajadoras rechazan la propaganda revisionista llena de ataques a la URSS y a otros países socialistas y defienden con valentía la más grande conquista de la clase obrera, es decir, la Unión Soviética.

El problema de Checoslovaquia fue igualmente tratado por varios delegados. El camarada **Montes**, delegado de los comunistas españoles de un barrio obrero, de París, explicó profundamente el carácter internacionalista, solidario y proletario de la acción de los países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968. «Quien se atreva a quebrantar la Comunidad Socialista sufrirá la misma suerte de los revisionistas y contrarrevolucionarios de Hungría en 1956 y de Checoslovaquia en 1968. ¡No perderemos ni una sola pulgada del terreno conquistado con la sangre de millones de comunistas y revolucionarios. Los que ayudaron a los comunistas y trabajadores de Checoslovaquia en 1968 merecen nuestro respeto y gratitud.»

La coexistencia pacífica entre Estados con régimen social y político diferente fue también tema de discusión. Los camaradas **Fermin**, **Cristino** y otros expusieron con precisión el punto de vista leninista sobre esta cuestión y abogaron por la necesidad de luchar para obligar al gobierno español a establecer relaciones diplomáticas y económicas con todos los países socialistas. El camarada **Virgilio** pidió que se explique de una manera convincente por qué son convenientes las relaciones con los países socialistas sin dejar de señalar la relación que esto tiene con el contenido ofensivo de la lucha por la Paz.

La política de Reconciliación Nacional fue comentada por bastantes camaradas. **Natalia**, en nombre de los camaradas de su provincia, hizo un examen crítico de esa política. Explicó que en ella está el origen del revisionismo carrillista, que la misma definición conducía a la confusión y que, a su juicio, era un intento de transplatación al interior de España de la política de coexistencia pacífica entre Estados con régimen social diferente.» No puede haber reconciliación entre todos los españoles, con

cretamente entre explotados y explotadores.» Los camaradas **Rozas**, **Cristino**, **Ordoñez** y otros insistieron a su vez en la necesidad de dar a este problema una respuesta crítica marxista-leninista.

La táctica del Partido en relación con las «elecciones sindicales» organizadas por el gobierno fue ampliamente discutida por los delegados. Los camaradas **Merino**, **Natalia** y algunos más explicaron que los obreros de Bilbao, Barcelona y Madrid están dispuestos a boicotearlas. De la discusión habida se desprendió que los trabajadores no aceptan las orientaciones carrillistas de «ir al copo» y que lo fundamental es desarrollar y extender por todas partes las Comisiones Obreras. Al mismo tiempo fueron combatidos los puntos de vista «izquierdistas» que renuncian, sin discernimiento, a la táctica leninista de utilización de las posibilidades legales.

El camarada **Valenzuela** y otros delegados se refirieron al campo. «Es necesario que el Partido restablezca la primacía de la alianza obrera-campesina y trabaje en los pueblos para ayudar a los campesinos y a los obreros agrícolas a desarrollar su lucha contra el régimen. «Hace falta —decía el camarada **Valenzuela**— que empecemos por estudiar los problemas del campo en cada lugar, por escuchar a los campesinos, por aprender para después enseñar». El conoce bien su provincia, predominantemente agrícola, y conoce la decisión de lucha de los campesinos pobres y jornaleros. Y aprovechó esta ocasión para explicar con emoción el cariño que sienten los campesinos andaluces hacia la URSS que ha resuelto de verdad el problema de la tierra.

Los problemas del Partido fueron debatidos por todos los camaradas que intervinieron en la discusión. Sin triunfalismos ni pesimismo, los camaradas presentaron un cuadro objetivo realista de la situación. **Ferrandiz** se detuvo en explicar la situación de Madrid donde la oposición al carrillismo es cada vez mayor pero donde, también, se observa desmoralización en ciertos camaradas. De todas formas, los militantes más conscientes, más combativos, van reagrupando

las fuerzas del Partido y ganando posiciones Rafael expuso la situación de una provincia del norte en la que los seguidores de Carrillo son infima minoría y además están abatidos. Pero insistió en la necesidad de organizar las fuerzas sanas del Partido y en ligarse a los trabajadores. **Merino** habló de otra provincia del norte para destacar la oposición general de los obreros comunistas al carrillismo y la simpatía que sienten hacia los que se levantaron contra él.

Todos los delegados se refirieron al proyecto de Tesis para el VIII Congreso, que ha sido aceptado en general por todo el Partido. Al mismo tiempo señalaron la gran cantidad de aportaciones que se han hecho y que, sin duda, mejorarán su contenido y forma. **Buitrago**, de la organización de Bélgica, se detuvo ampliamente en esta cuestión.

Los camaradas **Fermin** y **Cristino** trataron en sus intervenciones la importancia del método de la crítica y autocrítica para la actividad del Partido en su conjunto y en primer lugar de los comités. Pero señalaron, a la vez, el peligro de que algunos confundiesen este método leninista con la crítica destructiva, personalista y con la indisciplina. No puede haber partido sin respeto a todos los puntos del centralismo-democrático y entre ellos a la necesaria disciplina. En estos años de lucha contra el carrillismo, la fuerza de nuestras justas ideas se ha visto confirmada, entre otras cosas, por la unidad de todos los que nos levantamos contra los liquidadores del Partido, unidad que es sólida porque se basa en los principios del Partido.

El delegado de un departamento del Sur de Francia, el camarada **Justino**, se detuvo ampliamente en la cuestión del reclutamiento. Dijo que podemos fortalecer el Partido, que hay muchos obreros dignos del título de comunistas. Pero sin practicar la política de «puertas abiertas de par en par». Cada candidato al Partido debe estar compenetrado con sus objetivos, debe conocer en líneas generales su programa y sus estatutos y aceptarlos.

La opinión general de los delegados que intervinieron fuy muy favorable a

«Mundo Obrero». El camarada **Rafael** dijo que en su provincia se leía con interés por muchos camaradas y obreros y que se estaba de acuerdo con él. También intervino sobre este problema el camarada **Rozas**, señalando que en Bélgica se venden más cada vez y que los lectores lo esperan siempre con impaciencia. El camarada **Estevez**, delegado de un departamento cercano a París pidió que nuestro periódico insistiera mucho en el internacionalismo, en la educación de los comunistas y de los obreros en ese principio fundamental del marxismo.

Un camarada de la organización de París, **Ordoñez**, se detuvo en exponer ante el Congreso las dificultades que les han creado algunos dirigentes del partido hermano. Antes les ayudaban para realizar el trabajo del Partido, pero ahora, por indicaciones de Carrillo, amigo y discípulo de Garaudy, les niegan toda ayuda. Entre los militantes de la base del partido hermano hay disgusto por esta actitud inexplicable. «Pese a todo, nada ni nadie nos hará romper nuestra posición solidaria, internacionalista, con el pueblo y los comunistas franceses.»

El camarada **Gayoso** dedicó lo fundamental de su intervención al problema nacional. Señaló que después de la pérdida de la guerra el gobierno fomentó un clima de chovinismo suprimiendo todos los derechos de los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia, incluso el de hablar en sus lenguas.

El Proyecto de Tesis dedica una atención especial a esta cuestión, sin pretender, ni mucho menos, haber expuesto toda la complejidad del problema, apuntando sólo nuestra posición de principios ante él.

«Los comunistas proponemos que se reconozca el derecho de autodeterminación a las nacionalidades que hay en España, proposición que lleva implícita el derecho a la independencia. A los que intentan acusarnos de fomentar el separatismo les podemos responder como respondió Lenin a Rosa Luxemburgo hace ya muchos años: «también somos partidarios del divorcio, sin que ello quiera decir que lo proponemos obligatoriamente en todos los casos.» En esta como en todas las cuestiones, debemos guiarnos

por nuestros intereses de clase. Y los intereses de los obreros de los distintos pueblos de España son los mismos y propician la unidad.» «Es un deber insoslayable para los comunistas de España defender el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, y es un deber, no menos grande, para los comunistas de las nacionalidades luchar contra los brotes de nacionalismo y por la unidad de todos los pueblos de España.»

«Guiados por el leninismo los bolcheviques resolvieron definitivamente el problema nacional en la Unión Soviética, implantando, no formalmente sino en la práctica, la igualdad de todas las naciones que forman el Estado Soviético, respetando sus sentimientos, desarrollando la cultura nacional, eliminando paulatinamente las grandes diferencias económicas y culturales.»

«Apoyándonos en la experiencia de los bolcheviques, los comunistas de los pueblos de España también seremos capaces de resolver el problema nacional.»

El camarada **Fábregas** del PSUC dedicó parte de su intervención a destacar la importancia que tiene para los comunistas el trabajo en las Comisiones Obreras con el fin de fortalecerlas en todas partes. Denunció la sucursal carrillista de Cataluña, incapaz de comprender el problema nacional pues va a remolque de la bur-

guesía catalana. Terminó su intervención anunciando la próxima aparición de un documento de los comunistas catalanes de la comarca 30, en el que se denuncia el carrillismo dentro del PSUC.

Varios camaradas entre ellos **Marino** de Hungría, insistieron en la necesidad de destacar más la fertil y positiva actividad de los comunistas españoles durante la segunda guerra mundial y concretamente en Francia.

Otros camaradas, uno de ellos **Ariz**, plantearon la urgencia de reforzar la labor ideológica del Partido en estos momentos de confusión sembrada por el carrillismo.

La camarada **Aida** recomendó a todos los dirigentes del Partido que se esfuercen por hacer sus planteamientos con sencillez y claridad, que nuestros documentos sean asequibles para las masas, para los obreros y campesinos.

El camarada **Iñiguez**, que asistió al IV Congreso, dedicó la mayor parte de su intervención a demostrar lo acertado que había sido convocar y realizar el VIII Congreso. Con palabras emotivas explicó su alegría de seguir fiel al Partido en el que ingresó hace ya muchas decenas de años. El IV Congreso fue un buen Congreso, pero este que hoy celebramos no se queda atrás.

AGUSTIN GOMEZ

INFORME SOBRE LA DISCUSION EN EL PARTIDO DEL PROYECTO DE TESIS PARA EL VIII CONGRESO

Camaradas:

La Comisión organizadora del VIII Congreso del Partido Comunista de España ha culminado hoy su tarea con la celebración del acontecimiento histórico que tenía asignada.

Durante sus cuatro meses de existencia, la Comisión, ayudada eficazmente por centenares de camaradas, ha realizado un intenso trabajo político-ideológico, propagandístico y organizativo. Todos los esfuerzos de la Comisión han estado orientados a la consecución de un sólo objetivo: la celebración del Congreso. Con ese fin fue elaborado y publicado el proyecto de Tesis, «Mundo Obrero» pasó a ser quincenal y se organizó la discusión del proyecto de Tesis en el Partido.

En todo este período preparatorio, la Comisión ha mantenido vínculos estrechos con la base del Partido. Sus miembros han participado en decenas de reuniones de células y de grupos de comunistas donde se dis-

cutía el proyecto de Tesis. Varios de ellos y otros camaradas designados por la Comisión han celebrado discusiones en Cataluña, Madrid, País Vasco, Asturias, Galicia, Andalucía y en otros puntos.

En toda esta labor preparatoria, los camaradas con su esfuerzo y entusiasmo han contribuido, de manera sensible, a extender el proyecto de Tesis y las ideas que en este documento se exponen entre núcleos importantes de comunistas, de obreros, de campesinos y de intelectuales, así como a mejorar el documento con su aportación personal.

El Congreso ha estado precedido por centenares de reuniones de células, de conferencias y Plenos locales y por la celebración, a finales de Marzo, de las Conferencias del PCE en Bélgica, Unión Soviética y Francia, donde se ha discutido y aprobado unánimemente las líneas generales del proyecto de Tesis.

Jamás se había conocido en nuestro Partido una tal participación de la base en la preparación de su Congreso.

La discusión del proyecto de Tesis ha sido un gran acontecimiento político en el Partido y un elemento fundamental en el reforzamiento y consolidación de nuestra organización tanto desde el punto de vista político-ideológico como organizativo.

Hoy, a diferencia de lo que ocurría cuando en el Partido dominaban los métodos y las orientaciones carrillistas, en las células se vive una intensa actividad política. Reina un ambiente camaraderil, entusiasta, optimista y combativo. Las discusiones transcurren en un clima de trabajo y de eficacia. Se han consolidado los comités. Se ha puesto de manifiesto con toda evidencia las enormes energías, experiencias y conocimientos que existen en el seno del Partido y que durante años y años fueron dejados de lado, conscientemente por Carrillo y, en muchos casos, ahogados y aplastados. Ahora los camaradas se sienten de verdad auténticos militantes del PCE, están recobrando la confianza en su fuerzas, en sus capacidades.

Se ha puesto de relieve el arraigo profundo del internacionalismo proletario y el elevado grado de conciencia de los militantes respecto al papel histórico excepcional de la URSS y del PCUS.

La discusión del proyecto de Tesis ha confirmado que todos los comunistas, cuando son activos, están en condiciones de contribuir a la elaboración de la línea política del Partido y a su perfeccionamiento.

El entusiasmo que ha despertado el proyecto de Tesis se manifiesta en que la asistencia a las reuniones de discusión en las células ha sido casi total, en que la participación activa en la discusión ha sido muy elevada, en que ahora se cotiza en las células con toda regularidad, en que se venden muchos más «Mundo Obrero» que antes, en que los ingresos económicos del Partido han duplicado, en que se estudia más y se hace un mejor trabajo de masas.

Ese entusiasmo que han puesto los militantes en la discusión del proyec-

to de Tesis revela la necesidad profunda que sentía la base del Partido de celebrar el VIII Congreso.

La discusión ha mostrado también debilidades. Se ha puesto en evidencia la necesidad urgente que tiene el Partido de organizar el estudio de la teoría marxista-leninista, de desarrollar un gran trabajo para elevar el nivel político-ideológico de todos los militantes.

Pese a los límites que la situación de clandestinidad impone al Partido en la aplicación de la democracia, se puede afirmar que la discusión del proyecto de Tesis se ha hecho democráticamente y que ha sido cuidadosamente respetada la esencia de lo que es la democracia interna y el centralismo democrático en la elección de los delegados al VIII Congreso.

La discusión amplia y democrática del proyecto de Tesis en el partido ha permitido a miles de comunistas contribuir con sus opiniones, sugerencias, enmiendas y adiciones a la elaboración de los documentos programáticos y la línea política del Partido.

Todos los camaradas que han participado en las discusiones del proyecto de Tesis aprueban las líneas generales del documento por considerar que éste recoge los problemas más importantes del momento político actual y que los analiza desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera, desde el punto de vista de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

Mientras el proyecto de Tesis ha levantado el entusiasmo entre los militantes del PCE que luchan activamente contra el carrillismo por el contrario ha desmoralizado a los carrillistas recalcitrantes. Carrillo quería hacer creer que frente a él no había ninguna fuerza seria organizada. Pues bien, el proyecto de Tesis, su discusión en el Partido y el VIII Congreso que celebramos son la respuesta más adecuada y contundente a ese aventurero. Hoy, podemos decir con completa confianza, y pese a los obstáculos que todavía encontremos en nuestro camino, que esa fuerza no sólo existe, sino que es ya invencible. De ello es testimonio este VIII Con-

greso, el congreso de la regeneración y de la unidad del Partido sobre las bases de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

La celebración del VIII Congreso va a influenciar favorablemente sobre muchos de los camaradas honestos que, pese a desaprobar la línea anti-soviética y oportunista y los métodos de Carrillo, por una u otra razón no se han unido todavía a nuestra lucha. Somos conscientes de que, hoy por hoy, bastantes de estos camaradas no rompen con Carrillo porque temen verse fuera del Partido y sin que las fuerzas sanas puedan recuperarlo. Con la celebración del VIII Congreso ante estos camaradas se abre una nueva perspectiva. Nosotros les llamamos a romper con el grupo fraccionista que encabeza Santiago Carrillo y a integrarse en las filas del verdadero Partido Comunista de España cuyo VIII Congreso celebramos. Por nuestra parte haremos todo lo necesario para favorecer y facilitar el que estos camaradas vengán a engrosar nuestras filas, vengán a luchar junto con nosotros por los intereses de la clase obrera y la defensa de los principios marxista-leninistas contra el poder que domina hoy España, por la democracia y el socialismo.

Camaradas: El VIII Congreso es el acontecimiento más importante de nuestra lucha en la etapa actual. Los que han hecho posible su realización, sus artífices, son los militantes de la base que vienen luchando con tanta abnegación y combatividad por los principios del Partido.

El Congreso coloca nuestra lucha en un escalón cualitativamente nuevo en todos los órdenes, levantará entre los comunistas un gran auge y nos abre el camino hacia la victoria total y completa del Partido sobre el carrillismo.

Hay tanta documentación sobre la discusión del proyecto de Tesis que es imposible darla hoy a conocer en detalle. Son cientos de resoluciones, actas, cartas, notas, etc. en las que hay contenidas miles de opiniones, sugerencias, enmiendas, adiciones.

La Comisión no ha podido hacer un estudio profundo de las propuestas

que se hacen y por lo tanto no tiene un juicio acabado sobre ellas. Se trataría, pues, de examinar algunas de las que aparecen como más importantes o características.

Las que ha publicado hasta el momento «Mundo Obrero» los delegados las conocéis y por eso no me voy a referir a ellas.

REFERENTES AL LENGUAJE, AL ESTILO

Hay un trabajo de P. G. que se propone sea tomado como base para todas las correcciones necesarias de lenguaje. Hay también sobre este particular un trabajo de A. H. y otro de IRM que se deben tener en cuenta.

La camarada P.G. ha sabido recoger en su trabajo el sentir de la base de que el lenguaje debe ser más asequible, más sencillo. Después de aprobar el documento en sus líneas generales y de considerar que es el documento más serio e importante que desde hace tiempo hemos tenido, ella dice: «Pero a todo contenido corresponde una forma, y aquí, hay, a mi modo de ver, bastantes errores, faltas de estilo, redacción y puntuación, erratas de imprenta y otras».

Otra cuestión que señala, «es que estos documentos se escriben para las masas, para toda la gente, para grupos con muy distinto nivel de cultura, por eso creo que su lenguaje debe ser el más claro y comprensible para todos, desde el intelectual hasta el más sencillo campesino». Por eso considera que se deben evitar palabras que no son de uso corriente ni las pueden comprender todos.

ERRORES Y ERRATAS

Los camaradas han descubierto muchos y muchas. Por su importancia destacan: En la página 7 donde dice: «...fuerzas revolucionarias que se enfrentan...» hay que leer «...fuerzas sociales que se enfrentan...» En la página 9 donde dice: «Pero mientras eso no suceda el eje de la Historia seguirá girando en torno a la confrontación de los dos sistemas» una camarada advierte «que se gira alrededor del eje» En la página 29 se dice: «Por su contenido este periodo sería la realización de las siguientes tareas...» Un camarada señala con ra-

zón que en ese párrafo hay una errata grave pues las tareas que se enumeran corresponden al período anti-monopolista popular y no al período de transición del capitalismo al socialismo al cual se refiere «este» del párrafo. El párrafo del texto del proyecto hay que sustituirlo, según este camarada, por este otro: «El contenido de la fase antimonopolista popular sería...».

Son numerosos los camaradas que han advertido que en la página 36 se dice que entre el IV y V Congresos han pasado 20 años cuando en realidad han sido 22 pues el IV se celebró en 1932 y el V en 1954. Son también muchos los que indican que en la página 52 habría que poner el subtítulo «Sobre el movimiento femenino» que falta en el texto del proyecto.

SOBRE LA CONSTRUCCION DEL DOCUMENTO

Hay varias células que proponen recomponer el punto «Revolución tecnológica y cambios sociales» de modo que 1° se señalen las características del Capitalismo Monopolista de Estado y luego se trate el problema de la revolución tecnológica, es decir, a la inversa de cómo está el proyecto de Tesis.

De muchas organizaciones llega la sugerencia de que el punto «El PC de E. y los trabajadores emigrados», se ponga al final del apartado III. La justicia de esta proposición es tan evidente que no necesita muchas explicaciones.

Los camaradas de dos células proponen rehacer el apartado II «Panorama Socioeconómico» de forma que refleje la realidad económica de España en relación a los siguientes índices:

1.— Estimación de la economía española en la actualidad.

2.— Características de la «industrialización» monopolista.

3.— Semblanza de la «sociedad del consumo» franquista.

APARTADO I «SIGNO HISTORICO...»

Varias células proponen ampliar la tesis sobre las contradicciones internas en el socialismo y que se expli-

que más las posibilidades que ofrece el socialismo. A este fin se hace la sugerencia de que en la página 8, columna izquierda, delante del párrafo que empieza «El progreso histórico...» se intercale lo siguiente: «El campo socialista, con la URSS al frente, es obra de la clase obrera internacional y su más eminente realización: inexpugnable baluarte de la paz y el socialismo. Su robustecimiento es premisa necesaria para el venturoso desarrollo del movimiento comunista y obrero mundial y las nuevas victorias de la lucha democrática y nacional emancipadora de los pueblos. De ahí que defender el campo socialista y cooperar a su fortalecimiento sea deber primordial del proletariado de todos los países, de todos los partidos comunistas y obreros, de todas las fuerzas revolucionarias.» Y que en la misma página 8 en el párrafo que comienza «Los comunistas, basándose en...» en lugar de las **contradicciones internas** (decir) «Las contradicciones exteriores e internas son el motor...» y a renglón seguido de la palabra **comunismo**, agregar este párrafo: «La contradicción básica entre el socialismo y el capitalismo se proyecta en la competición económica entre los dos sistemas, en la que prevalece el socialismo cuya economía, libre de crisis y depresiones, de anarquía en la producción y desempleo, progresa a ritmos más veloces y estables que la economía capitalista y se rige planificadamente en provecho de toda la sociedad. La práctica evidencia que únicamente el socialismo puede dar solución a los problemas candentes de la humanidad.» En la frase que sigue, **Las divergencias y fricciones que pueden surgir entre distintos Estados socialistas** se propone añadir: «no son antagónicas, pudiendo y debiendo ser resueltas...»

Varios camaradas proponen que en la página 11, columna izquierda, tras el párrafo que comienza: **En la economía...** se añadan estos cuatro párrafos:

— «El capital monopolista supedita los adelantos científico-técnicos a sus designios militaristas, agresivos. Baste decir que EE.UU. y otras potencias imperialistas invierten con fines bélicos más de dos tercios de los fon-

dos presupuestarios asignados para investigaciones científicas.»

— «El imperialismo encañona su estrategia agresiva contra los países socialistas en primer término; no renuncia a la lucha armada contra el socialismo, intensifica la carrera armamentista y procura dinamizar los bloques militares amalgamados para agredir a la URSS y otros países socialistas, al tiempo que pugna por paralizar el movimiento de liberación nacional de los pueblos, derribar los regímenes progresistas (países árabes) y aplastar la lucha de los trabajadores en los países capitalistas. No obstante, como demuestra la guerra de Indochina, entre los proyectos del imperialismo y su fuerza para realizarlos media un abismo, que será tanto más funesto y desastroso para los imperialistas cuanto más sólida y monolítica sea la unidad de los países socialistas y del movimiento comunista mundial.»

—« Cara a la imposibilidad, día a día más evidente, de vencer al socialismo por la fuerza de las armas, los imperialistas recurren a las maniobras envolventes: a la subversión ideopolítica en vasta escala y a otras formas, abiertas o soterradas, de ingerencia en los países socialistas para minar el socialismo por dentro, romper la unidad del pueblo, vitalizar los resabios de las ideologías caducas, meter cuñas en la comunidad socialista y capitalizar las disensiones latentes en el seno del movimiento comunista internacional, con miras a dividirlo, poniendo todos los instrumentos de información y moldeo de las mentalidades al servicio del anti-comunismo.»

—«La defensa resuelta de la unidad del movimiento comunista internacional en base a los principios del internacionalismo proletario y la inadmisibilidad de cualquier acto susceptible de socavar esta unidad es condición indispensable para el triunfo en la lucha por la paz, la democracia, la independencia nacional, la revolución socialista y la edificación del socialismo y el comunismo.»

Un grupo de camaradas propone agregar una crítica sobre la concepción dogmática de Santiago Carrillo acerca del Estado en la página 9.

Otros camaradas plantean que sería útil señalar la existencia de bases yanquis en España (página 14) donde se critica la tesis carrillista de que «los norteamericanos han dado la espalda a Franco.»

Un camarada veterano que ha estado apartado del Partido durante muchos años ha abordado varios de los puntos del proyecto de Tesis. Algunas de sus opiniones aparecerán próximamente en «Mundo Obrero». Según este camarada en el proyecto de Tesis hay un vacío que estima debe rellenarse. Subraya que no hay que dejar ningún terreno libre a Carrillo y menos todavía en su lucha contra los países socialistas. Este camarada continúa: «Hay que demoler las «inquietudes» que manifiesta Carrillo ante las posibles relaciones comerciales de España con los países socialistas.»

«¿Partiendo de qué derecho se puede privar al pueblo español de tener relaciones comerciales y diplomáticas con los países socialistas?»

«¿Partiendo de qué derecho se puede privar a nuestro pueblo de los conocimientos técnicos y científicos de los países socialistas?»

«¿Partiendo de qué derecho se nos puede privar de recibir y al mismo tiempo exportar mercancías de y a los países socialistas?»

«¿Partiendo de qué derecho se puede confinar al pueblo español a no salir de España para que pueda visitar y respirar el aire de los países socialistas?»

«Las relaciones comerciales, diplomáticas, culturales y científicas de la Unión Soviética con otros regímenes político-económicos diferentes, que fueron impuestas en muchos casos por la presión popular, siempre resultaron beneficiosas para esos pueblos.»

«¿En nombre de qué principios se puede oponer Carrillo al establecimiento de estas relaciones? ¿Por qué dejar en España el campo libre a los grandes monopolios internacionales que ya dominan una gran parte de nuestra economía y por lo tanto están también presentes en la propia política?»

«Contrariamente a Carrillo pienso que es al Partido y al pueblo a quienes corresponde luchar en el mismo

seno de la actual sociedad española por el establecimiento de relaciones comerciales, diplomáticas y culturales entre España y la Unión Soviética, entre España y todos los países socialistas. El establecimiento de esas relaciones redundará en beneficio de nuestra lucha contra la guerra, contra el imperialismo, por la democracia y el socialismo.» Hemos dado extractos tan amplios de la carta de este camarada veterano por la importancia del tema que toca y porque ha sabido reflejar el sentir de la inmensa mayoría de los comunistas españoles y de nuestro pueblo.

APARTADO II. «PANORAMA SOCIO-ECONOMICO DE ESPAÑA

Los camaradas de una célula proponen agregar en la enumeración que se hace en la página 29 de las tareas en la fase antimonopolista popular los subpuntos:

- i) la autodeterminación de las nacionalidades;
- j) el desmantelamiento de las bases militares extranjeras;
- k) igualdad de derechos políticos, económicos y sociales, sin discriminación de raza, sexo y religión.

Los comunistas de una célula indican que en la página 29 se dice: «Todo grupo social puede y debe ser dirigente de los grupos afines o aliados...» Piensan que a lo mejor se ha querido decir: «Todo grupo social aspira a ser dirigente...» Y aún así consideran que esa idea expuesta en el proyecto se presta a confusión. Subrayan que nosotros debemos hablar en este caso de clases y no de grupos sociales. Y en general estiman que esta parte necesita más claridad y que debe afinarse más.

— Camaradas de varias células llaman la atención de que en la página 19 se habla de 7 millones de españoles que viven en condiciones de indigencia física y social y de que «en el fondo de la escala social hay unos dos millones de personas cuya situación es todavía más desesperada». Esto ha suscitado dudas entre esos camaradas, pues opinan que el fondo de la escala social está, indudablemente, entre esos 7 millones.

— Esos mismos camaradas estiman que los párrafos que siguen a lo anterior se refieren a la polarización de la riqueza y la miseria social y hasta física a medida que crece la economía capitalista y que se hace necesario aclarar más la interpretación de esta tesis marxista, su interpretación dialéctica (teniendo en cuenta el progreso social y el aumento de las necesidades de toda la población), para que no dé lugar a interpretaciones mecanicistas de que sostenemos la idea de un aumento fatal y lineal de la miseria física.

APARTADO III «EL PARTIDO»

Numerosos militantes opinan que en las Tesis hay que señalar la labor de descomposición del Partido y las injusticias cometidas por Carrillo, Antón, Claudín entre 1945-1954.

— Que se señale el papel de Dolores Ibárruri.

— Que falta una referencia clara y lógica al Partido en la resistencia francesa, a la deserción de la dirección, a los aspectos del «caso» Claudín: antisovietismo y lucha de influencias y deformación real y autoritarismo de Carrillo que todo el CC contribuyó, unos conscientes y otros, inconscientemente, a reforzar.

— Que se señale lo ocurrido en la dirección del Partido entre los años 1960-1968 (lucha por el Poder, etc.)

— Que en la página 36 donde dice «El V Congreso fue un buen comienzo...» se diga «El V Congreso fue una ocasión perdida...» pues de lo contrario puede inducir a confusión.

— Los camaradas de una célula proponen que en la página 31 el párrafo «...y porque los intereses de la liberación de los trabajadores sólo puede alcanzarse con la solidaridad internacional y con el socialismo», sea substituido por «...y porque las fuerzas internas de un país donde triunfe la revolución proletaria no podrán por sí solas asegurar frente al imperialismo la consolidación de la victoria alcanzada ni la defensa de la sociedad socialista que se proponen crear».

Consideran que en la página 39 cuando se dice «...la búsqueda constante de nuevas vías que faciliten una in-

tenza circulación de ideas...» puede prestarse a confusión y proponen se substituyan esas líneas por las siguientes: «...la búsqueda constante de nuevas formas de trabajo que faciliten la máxima utilización de todas las fuerzas de que dispone el Partido.»

Estiman que el último párrafo de la página 41 debería estar redactado de la forma siguiente: «La experiencia histórica muestra el papel de los hombres en el desarrollo histórico. Este papel, en la acepción más amplia, puede ser positivo o negativo. El marxismo-leninismo y la experiencia del movimiento comunista internacional nos enseña que el papel positivo del hombre marxista sólo puede desempeñarlo cuando su actuación práctica, ideológica y política, concuerda con el desarrollo histórico, cuando coincide con los intereses de las clases más avanzadas de la sociedad.»

Estos camaradas indican que aunque en la página 44 se enumeran las condiciones para que la clase obrera pueda desempeñar su papel dirigente hegemónico y aunque en el contexto general se comprende el papel dirigente del Partido, consideran que al enumerar esas condiciones habría que añadir «Necesidad del Partido marxista-leninista como destacamento avanzado de la clase obrera» y ponerla en primer lugar.

Los comunistas de dos células hacen la sugerencia de que al final del punto de la página 38 «En el terreno de los principios teóricos y políticos, el carrillismo, es una manifestación del revisionismo en la teoría y del oportunismo en la práctica, que su progenitor presenta como expresión del «marxismo creador» se añada: «...pero que, en realidad se distingue por los siguientes trazos antimarxistas:

- capitulación ante las dificultades de la lucha contra el capitalismo;
- desconfianza en las fuerzas de la clase obrera para llevar a buen fin la revolución socialista;
- integración en el sistema del capital monopolista de Estado;
- dejación del punto de vista de clase en los enfoques socio-políticos;

- renuncia a la hegemonía de la clase obrera en la revolución y a la dictadura del proletariado;
- ruptura con el internacionalismo proletario;
- antisovietismo;
- transformación del PC en un Partido reformista.

Sobre la posición del Partido respecto a las Fuerzas Armadas, un camarada sugiere que en la página 54 se señale «la necesidad de hacer un intenso trabajo ideológico entre estas fuerzas y entre los soldados y los cuadros inferiores de manera fundamental.» Este camarada señala que «la historia enseña que la burguesía, y hoy con más razón, puede en cualquier momento imponer a los trabajadores la lucha armada para la cual éstos deben estar preparados.» Recuerda a Lenin quien subrayaba que «sin dominar todos los medios de lucha podemos correr el riesgo de sufrir una derrota enorme —a veces decisiva—, si cambios ajenos a nuestra voluntad, producidos en la situación de las otras clases, ponen al orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles». Según este camarada el apartado sobre las Fuerzas Armadas hay que mejorarlo teniendo en cuenta la realidad histórica, la experiencia pasada y las necesidades políticas actuales y futuras.»

Numerosos camaradas insisten en que se desarrolle el tema del campesinado (desarrollo del capitalismo en el campo, situación de las clases en el campo, alianza obrero-campesina, etc.)

Hay algunos militantes que sugieren que se profundice el problema de la intelectualidad y que se trate este punto por separado.

APARTADO IV. ENUNCIADOS PROGRAMATICOS

— Varios camaradas señalan la desproporcionalidad y esquematismo de este apartado y solicitan su recomposición con puntos más claros, ordenados y definidos sobre: el papel dirigente de la clase obrera, la situación y posibilidades de lucha del campesinado, la actitud hacia el Ejér-

cito; reivindicaciones nacionales claramente formuladas; relaciones Iglesia-Estado.

— Predominan las opiniones de que la nacionalización de los latifundios se haga sin indemnización. Hay divergencias de opiniones sobre si deben ser nacionalizadas todas las tierras latifundistas o sólo las ociosas y mal cultivadas.

— Son numerosos los camaradas que opinan que en las Tesis hay que poner que las tierras de los latifundios deben ser entregados en usufructo gratuito a los campesinos pobres y obreros agrícolas.

Y que se anulen las deudas de los pequeños arrendatarios a los grandes terratenientes.

— Bastantes camaradas advierten que en el proyecto no se trata el problema de los obreros agrícolas.

— Que hay que subrayar que la primera medida para solucionar los problemas del campo es atacar el mal en su raíz; el de la propiedad de la tierra.

— Una célula propone que se incluya la siguiente formulación:

«La consigna de «la Tierra para quien la trabaja» implica la nacionalización de la tierra y su entrega en usufructo a perpetuidad a los campesinos para que la trabajen individual o colectivamente, según su deseo, en parcelas unificadas y sin la explotación de trabajo ajeno. Las necesidades de la agricultura moderna, el empleo de la maquinaria, abonos, etc. aconsejan el cultivo organizado en grandes extensiones, por eso, el Estado socialista, sin perjuicio de dar las mayores facilidades a la explotación agrícola individual o familiar, utilizará los latifundios expropiados para la creación de modernas empresas agrícolas estatales y ayudará a los campesinos en la creación de cooperativas de todo tipo».

Dos células proponen en la página 59, tras el apartado 3) intercalar un nuevo apartado: «4) «El PCE respaldará las demandas de las nacionalidades y colonias:

«Consciente de que no puede ser libre un pueblo que oprime a otro

el PCE, inspirándose en el ejemplo vivo del socialismo, y concretamente de la URSS, donde el marxismo-leninismo ha brindado la única solución verdadera al problema nacional, apoya el derecho de las nacionalidades hispanas —Cataluña, Euzkadi y Galicia— a la libre autodeterminación, a su autonomía administrativa, al ejercicio de sus lenguas vernáculas y el cultivo de sus folclores sin cortapisa alguna, así como el derecho de los territorios coloniales a la independencia. Convencidos de que sólo una integración voluntaria, libre, democrática y fundada en la amistad y la comunidad de intereses puede ser incommovible, el PCE fustigará toda tendencia absorbente y discriminatoria contra las nacionalidades. Los comunistas catalanes, vascos y gallegos, a su vez, combatirán toda manifestación de separatismo, corriente reaccionaria y disgregadora, vigorizando con su cotidiano esfuerzo la unidad monolítica de toda la clase obrera española, el único y verdadero cimiento para erigir la España democrática y socialista.

Los camaradas de otra célula proponen por su parte que se tenga en cuenta el texto siguiente:

La solución del problema nacional los comunistas la vemos en la agrupación voluntaria de todas las naciones que componen el Estado español en una Federación de Repúblicas, iguales en derechos, en la que cada una de las naciones integrantes conserve su personalidad propia y todas ellas constituyan un Estado socialista multinacional».

Camaradas de diferentes células señalan que es necesaria más claridad en las declaraciones programáticas:

- a) Papel dirigente del Partido en la revolución democrática;
- b) la unidad de la clase obrera;
- c) las alianzas y el campesinado como aliado natural de la clase obrera;
- d) el Programa agrario;
- e) la inevitabilidad de la dictadura del proletariado;
- f) el problema nacional.

Una camarada hace una serie de observaciones a este apartado y entre ellas las siguientes:

— Señalar explícitamente que hay que derrocar a Franco, personificación de la dictadura monopolista;

— indicar cómo hay que organizar al pueblo para el derrocamiento partiendo de que en varios lugares se hace alusión al problema (p. 27 se habla de coalición de fuerzas revolucionarias, p. 48 de bloque revolucionario, p. 49 de frente democrático...)

— Debe plantearse el problema del Poder, la formación del gobierno que debe suceder a Franco y quién va a dirigirlo, o al menos cual debe ser nuestra aspiración en ese sentido (Carrillo dice que en la etapa socialista los comunistas pueden no estar en mayoría y que el presidente puede ser católico).

— Al hablar de reivindicaciones inmediatas (p. 58) habría que indicar que las mismas corresponden a la primera etapa (democrática) de la revolución o sea al período inmediatamente posterior al derrocamiento de la dictadura.

— En la p. 59 habría que concentrar el problema de las alianzas, especificando sus particularidades en cada una de las etapas de la revolución.

Bastantes camaradas señalan que el apartado «El PCE y los trabajadores emigrados», además de pasar al Apartado II, debe ser mejorado sensiblemente.

— Son muchos los militantes que proponen la formulación de la tesis de la separación de la Iglesia y el Estado.

— Los camaradas de una célula se pronuncian por la República democrática popular y opinan que eso debe constar en las Tesis. Dicen que un tal planteamiento eliminaría ambigüedades y es el sentir de amplias masas.

Otros camaradas sugieren que se mate el punto de «supresión de la propiedad privada» para no dar la impresión de que queremos acabar de golpe con la propiedad del productor no asalariado.

— Hay muchas propuestas de que

se formule netamente el punto de la dictadura del proletariado en el período de la construcción del socialismo.

Estas han sido algunas de las propuestas que han hecho los militantes durante la discusión del proyecto de Tesis.

Camaradas: La mayor parte de las organizaciones han dado fin en lo fundamental a la discusión del proyecto de Tesis y han enviado ya sus opiniones y sus resoluciones. Las otras están haciendo llegar las suyas. Todas, sin excepción, deberán ser examinadas y estudiadas a la hora de redactar definitivamente las Tesis.

La discusión del proyecto de Tesis ha puesto de relieve que pese a la situación específica compleja en que se desenvuelve la actividad de los miembros de nuestro Partido, tanto en el interior del país como fuera de él, se dan todas las condiciones indispensables para la discusión amplia y democrática de la línea política y de los documentos del Partido, contrariamente a lo que ha querido hacer creer Carrillo y a la práctica que había impuesto. Ahora, se puede afirmar con plena razón que las Tesis y el Programa del Partido serán la obra colectiva de todo el Partido.

Este período de discusión del proyecto de Tesis ha revelado también, una vez más, la fuerza colosal que da al Partido cuando entre base y dirección existe una ligazón estrecha y una compenetración profunda de principios.

Como conclusión de la discusión del proyecto de Tesis se puede constatar:

1) La aprobación unánime por el Partido del empleo correcto de la metodología marxista-leninista aplicada en el examen de los problemas expuestos en el proyecto de Tesis.

2) La elaboración del proyecto de Tesis y la discusión han puesto de relieve que en nuestro Partido existen una capacidad creadora y una inteligencia colectiva suficientes para ofrecer soluciones a los problemas más candentes de la vida político-social y del movimiento obrero y revolucionario de España.

3) La discusión ha puesto de manifiesto que en las fuerzas sanas del Partido que han intervenido hay una completa coincidencia de criterio sobre los problemas fundamentales de orden nacional e internacional. Y ahora me queda sólo hacer dos propuestas:

1) Que el Congreso encargue al nuevo Comité Central que, tomando como base el proyecto de Tesis para el VIII Congreso y recogiendo las aportaciones salidas de la discusión

habida en el Partido y en el Congreso mismo, redacte definitivamente las Tesis del Partido Comunista de España.

2.) Que el Congreso encargue al nuevo Comité Central que, sobre la base de las Tesis, elabore un proyecto de Programa del Partido Comunista de España que, previa discusión en el Partido, sea presentado en el próximo Congreso o en una Conferencia extraordinaria del Partido Comunista de España para su aprobación.

MINISTERIO
DE CULTURA



LEANDRO BENAVIDES

INFORME SOBRE EL PROYECTO DE MODIFICACIONES A LOS ESTATUTOS DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Queridos camaradas:

Por encargo de la Comisión Preparatoria presento ante vosotros, delegados al VIII Congreso del PCE, el Proyecto de Enmiendas a los Estatutos de nuestro Partido, publicado en el número 6, primera quincena de Abril de 1971, de «Mundo Obrero», para conocimiento de todos los comunistas españoles y someterlo a su discusión. De esta forma las organizaciones y militantes tendrán la posibilidad de opinar sobre el Proyecto y proponer cuantas sugerencias estimen convenientes a fin de mejorar y poner al día la Ley fundamental que ha de regir el buen funcionamiento y dirección del Partido Comunista de España.

El Proyecto de Enmiendas a los Estatutos ha sido resultado de un laborioso trabajo de dos Comisiones, que para confeccionarlo han tenido en cuenta nuestras propias experien-

cias en materia de organización, así como las de otros Partidos hermanos, para mejorar los actuales Estatutos y evitar, en lo posible, los abusos de poder, la conculcación de los derechos de los militantes y la arbitraria interpretación burocrática del centralismo democrático.

Al mismo tiempo, las dos Comisiones designadas al efecto, se han esforzado por desarrollar el concepto del centralismo democrático, principio fundamental de organización del Partido marxista-leninista, principio que no es algo estático, sino dinámico, que cambia y se perfecciona en concordancia con las nuevas tareas con que tiene que enfrentarse el Partido de la clase obrera ante cada situación histórica concreta. Los Estatutos-tipo que regían la actividad del PCE cuando éste era una Sección de la Internacional Comunista, no respondían a las necesidades y objetivos

que tenía nuestro Partido en un momento dado. Y esa fue la causa de que en 1954 fueran confeccionados otros nuevos y aprobados, como se sabe, en el V Congreso, que, a su vez, sufrieron modificaciones, por cierto algunas de ellas no muy afortunadas, en el VI Congreso.

La nueva etapa que inicia el Partido Comunista de España con la celebración de su VIII Congreso, demanda introducir importantes cambios a los actuales Estatutos para corregir sus deficiencias, preservar al Partido de abusos y violaciones, como los cometidos por el grupo revisionista y autoritario de Santiago Carrillo, y recoger el profundo sentir de muchos militantes, preocupados por el futuro revolucionario de nuestro Partido.

Pero por muy perfectos que sean los Estatutos de un Partido Comunista, éste no se verá libre de tergiversaciones de los principios del centralismo democrático, si en su actividad no existe una verdadera combinación de dos elementos fundamentales: la democracia y el centralismo; si no se crea en cada organización y en el Partido en su conjunto un clima en que pueda manifestarse libremente la crítica, motor de todo desarrollo de nuestra actividad, y una situación en que cada militante pueda hacer uso enteramente de sus derechos a participar en la elaboración de la política general y a controlar tanto la aplicación de esa política como la actuación de los órganos de dirección y de quienes asumen responsabilidades en el Partido; naturalmente, con las limitaciones que nos imponen hoy la clandestinidad y la seguridad de nuestra organización frente al franquismo, la reacción internacional y los revisionistas de toda laya. Resumiendo, si cada militante se siente responsable, individualmente, de toda la actividad del Partido y de cada uno de sus actos. Sólo así existirá la garantía de que no reincidamos en los males que actualmente nos aquejan.

A este respecto ofrece interés recordar la célebre «Carta al Congreso» de Lenin, en la que hacía dos observaciones de gran valor para no poner en peligro la unidad del Partido en las situaciones difíciles y complejas que, a veces, éste debe atravesar. Señala-

ba, primero, que a la cabeza de un Partido Comunista debe figurar una persona que tenga, al lado de sus méritos revolucionarios, conocimientos y experiencias, determinadas condiciones personales, principalmente, sólidos principios morales, pues, quierase o no, reúne en sus manos cierto poder y puede causar grandes perjuicios al Partido, como nos ha ocurrido a nosotros con el caso de Santiago Carrillo al hacerse éste con la secretaría general. En segundo lugar, Lenin aconsejaba velar por que en la composición del Comité Central figurase un determinado número de obreros ligados a su clase y a las masas en general para darle mayor estabilidad y ejercer en él una verdadera función de control. Al proponer esta medida, Lenin no caía ni mucho menos, en el «obrerismo», sino tenía presente que el Partido Comunista es el partido revolucionario de la clase obrera y que sus elementos más conscientes y combativos deben tener un peso específico tanto en la composición social del Partido como en su Comité Central.

Es indudable que, salvo las diferencias de situación, lugar y tiempo, las preocupaciones de Lenin en 1922 guardan actualidad y son útiles recordarla, sobre todo ahora, cuando nos disponemos a remontar la crisis que sufre el Partido. De paso diremos, por lo que pueda tener de enseñanza, que el Comité Central del PCUS era entonces muy reducido. Estaba integrado por 27 miembros, después de haber triunfado la Gran Revolución Socialista de Octubre y de estar al frente de los destinos de un país tan inmenso y populoso como la Unión Soviética; lo que contrasta grandemente con los 111 miembros del Comité Central carrillista y los 21 de su Comité Ejecutivo.

En el espíritu de todas las consideraciones expuestas se han trazado las líneas maestras del Proyecto de Enmiendas a los Estatutos que ofrece al Partido la Comisión Preparatoria del VIII Congreso.

En el espíritu de todas las consideraciones de mayor participación a los militantes en la elaboración de la política general ello se especifican con más de importante que adopten los Congre-

sos y plenos del Comité Central. Para ello se especifican con más detalle y se amplian los derechos de los miembros del Partido.

Las enmiendas y adiciones que se proponen a los Estatutos tienen por fin desarrollar la democracia interna de cada organización y de todo el Partido, establecer una verdadera libertad de discusión para recoger experiencias, revelar los defectos y sus causas y adoptar las medidas indispensables para corregirlos; es decir, asegurar la elaboración colectiva de las decisiones como principio supremo de dirección del Partido.

Al mismo tiempo que se amplía la democracia interna y la libertad de discusión, el Proyecto no debilita en lo más mínimo la unidad de acción del Partido. Al contrario, la refuerza. La democracia interna no significa transportar a la vida del Partido el parlamentarismo burgués, permitir la existencia de fracciones y propagar en su seno ideas contrarias a los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, al Programa y a la línea general del PCE. Cada militante tiene libertad para exponer sus opiniones, pero no para divulgar y mantener puntos de vista opuestos a la ideología, al carácter de clase y los fines del Partido. A nadie le debe estar permitido minar y romper la unidad del PCE.

La aplicación estricta y rigurosa de estos postulados, no habría permitido que un reducido grupo de dirigentes, encabezado por Carrillo, impusiera al Partido su política revisionista, nacionalista y antisocialista, así como decisiones unilaterales, a despecho de la opinión general de todo el Partido, como en el asunto de Checoslovaquia. Tales dirigentes, concepciones y métodos son extraños al partido revolucionario de la clase obrera y deben ser erradicados.

El Proyecto propone acabar con las restricciones a la importantísima actividad de las células a través de la vida de las células, a través de las cuales, como es sabido, se efectúa la unión del Partido con los trabajadores y las masas populares en su misión, es el desarrollo regular de reducidas a organizaciones de «regis-

tro» de los acuerdos de los órganos superiores y encargadas, hasta ahora, de vender periódicos, los «libros» de Carrillo y recaudar fondos. Aunque las tareas prácticas sean muy importantes, la función esencial de las células no es burocrática, sino política y, por eso, el Proyecto propone agregar al artículo 37 de los Estatutos el precepto siguiente: «La condición principal para que la célula cumpla su misión, es el desarrollo regular de su vida política interna.»

A la par de otras medidas tendientes a ampliar la vida democrática del Partido, el Proyecto de Enmiendas a los Estatutos propone la creación de una Comisión Central de Control Político y de una Comisión Central Financiera. En el PCE no existió nunca un tal tipo de órganos de control. Por ello carecemos de experiencia y tendremos que estudiar las enseñanzas que han acumulado otros partidos hermanos en este aspecto de su actividad para aplicarlas a las condiciones específicas y peculiares de nuestro Partido.

La Comisión Central de Control Político velará por el cumplimiento del Programa del Partido y de los acuerdos de los congresos por los órganos de dirección y constituirá un freno a todo intento de abuso de poder o de violación de las normas estatutarias.

La Comisión Central Financiera controlará el empleo de los medios materiales del Partido por los órganos de dirección, medios materiales que deben ser utilizados, única y exclusivamente, para la realización de los objetivos que se señale el Partido y para sus necesidades, y no para fines particulares o de grupo, como hace hoy Santiago Carrillo, quien, después de liquidar toda posibilidad de control financiero en el PCE, se sirve de los fondos de éste para abrir camino a su política revisionista y afianzar su poder personal. Con esos fondos soborna y capta voluntades para disponer de una verdadera casta de funcionarios a su servicio.

En el Proyecto de Enmiendas a los Estatutos se amplian los derechos de defensa de los militantes contra toda sanción que consideren injusta. La ininterrumpida cadena de expulsiones,

separaciones y condenas al ostracismo, aplicadas a troche y moche, contra auténticos revolucionarios, militantes honrados y abnegados. hace necesario que los miembros del Partido se vean protegidos frente a las persecuciones, desmanes y caprichos de dirigentes que se sitúan por encima del Partido y pierden su condición de comunistas.

Una de las cuestiones más importantes del funcionamiento del Partido en las actuales circunstancias, es la de estatuir normas que combinen la democracia interna con las limitaciones que nos imponen la clandestinidad y la seguridad de las organizaciones y militantes, de forma que esas limitaciones no se utilicen para aplastar la democracia y violar los derechos de miembros del Partido. En el Proyecto de Enmiendas se recoge el espíritu de ese sentir general y se propone hacer modificaciones a los artículos 9, 10, 19, 24 y 25, la redacción de tres nuevos artículos, el 27, 28 y 29, y, por supuesto, la constitución de la Comisión Central de Control Político.

El Proyecto propone una enmienda al párrafo cuarto del artículo primero de los Estatutos, que precisa lo que los comunistas españoles entendemos por internacionalismo proletario. En ese párrafo se declara explícitamente que «El Partido Comunista educa a sus militantes en el espíritu... del internacionalismo proletario que se manifiesta en la solidaridad con el sistema socialista mundial y con la lucha de los trabajadores de todos los países. «La existencia del campo socialista y a su cabeza la Unión Soviética, la consideramos como la mayor conquista de la clase obrera de todos los países y la actitud ante esa gran conquista como la piedra de toque del internacionalismo proletario de cada comunista. No puede concebirse una revolución socialista en cualquier punto de nuestro planeta sin el apoyo de la Unión Soviética de los demás países socialistas y, todavía menos, la edificación del socialismo sin su ayuda y cooperación. Por eso, el antisovietismo y el antisocialismo de toda especie es una traición a los intereses de la cla-

se obrera en general y de cada país por separado.

En el Proyecto se desarrolla uno de los rasgos fundamentales del principio del centralismo democrático, «la obligatoriedad de los acuerdos de los órganos superiores para los inferiores». La enmienda dice que esos acuerdos no pueden ni deben ser tomados a espaldas de las organizaciones y de los militantes y que la obligatoriedad queda invalidada si dichos acuerdos vulneran los principios del marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, el Programa y los Estatutos del Partido, así como las decisiones de sus Congresos. En caso de conflicto en tan importante cuestión, se erige como árbitro al Congreso, órgano supremo del Partido. Esta propuesta de enmienda tiene por objeto poner coto a los abusos de poder y a las vulneraciones de los principios ideológicos, políticos y de organización que rigen la vida y la lucha del partido revolucionario de la clase obrera española.

Por último, el Proyecto de Enmiendas a los Estatutos propone especificar que debe entenderse por unidad del Partido. En el artículo 3º, que trata de los deberes de los militantes, se propone una nueva redacción en estos términos: «defender la unidad del Partido sobre la base de los principios del marxismo-leninismo como condición fundamental de su fuerza y combatividad.» Esta enmienda sale al paso de las especulaciones que han venido haciendo ciertas gentes sobre la «unidad del Partido».

Camaradas:

Confiamos en que la discusión que se abre en el Partido sobre el Proyecto de Enmiendas a los Estatutos lo enriquecerá en todos los órdenes para el mejor funcionamiento y dirección del PCE. A este respecto permitidme, en nombre de la Comisión Preparatoria, someter a vuestra consideración la siguiente propuesta:

«El Congreso encarga al Comité Central elegido por el VIII Congreso del Partido Comunista de España realice las modificaciones pertinentes en los actuales Estatutos sobre la base del Proyecto de Enmiendas preentado por la Comisión Preparatoria y de

las propuestas y sugerencias que hagan las organizaciones y los militantes en el curso de la discusión que se abre en el Partido, y lo presente para su aprobación definitiva en un próximo Congreso, o en una Conferencia extraordinaria del Partido.»

Camaradas:

Sin caer en exageraciones de ningún género, somos conscientes de que nuestro Congreso se inscribirá en los anales del Partido Comunista de España como un Congreso histórico, como un gran viraje en la lucha de los comunistas españoles por la regeneración del Partido. No cabe duda de que este Congreso tendrá también importantes repercusiones políticas en el movimiento obrero y antifranquista al asestar un serio golpe al revisionismo, al nacionalismo y antisovietismo, que la fracción carrillista pretende introducir en las filas de los trabajadores españoles.

Ante nuestro Partido se abren amplias perspectivas para que pueda cumplir su papel de vanguardia en la revolución española, en la lucha por

la democracia y el socialismo. Todo depende de nosotros mismos, de los comunistas españoles que hemos enarbolado la bandera del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario como un deber insoslayable ante nuestra propia clase obrera y el movimiento comunista internacional.

Nuestro camino, camaradas, está lleno de escollos que tendremos que ir sorteando con habilidad. Para ello es imprescindible mantenernos estrechamente unidos, caminar sin desmayo, con paso firme, pero sin precipitaciones. A nuestra memoria vienen las palabras de nuestro maestro Lenin, quien llamaba a los comunistas rusos a marchar adelante, fuertemente unidos de la mano, sin escuchar las invitaciones que les hacían ciertas gentes, a derecha e izquierda del pantano, a detenerse, a reunirse con ellos, a dejar el campo libre a los adversarios. Lenin y sus camaradas no hicieron caso de esas invitaciones y triunfaron. Creemos que ese es el mejor ejemplo a seguir en la lucha que tenemos empeñada.



MINISTERIO
DE CULTURA



VICTORIO SALGADO,

Uno de los delegados de los comunistas de Madrid, se dirige al VIII Congreso del Partido Comunista de España

Queridos camaradas: Ante la imposibilidad de asistir personalmente a las sesiones de nuestro Congreso, os envío por escrito mi intervención que pensaba hacer ante vosotros.

Los comunistas madrileños os saludamos muy cordialmente a todos y muy particularmente a los redactores de «Mundo Obrero» rojo que tan importante papel está desempeñando en Madrid.

Varias células del Partido y una gran cantidad de camaradas que no están aún organizados en nuestra ciudad, hemos estudiado detenidamente el Proyecto de Tesis para la preparación del VIII Congreso de nuestro querido Partido Comunista. Hemos leído, también, las Propuestas de modificaciones para los Estatutos. Os queremos decir que todos, sin excepción, hemos sentido una gran satisfacción y ha sido para nosotros como un bálsamo para tranquilizar nuestros nervios, bastante martirizados ante tanta absurdidad que vemos en estos momentos por parte de los eternos triunfalistas de Carrillo.

No queremos negaros que la situación moral de muchos excelentes camaradas y militantes de nuestro Partido en Madrid es baja. En muchos hay confusión y alarma. Pero, ¡que quede claro!, la causa de ello es la política del grupo que encabeza Santiago Carrillo.

Pero somos muchos los que hemos sabido superar esa situación y presentamos combate a los traidores carrillistas.

Todos sin excepción anhelábamos la celebración del VIII Congreso, incluidos los que estaban abatidos por tantos desengaños. Por eso os puedo decir, en nombre de unos y de otros, que el VIII Congreso será para nosotros un arma extraordinaria para galvanizar a unos y para estimular a otros.

Aquí los carrillistas no se atreven a expulsar abiertamente como lo hacen en otras partes sino que lo hacen de una forma solapada. Poco a poco se elimina a los militantes y cuadros dirigentes, sobre todo a los más antiguos y experimentados, y así, escalonadamente, la dirección de los sectores y células de nuestra organización han ido pasando a hombres fieles al carrillismo.

Os puedo citar el caso de los camaradas que estaban al frente del sector más fuerte de Madrid, X. La mayoría de ellos han sido eliminados y entre ellos el que hacía de secretario político, un camarada firme e inteligente, con temple de acero. Sin decirles ni palabra se les sustituyó por otros. Los resultados son que hoy el sector X, de una gran concentración obrera, que era antes un torbellino en acción, es totalmente diferente, duerme como nunca la pasividad de una mala organización.

¿Por qué se les expulsó a esos camaradas? Pues por la sencilla razón de no estar de acuerdo con la posición carrillista sobre Checoslovaquia y porque defienden a la Unión Soviética contra los ataques carrillistas.

En otros lugares de Madrid, la mayoría de los viejos militantes comentan con indignación y pena la lamentable situación del Partido. Todos están de acuerdo en que jamás nuestro Partido sufrió una crisis tan profunda; en que jamás en la prensa clandestina del Partido se escribieron cosas tan infames como, por ejemplo, el antisovietismo que contienen casi todos los números de Mundo Obrero negro. Es intolerable que mientras que se inventan «teorías» contra la URSS, se silencien los éxitos de la construcción del socialismo y del comunismo en la Gran Unión Soviética y en todos los países socialistas, sobre todo, en los del Pacto de Varsovia. En cambio se ensalza y se pone por las nubes a los dirigentes que atacan a la Unión Soviética dentro del mundo socialista. Ultimamente, en la revista de los «intelectuales comunistas» que se llama «Revolución y Cultura» hemos podido leer un largo artículo sobre el programa de Unidad Popular en Chile, para llegar a la conclusión de que los chilenos siguen las teorías de Carrillo, que ese programa y el «Pacto para la libertad» son una misma cosa. ¡Que farsantes!

En esa revista antisoviética y anticomunista que hacen un grupo de seudointelectuales carrillistas, hemos leído varias veces, asombrados y confusos, cantos a Trotski y a sus teorías, es decir, que el trotskismo es un buen guía y ejemplo para los carrillistas.

Muchas otras cosas extrañas tenemos que leer en los periódicos que se hacen con los dineros de los obreros, pero una de las cosas que más nos duele es leer cada día en la prensa de esos malvados, un triunfalismo suicida. Parece como si el triunfo de las fuerzas democráticas españolas estuviera a la vuelta de la esquina.

Las consignas carrillistas son un miserable engaño y, a veces, hacen caer a camaradas honrados pero inexpertos en el sueño de un próximo triunfo.

Estos mercenarios de la pluma escriben a veces el nombre de Lenin en nuestros periódicos pero la verdad sea dicha, el carrillismo es la antítesis del leninismo.

El subjetivismo carrillista es terrible en todas sus formas pues ellos tienen máquinas y aparato para difundirlo y esto es lo más lamentable, pues nosotros, todavía, no podemos competir con ellos en cuanto a medios.

Aquí tiene Carrillo algunos discípulos aventajados. Se comportan como verdaderos jesuitas, tiran la piedra y esconden la mano. Hay que decir que son ya muchos los camaradas que empiezan a sospechar del por qué de tantas «zonas de libertad» para estos elementos. Hay algún «estratega» que lo mismo da a entender que él está contra Carrillo que al día siguiente le colma de elogios. Todo depende de con quien se reúne. Pero sobre todo lo que hace ese jesuita es atacar a la URSS y a los países del Pacto de Varsovia.

Sobre la Juventud Comunista os puedo decir que ha sufrido muchos golpes. Pero es una gran esperanza que son muchos los camaradas jóvenes que no tragan las consignas carrillistas

y que se niegan a hacer de conejos de Indias como ocurrió hace pocos días en un importante barrio de Madrid.

Camaradas: Os he explicado brevemente la verdad de lo que pasa aquí. Entre nosotros debemos ser sinceros y no ocultar la verdad a los camaradas.

Pero, es cada día mayor el número de los que nos enfrentamos al carrilismo. Estamos en un período de organización intenso. Mientras que nosotros vamos hacia adelante, los carrilistas, es decir, el aparato carrilista, va hacia atrás. El Congreso nos ayudará extraordinariamente para derrotar al carrilismo. Por eso, cuando sea conocido, causará enorme alegría. ¡Muy bien, camaradas de la Comisión Preparatoria! Puede ser que algunos protesten, pero serán, estoy seguro, los mismos que desde el primer día, sin estar de acuerdo con Carrillo, van pasando todo, aquantando con sumisión y siempre encontrando alguna justificación. Las opiniones de esos camaradas no son las que nos interesa seguir. Con nuestro Congreso tendremos ya, no sólo de hecho sino también de derecho, el Partido Comunista de España, el Partido de José Díaz, de Pedro Chaca, de Girón, de Mesón, de Medrano, de los que defendieron Madrid contra los fascistas en 1936, de los que se batieron en octubre de 1934, de los que lucharon durante los años del terror franquista, de las trece Rosas, de Julian Grimau y de tantos otros.

Ese gran Partido resurge como el ave Fenix, pese a Carrillo y a Franco, pese a todos los traidores habidos y por haber.

¡Viva el Partido Comunista de España!

¡Viva la Unión Soviética!

¡Viva el socialismo y el comunismo!

¡Adelante, hasta la victoria!

SEGURIDAD Y EFICACIA

(De nuestro corresponsal Ramón Moreno, con motivo del VIII Congreso del Partido Comunista de España)

La única manera de avanzar en nuestro camino es conocer todas las dificultades de que está empedrado. Después de tantos años de falsas ilusiones, de descalabros, de ligeros avances y de retrocesos, el pueblo quiere oír las verdades de puño cerrado, las verdades sencillas y evidentes.

Estas semanas han sido muy duras en todo el país. Cuando denunciábamos las insuficiencias y el escaso nivel de las luchas habidas contra el Consejo de Guerra de Burgos, clamábamos por una dirección verdaderamente revolucionaria que supiera conducir a los obreros. Decíamos entonces —y confirmamos hoy— que la clase obrera estaba huérfana de dirigentes y huérfana de consignas claras y combativas. De haber existido una dirección auténticamente enraizada con los trabajadores, que hubiera sabido ponerse a su cabeza, otro gallo habría cantado en el país. También anunciábamos entonces que esa falta de dirección traería consecuencias peores. Los hechos —desgraciadamente— han confirmado nuestra advertencia.

¿Qué ha ocurrido desde entonces? La represión se ha extendido a lo largo y a lo ancho del país; las Jefaturas de policía de la mayoría de las ciudades no han podido albergar al gran número de detenidos. Centenares de comunistas han sido cazados implacablemente, metódicamente, noche tras noche, ante la indiferencia o la ignorancia de unos y la impotencia de otros. Los gobernadores civiles, para quienes la suspensión del artículo 18 ha significado un auténtico levantamiento de la veda, han llenado las cárceles provinciales de buena parte de nuestros mejores luchadores. Durante estos cuatro últimos meses, la realidad, la triste realidad, ha confirmado dos errores fundamentales que la clase obrera está pagando muy caros. La «salida a la superficie», proclamada por la política aventurera e irresponsable de Santiago Carrillo y su grupo fraccional, ofreció en bandeja a la policía a un buen montón de camaradas. La «salida a la superficie», como consigna suicida y antipartido, ha provocado el desmantelamiento de una serie de organizaciones y, en especial, del aparato de propaganda. En compensación no ha obtenido ni una sola de las promesas que S. C. había establecido.

Por otra parte, muchos trabajadores e intelectuales honestos y combativos, a quienes consideramos como comunistas y que un día formarán en las filas del verdadero Partido Comunista, se encuadraron en las filas de otras organizaciones autotituladas de marxistas-leninistas, rechazando las consignas carrillistas. Estos hombres menospreciaron de hecho los métodos de organización leninista y, también desgraciadamente, están pagando caro su error. Un Partido Comunista no se improvisa fácilmente. No basta con crear una organización más o menos rudimentaria. No es suficiente coincidir en una crítica del carrillismo, por más acertada y justa que sea, sin haber formado al mismo tiempo los cuadros de dirección en la disciplina y en el centralismo democrático. Por eso, las escisiones en los Partidos Comunistas acarrearán graves perjuicios, debilitan la acción y minan la combatividad y la eficacia de la clase obrera.

La única salida viable es recuperar la dirección y las organizaciones del Partido, extirpar el oportunismo, eliminar implacablemente el revisionismo. Pero, no se trata de quemar las naves, ni de marcharse dignamente, dejando a los traidores el nombre, la historia, la tradición heroica, los métodos y los medios del Partido Comunista. Se trata de conquistarlo, desde dentro y también desde fuera, cuando se ha sido expulsado o marginado. Ahí está el verdadero significado de la unidad del Partido. **El Congreso, como autoridad suprema del Partido, reconquista la unidad sobre la base de las verdades incontrovertibles del marxismo-leninismo.**

Estos dos errores fundamentales no sólo han existido en la lucha cotidiana en las fábricas y en la calle, sino que se han manifestado también en la cárcel. El comunista es una persona sacrificada, voluntariosa y abnegada. Es el mejor hijo del pueblo. Pero, hay que extirpar una serie de hábitos que están perjudicándonos seriamente. Como «conspirador», como hombre organizado clandestinamente, el comunista ha de procurar que sus acciones sean siempre eficaces; ha de liberarse de prejuicios románticos y «misioneros». Esos se los dejamos a los cristianos. Por eso, no debe ir a la acción por la acción, no ha de descubrirse innecesariamente, ni ha de ofrecerse co-

mo víctima. Los comunistas no tenemos un sentido religioso de la vida. No queremos ser mártires. Estamos dispuestos a luchar, a entregar la vida si es necesario, pero nunca por una rutina, ni por un «gesto». Todas las acciones han de planearse con un criterio de eficacia. Hay que golpear y retirarse a tiempo. Un comunista sirve para algo muy importante en la calle, en la fábrica, en el campo.

Es posible que estas concepciones extrañen a algunos porque a lo largo de estos últimos años han sido totalmente excomulgadas por S.C. que sólo pretendía hacer mártires o líderes para dialogar con la burguesía. Pero, si se releen las consignas de Lenin —que hicieron posible la revolución— se verá que todas ellas estaban inspiradas por el deseo de mantener la seguridad de los revolucionarios y la eficacia de su lucha.

El VIII Congreso es el regreso a estos principios. Por eso, apoyándonos en él, los cuadros y militantes de nuestro Partido podremos ofrecer a las masas conciencia combativa, métodos de lucha y siempre seguridad. Sólo así ganaremos su confianza y nos seguirán.

A GRANDES MALES, GRANDES REMEDIOS

Saludo con todo entusiasmo la celebración del VIII Congreso del Partido Comunista de España.

Como viejo militante del Partido, salido de las filas de la J.S.U. Como combatiente de nuestra guerra, y como participante en los combates subsiguientes en el suelo francés contra el nazismo. Y como intelectual del pueblo, considero que el coraje político de los camaradas que han arrojado la responsabilidad de tomar el timón de nuestro glorioso navio merecen la adhesión y la colaboración activa de todos los que sienten latir su pulso al ritmo del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario, de la decisión de rescatar de las garras franquistas los destinos de nuestra Patria.

Bravo por haber echado por la borda al capitán pirata y a su tripulación, cuadrilla de compadres de fechorías. Mucho ha durado la mistificación y la usurpación. Cada día más, en sus manos traidoras, nuestro maravilloso navio navegaba por aguas turbias y se iba acercando a orillas infestadas de peligros.

Las razones por las cuales apruebo el nuevo rumbo, mejor dicho, que después de haber navegado a la deriva dando bandazos, los actuales pilotos, siguiendo el soplo favorable de la masa del Partido, están enderezando valientemente el rumbo del que nunca debió desviarse nuestra causa. Considero que no es posible que se pueda ser al mismo tiempo comunista y antisoviético. ¿Qué aberración es esa?

Permanecer inactivo cuando se es testigo de que paralelamente a un verbalismo formalista de adhesión a ciertos principios, los «sabios dirigentes» destilan en todos los escritos y discursos insidias y calumnias similares a las que escribe la prensa reaccionaria dócil al capitalismo. Calumnias y ataques dirigidos venenosamente contra los partidos hermanos que tra-

tan de edificar el socialismo en sus respectivos países y que tanto hacen por todas las causas nobles: ayuda al Vietnam libre, a los pueblos árabes que quieren ser libres, etc., no es posible la pasividad.

Cuando vemos que para España proponen la sempiterna «huelga general», una curiosa «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura», un «pacto para la Libertad» (con mayúscula claro está, así la abstracción es más bonita) y toda una serie de «enfoques» que no pueden maquillar la fétida mercancía que pretenden pasar de matute. Sin olvidar los coqueteos con los «oponentes» que forman parte de las estructuras estatales del franquismo, al cual han servido, sirven y no renuncian a servir, y que no pueden ser nuestros aliados.

Así pues, por los acuerdos adoptados y por las perspectivas que marca, me atrevo a decir que el VIII Congreso de nuestro Partido es un Congreso histórico. Congreso que no tolera la duplicidad, más que contradicción, entre las palabras de Dolores Ibárruri en el XXIV Congreso del P.C.U.S., de amor hacia la Unión Soviética, y el encubrir todas las acciones y declaraciones antisoviéticas de S. Carrillo y los suyos.

Marcos ORELLANA

LOS COMUNISTAS RESIDENTES EN CUBA A LA COMISION ORGANIZADORA DEL VIII CONGRESO DEL P.C:E

Camaradas: En primer lugar un saludo a los compañeros que como comisión organizadora del 8º Congreso de nuestro Partido se encuentran trabajando en su organización.

Hemos celebrado la Primera Conferencia de los comunistas españoles residentes en Cuba. Hace muchos años que no experimentamos una satisfacción colectiva tan grande al sentirnos libres de presiones y estimulados por un sano espíritu revolucionario y fraternal.

Sabemos que hemos tomado sobre nuestros hombros una claudicante y evitar que se convierta definitivamente en un claudicante y evitar que se convierta definitivamente en un partido obrero burgués; lograr que todos o la inmensa mayoría de comunistas españoles residentes en Cuba comprendan que Carrillo y sus escuderos jamás serán los impulsores de la Revolución socialista en España, que la defensa del marxismo-leninismo necesita que los mejores comunistas vengán a nuestro lado, junto a las fuerzas sanas del PCE. Y cumpliremos esta honrosa tarea cualquiera que sea el esfuerzo que se requiera.

Os delegados e invitados a la Conferencia os participamos nuestra confianza y nuestra seguridad de que el VIII Congreso que estáis organizando será un triunfo completo para las ideas leninistas y un sensible golpe al revisionismo español. La causa de la revolución socialista española recibirá un fuerte impulso con nuestro Congreso leninista. Todavía no nos siguen todos los miembros honestos y firmes del PCE, pero las resoluciones del VIII Congreso ayudarán en gran medida a esclarecer la verdadera situación por que atraviesan los comunistas espa-

ñoles, a deslindar los campos de la revolución y del reformismo expulsando de la dirección a la escoria oportunista y reformista. La responsabilidad histórica del Congreso es inmensa, pero confiamos en que sabréis asegurar la victoria completa de nuestra causa.

¡Viva el VIII Congreso leninista del Partido Comunista de España, Congreso de rescate del Partido y de su retorno al camino del marxismo-leninismo!

¡Viva la lucha de la clase obrera y de todo el pueblo español por la libertad, la democracia y el socialismo!

¡Viva la Alianza Obrera y Campesina!

¡Viva la Alianza Obrera y Campesina!

¡Viva el internacionalismo proletario!

Por la Conferencia, el presidente

EL VIII CONGRESO AL COMITE CENTRAL DEL P.C.U.S.

Queridos camaradas:

Al dar fin a sus labores, el VIII Congreso del Partido Comunista de España, que ha enarbolado la bandera invencible del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, envía a vuestro Partido un caluroso y fraternal saludo y le desea los mayores éxitos.

Estamos seguros que la plasmación del Noveno Plan Quinquenal de Desarrollo Económico será un jalón decisivo en la edificación del comunismo en la URSS, multiplicará el poderío del gran País de los Soviets y creará una vida mejor y más bella, más acomodada y rica en contenido para todos sus ciudadanos.

Las decisiones del XXIV Congreso del PCUS contribuirán a reforzar el sistema socialista mundial en la confrontación económica y militar, social y cultural, entre los dos sistemas, el socialismo y el capitalismo, y representará un apoyo directo al movimiento comunista internacional y a las fuerzas que combaten contra el imperialismo, por el mantenimiento de la paz y el progreso social.

En su duro batallar por la regeneración del Partido Comunista de España, los comunistas españoles nos inspiramos en el PCUS, ejemplo de fidelidad a las ideas inmortales de Marx-Engels-Lenin, y en su intensa actividad ideológica y teórica frente a las adulteraciones del revisionismo moderno, ya sea de derecha o de «izquierda», y al anticomunismo.

Los delegados al VIII Congreso del Partido Comunista de España manifestaron en sus intervenciones su solidaridad inquebrantable con la Unión Soviética y los demás países socialistas y su decisión de hacer de nuestro Partido, por encima de todo, la vanguardia combativa y revolucionaria de los trabajadores españoles que tiene por misión forjar en éstos una conciencia de clase, organizar sus filas y conducirlos a la victoria de la democracia y el socialismo en España.

La Presidencia del VIII Congreso del Partido
Abril de 1971

Comunista de España.

MINISTERIO
DE CULTURA



¿QUIEN MINA LA UNIDAD DEL PARTIDO?

(Opiniones sobre hechos concretos y planteamientos de Santiago Carrillo)

El documento que reproducimos a continuación, apareció en el mes de Noviembre de 1969, y fue elaborado por un grupo de militantes responsables del P.C. de España.

Nuestra Bandera considera que su publicación en estas circunstancias constituye una valiosa aportación para la educación teórica de los militantes de nuestro Partido.

Nuestro Partido está atravesando una situación crítica cuyo síntoma más visible es el descontento que invade a organizaciones enteras ante el proceder de la dirección. En un Partido de tan larga tradición combativa y de tan accidentada historia, un estado febril de tal naturaleza no puede provenir exclusivamente de la voluntad arbitrista de sujetos aislados, tiene que tener y, a nuestro juicio, la tiene, causas objetivas profundas radicadas en la propia estructura del Partido, en las relaciones dirección-masa de afiliados. Es evidente que la atmósfera interna del Partido implica una crítica real al grupo de dirección, que se manifiesta en la pasividad con que la base del Partido acoge iniciativas y explicaciones de la dirección, en la abierta desaprobación de otras como, por ejemplo, la posición de un grupo de la dirección sobre los acontecimientos de Checoslovaquia, el «neutralismo» ante las provocaciones antisoviéticas de los maoístas, etc., o en la condena abierta de la política represiva encarnada por Santiago Carrillo, que golpea a camaradas ligados al trabajo del interior, como Eduardo García y Agustín Gómez y otros muchos exonerados por desaprobar unas posiciones políticas y unos métodos que atentan a la unidad del Partido y al centralismo democrático. Todo indica que «la puesta al día» tiene que empezar por casa, por el Partido, y que en las condiciones actuales no podemos permanecer impasibles esperando que «allá arriba» se resuelvan o empeoren las cosas. Todos los miembros del Partido queremos saber de qué se trata; ¿quién mina la unidad del Partido; qué es lo que niega el centralismo democrático y dónde se tergiversa la esencia revolucionaria del socialismo científico marxista?

Eso es lo que se intenta con estas notas.

Para comenzar debemos examinar las elaboraciones ideológicas de Santiago Carrillo (1), agrupándolas en cinco grupos de problemas: 1) características de la época actual y de las fuerzas motrices de la revolución, 2) la lucha entre los dos sistemas mundiales, 3) problemas del sistema socialista, 4) desarrollo de la teoría marxista por el PCE y 5) situación y papel del PCE. Seguidamente, intentaremos una síntesis que nos aproxime al por qué de esta situación y a las posibles perspectivas de solución.

1. CARACTERISTICAS DE LA EPOCA ACTUAL Y DE LAS FUERZAS MOTRICES DE LA REVOLUCION

Partiendo de la tesis justa de que vivimos en «un mundo de transición del capitalismo al socialismo», S. Carrillo incurre en un error mecanicista al decir que eso equivale al pasaje de «una revolución industrial a una revolución científico-técnica» (L.S. pág. 15).

En primer lugar, esa afirmación encierra una redundancia, pues, todas las revoluciones industriales han tenido como basamento saltos cualitativos en la ciencia y en la técnica. La raíz de su error consiste, a nuestro juicio, en establecer un paralelismo mecánico entre los cambios que se operan en las fuerzas productivas (instrumentos de trabajo), objetos y capacidad laboral humana) y las transformaciones de la estructura social. Una manifestación de ese paralelismo sumario aparece en el mismo escrito de S.C. (p. 17) cuando dice: «los intelectuales y los estudiantes que antes pasaban al campo de la revolución eran casos individuales...» pero «lo que antes era un fenómeno individual se convierte hoy en un fenómeno colectivo». De ahí concluye que los intelectuales y los estudiantes se han convertido por su condición social, en fuerza de trabajo al igual que los obreros, en «una ruedecita más del mecanismo de producción capitalista» (L.S. p. 18). Esos sectores se percatarían —según Carrillo— de su subordinación al capital y por eso se transformarían, en bloque, en una fuerza motriz de la revolución. Ese razonamiento sirve luego de base a la fórmula «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura», considerada por su autor «como la concepción que corresponde al espíritu del leninismo», como «el camino seguro de la revolución...» (p. 26).

Según esa lógica la estructura de la sociedad capitalista de los países desarrollados y también la de España, estaría polarizada en dos campos netamente diferenciados: de un lado, la burguesía monopolista y sus asociados, de otro, los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, capas medias y burguesía no monopolista, que forman o pueden formar la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura».

A nuestro juicio este enfoque simplifica el complejo tejido de la estructura de la moderna sociedad capitalista, al desconocer que paralelamente al aumento del número de trabajadores asalariados y a la extensión de los límites de la clase obrera con la incorporación de categorías de técnicos e intelectuales de la producción, se opera un desarrollo de los mecanismos estatales y privados de acoplamiento e integración (ampliación de los consumos, «participación» en los beneficios, «difusión» de los capitales por acciones, extensión de los servicios de previsión social, manipulación de la opinión pública a través de los medios de comunicación de masas (publicidad, radio, televisión, enseñanza). Esto indica que no hay automatismo entre la condición de dependencia económica y social respecto a los monopolios y su Estado y la toma de conciencia de los intereses antimonopolistas y anticapitalistas de todos esos sectores, cuyas funciones no están vinculadas *directamente* (en la mayoría de los casos) a la producción capitalista. No se puede generalizar del modo que lo hace S.C. afirmando que todos esos sectores «insurgen» contra el capitalismo y «optan» por el socialismo. El aumentar la dosis de entusiasmo puede convertirse en un autoengaño, cuya primera víctima sería el Partido. Pues es obvio que no todas las clases subordinadas en la sociedad capitalista tienen contradicciones antagónicas con las clases dominantes (así la burguesía no monopolista y los pequeños propietarios no capitalistas tienen de común con los monopolios capitalistas la propiedad privada sobre los medios de producción, por eso dentro de ciertos límites pueden coexistir y hasta armonizar). Entre la condición social de un grupo o categoría de individuos y la toma de conciencia de sus intereses sociales antimonopolistas, media un espacio donde se libra una lucha ideológica, política, económica, entre las clases y sus partidos. Esa lucha exige hoy al partido de la clase obrera el conocimiento real de esa compleja realidad, que no puede ser improvisado con ensayos político-litera-

rios, sino que reclama un serio análisis sociológico marxista del movimiento intelectual y la formulación de una alternativa coherente, para aquellos grupos que pueden llegar a romper con la sociedad capitalista y a orientarse hacia el socialismo en alianza con la clase obrera. Es lógico pues, que en torno a los intelectuales (en su acepción más amplia incluiríamos en ese concepto a sacerdotes, estudiantes, militares, funcionarios técnicos) se libere una lucha de captación, entre la burguesía «neocapitalista» y el proletariado organizado. En esa lucha la burguesía cuenta con grandes ventajas objetivas plasmadas en los mecanismos de «integración» de la llamada sociedad de consumo, mientras que el Partido Comunista y las otras organizaciones revolucionarias sólo cuentan con el prestigio moral del socialismo mundial, con la fuerza y eficacia de su propaganda y organización.

Es indudable que la actividad intelectual, y por tanto sus protagonistas los intelectuales, cobran cada vez mayor importancia a medida que crecen las aplicaciones de la ciencia y la técnica, a medida que se desarrolla la información, la cultura y la dirección tecnificada de la sociedad y del Estado. Mas esto no supone que los intelectuales se han convertido en una clase social específica o que se han «fundido» completamente a la clase obrera. Una parte de los intelectuales, especialmente aquellos cuyos actividades se desarrollan en la esfera productiva, se convierten en trabajadores y su condición social y su toma de conciencia, se va aproximando, aunque de manera desigual, a la de la clase obrera en los países industrializados y desfeudalizados. Pero el papel de esos trabajadores intelectuales en la revolución no puede estar condicionado por lo que sus grupos más radicales piensan o por sus críticas radicales al capitalismo sino por el lugar que ellos ocupan en la ciencia, en la enseñanza y en la tecnología de los distintos países, a tenor con el grado de desarrollo de éstos, según la contradicción más o menos marcada entre lo que son y lo que pueden ser, dadas unas condiciones objetivas. Con todo, no cabe duda de que su toma de posición política dependerá mucho del grado de hegemonía alcanzado por la clase obrera en el movimiento democrático y anticapitalista. Para aceptar la dirección de la clase obrera, los intelectuales como grupo social tienen que haber pasado una «experiencia aunque su «concienciación» pueda verse muy acelerada por el conocimiento teórico. En resumen, la aceptación de la dirección de la clase obrera por los intelectuales en el proceso revolucionario no es automática, sino que pasa por una experiencia de lucha social y sobre todo de lucha teórica.

En todo caso, sería ingenuo pretender que todos los sectores perjudicados en grado diverso, por la política del capitalismo monopolista de Estado (3) se conviertan o puedan convertirse automáticamente en fuerzas activas anticapitalistas. No podemos olvidar que los monopolios dominan en «alianzas» con otros grupos sociales, valiéndose de un mecanismo estatal y privado muy complejo que, lógicamente, tiene sus beneficiarios. En una palabra, el Capitalismo Monopolista de Estado desarrolla y agudiza las contradicciones sociales, pero también «compromete» e «integra» en sus redes a sectores sociales que le apoyan o permanecen pasivos. Estas son verdades elementales que deberíamos librarnos de las simplificaciones ingenuas.

2. LA LUCHA DE LOS DOS SISTEMAS SOCIALES: (CAPITALISMO-SOCIALISMO)

S. Carrillo reconoce que la contradicción fundamental es la que enfrenta el socialismo-capitalismo, pero según él «la primera línea de lucha entre los dos sistemas pasa por los países capitalistas» (4). De ahí deduce que la lucha por el socialismo debe tener un carácter eminentemente nacional y estar dirigida por partido fuertemente enraizado en cada país. Nadie puede objetar la idea justa de reforzar los nexos que unen a cada partido a la sociedad nacional. Es indudable que el reconocimiento de la contradicción fundamental (la que existe entre el sistema imperialista y el sistema socialista mundial) no

nos ofrece soluciones y respuestas hechas para el análisis de las contradicciones internas (burguesía-proletariado, por ejemplo) en cada país capitalista, pero eso no quiere decir que la contradicción entre la burguesía y el proletariado esté aislada y, menos confrontada, con la contradicción fundamental del mundo actual. El vínculo entre esas dos contradicciones (o dos planos de una contradicción esencial) no es puramente histórico, sino que entre una y otra hay unidad de esencia: el sistema socialista es fruto del desenlace revolucionario de la contradicción burguesía-proletariado, primero en la URSS y sucesivamente en otros países socialistas. Y una vez surgido, el sistema socialista sigue «deformando» al mundo no socialista, al sistema capitalista, influyendo en su crisis general interna. Por eso podemos decir que la rivalidad entre los dos sistemas mundiales (en el terreno económico, militar, político, ideológico, filosófico; etc.) constituye el principal condicionamiento externo de la lucha de clases en todos los países capitalistas. Claro está, esa contradicción básica entre los dos sistemas no se deja sentir uniformemente en cada uno de los países de hegemonía imperialista y su irradiación puede tener y tiene efectos muy diferentes en el desarrollo concreto del proceso revolucionario puesto que la misma actúa a través de las condiciones específicas de cada momento y país dado. Así vemos que los factores externos favorecieron en un momento dado el triunfo del movimiento de emancipación nacional en una serie de países, la opción socialista de Cuba y la perspectiva socialista en Argelia, mientras que en otras circunstancias la contrarrevolución se impuso en Ghana e Indonesia.

En todos los casos lo inmediatamente actuante es la lucha de clases del país dado, pero en el contexto exterior concreto de lucha de clases entre los dos sistemas («coexistencia pacífica»). El discriminar diciendo que la primera línea de la lucha está en los países capitalistas, como queriendo decir que los países socialistas sólo serían (en la lucha contra el imperialismo) una especie de plataforma o base de abastecimiento, es una elucubración artificiosa y confusionista muy alejada de la realidad en que vivimos. A nuestro juicio, las divergencias de enfoque sobre los sucesos de Checoslovaquia, arrancan de esa misma separación arbitraria entre la lucha de clases a escala internacional y el desenvolvimiento de la lucha de clases en una sociedad socialista «en crisis», según la conocida acepción de Husak.

Al caracterizar la situación del mundo imperialista S.C. ofrece una interpretación particular del concepto de «crisis general del imperialismo» (5). Como ya vimos, S.C. absolutiza el carácter anticapitalista y prosocialista de los movimientos intelectuales, juveniles y de aquellos otros vinculados a la crisis de las formaciones ideológicas religiosas. En esa absolutización cabalga toda la originalidad de sus razonamientos que se extiende al conjunto de la problemática del mundo moderno. En general, parece que la actualización de la teoría revolucionaria sea cuestión de simples cambios de palabras («agudización de la crisis del imperialismo», «contestación» e «impugnación del capitalismo», por lucha de clases, etc.). El desarrollo teórico sólo puede basarse en el estudio de los intereses y de la situación de las clases, de sus organizaciones, de las tendencias del capitalismo y de sus contradicciones concretas, en una palabra, de lo que la sociedad capitalista es y no sólo de aquello que sus críticos dicen *ser y querer* (neocomunistas contestatarios, etc.). La cuestión no está, pues, en rechazar un supuesto «modelo soviético» u otro, sino en salir realmente del utopismo, pues como bien decía un agudo publicista, «sería singular que el marxismo, surgido hace más de cien años, como superación del socialismo utópico, recayese al juzgar la realidad soviética en actitudes utópicas... en una escisión total entre la realidad y un modelo abstracto, entre el *ser* y el *deber ser*» (6).

En este sentido, debemos evitar el confundir la supremacía del socialismo sobre el capitalismo en el orden social (propiedad socialista de los medios de producción, liquidación de la explotación y de las desigualdades sociales entre los hombres) con los desniveles materiales en la esfera de la producción, en la tecnología y en ciertos consumos que perduran y perdurarán durante cierto tiempo.

De otro lado, a la luz de las realizaciones de la URSS y otros países socialistas, tampoco parece correcto condicionar la superación del desnivel de desarrollo económica, científico y técnico entre países desarrollados y subdesarrollados, al triunfo de la revolución socialista en los países capitalistas más industrializados (7). Pues de aceptar la tesis de S.C. («la solución del desfase entre unos y otros países no puede verse si no es ligada a las victorias de la revolución en los países desarrollados»), resultaría que la industrialización de la URSS y otros países socialistas, la superación de su atraso económico y científico-técnico, son irrepetibles o no cuentan para nada. Más aún, toda la estrategia de ayuda económica y técnica y de lucha por la emancipación económica del mundo subdesarrollado, carecería de perspectiva real hasta tanto no triunfase la revolución en EE.UU., Europa Occidental y Japón, o sea, en el núcleo de países capitalistas de alta industrialización. En definitiva, se tendría que llevar a reconocer la subordinación objetiva del progreso del mundo subdesarrollado al proceso de maduración de la revolución en un puñado de países capitalistas industrialmente desarrollados.

Si hubiese un fatalismo que impidiera a los países subdesarrollados superar su atraso antes de triunfar la revolución en los países desarrollados, tendría base un policentrismo (dirección del movimiento comunista desde varios centros regionales) que el propio Carrillo rechazaba hace unos años.

Examinando los escritos de S. Carrillo vemos que para él los signos distintivos de la «agudización de la crisis del imperialismo» son: 1) la derrota del imperialismo norteamericano en Vietnam 2) la impugnación de la sociedad capitalista y 3) la rebelión de la juventud (8).

¿Cuál es el criterio que, a nuestro parecer, debe adoptarse para juzgar la crisis de un sistema socio-económico como el capitalista (teniendo en cuenta que coexiste con el socialismo, pero que hasta ahora el capitalismo tiene más poderío productivo, tomado como sistema mundial)?

En primer lugar creemos que se debe entender por crisis general del sistema capitalista una situación cualitativa que afecta a la estructura y a la superestructura (9) y que supone el agotamiento de las posibilidades objetivas de supervivencia histórica del sistema. El estado de crisis supone que en el seno del sistema dado han surgido tendencias y fuerzas sociales en conflicto con el orden dominante que luchan por su superación, por alcanzar un nivel superior de la organización productiva y de la civilización.

La revolución socialista genera la crisis del sistema capitalista mundial al superar la contradicción fundamental entre el capital y el trabajo. Paralelamente se despliega una nueva contradicción fundamental en el plano mundial: la contradicción entre el socialismo y el capitalismo.

Esas tendencias aparecen plasmadas a la lucha de una serie de países que pugnan por romper con el imperialismo. La crisis del sistema capitalista se expresa además en la irracionalidad, en el crecimiento discontinuo y unilateral de las fuerzas productivas (el progreso técnico está monopolizado por unos cuantos países imperialistas y en pocas ramas, fundamentalmente vinculadas a la militarización), en el reforzamiento de las élites autocráticas que usurpan la mayor parte de las ventajas reportadas por el avance de la ciencia y de la tecnología, en la agudización y extensión de los conflictos de clase.

Si nos detenemos a reflexionar un poco en estas cosas, podemos ver que los síntomas de «agudización de la crisis general del imperialismo» apuntados por S.C. se refieren esencialmente al plano político-moral y dejan en la sombra la conexión que los nuevos fenómenos tienen con la estructura material de la sociedad.

La marcha general de la crisis del capitalismo, su agudización, está condicionada por una serie de factores: 1) por la correlación de fuerzas en el orden económico, militar y político, técnico y científico, entre los dos sistemas mundiales 2) por la correlación de las fuerzas de clase en el interior de cada país capitalista desarrollado y 3) por la marcha del proceso de emancipación política

y económica de los países del llamado «tercer mundo». El desenvolvimiento de estos grupos de contradicciones presenta un cuadro muy abigarrado de situaciones, entre las cuales hoy podemos destacar los éxitos militares de la resistencia vietnamita, obtenidos con el apoyo decisivo de la URSS y otros países socialistas; los nuevos movimientos cívicos de protesta contra el autoritarismo y el belicismo imperialistas. Sin embargo, la rivalidad económica, científica y político-militar entre los dos campos mundiales no presenta, en el último período, cambios espectaculares a nuestro favor. De todo esto se desprende que la marcha de la crisis del sistema capitalista no es un proceso rectilíneo, sino más bien sinuoso.

Creemos ver en el razonamiento de Carrillo una especie de movimiento pendular, pues unas veces sobreestima el papel de las ideas y planteamientos políticos, dejando en la sombra a las fuerzas reales y movimientos económicos, incurriendo así en eso que llaman «ideologismo», y otras veces vincula de una manera sumaria e inmediata las realidades económicas a sus consecuencias sociales y políticas, incurriendo en absolutizaciones «economicísticas».

Para ser más concretos veamos un ejemplo de absolutización de momentos superestructurales, referido a la situación española.

S. Carrillo escribe que «el capitalismo monopolista de Estado es un conjunto de superestructuras, bajo las que se mantienen muchas de las estructuras del viejo capitalismo» (10). Esa afirmación encierra en sí un doble mecanicismo: primero, por tomar «mecánicamente» una cita de Lenin referida a otro argumento, y 2º al dislocar arbitrariamente dos partes de un bloque estructura + superestructura que alcanza su más alto grado de engarzamiento en el sistema del Capitalismo Monopolista de Estado. Señalaremos de pasada que la interpretación de S.C. marca un paso atrás respecto al programa del P.C.E., aprobado por el VI Congreso, el cual recogía una tesis de Lenin, señalando que «del capitalismo monopolista no se puede volver atrás, a un neoliberalismo económico, como utópicamente sueñan algunos pequeñoburgueses; se puede únicamente ir hacia adelante hacia el socialismo (11).

¿Qué consecuencias políticas se derivan de la consideración de que el C. M.E. es sólo superestructura, (es decir, instituciones estatales y demás andamiaje político, jurisprudencia, formaciones ideológicas etc...)? Pues la de que es posible amalgamar una «alianza de fuerzas del trabajo y de la cultura» con un contenido de clase muy difuso la cual «a través de largo período» de «una o dos generaciones», «sin expropiaciones» sino «integrando», llevaría a cabo una «revolución en la libertad». Se pinta la perspectiva, por cierto muy atrayente y loable, pero imposible dada la objetividad de los antagonismos de clase (que no hemos creado los comunistas), de que esa «transición no representaría una tragedia para nadie...» (12) y lanzado a navegar por el mar de las utopías, nos dice que «la opción que se plantea ante la pequeña burguesía, ante el conjunto de la burguesía no monopolista es: insertarse en la perspectiva de una democracia antifeudal y antimonopolista coexistiendo y colaborando durante una o dos generaciones con las formas de un capitalismo de Estado democrático, en el curso de un largo período en el que sus intereses están garantizados con la perspectiva de una integración personal y familiar progresiva en las formas futuras de la economía socialista» (13). Aunque nos parece imposible que se puedan sacar tantas palomas de un solo sombrero por muy diestro que sea el prestidigitador, creemos que el pronóstico merece dos observaciones: 1) S.C. enturbia completamente la diferencia que media entre la fase antifeudal y antimonopolista —que él mismo menciona infinidad de veces— y el período de transformación revolucionaria del capitalismo en socialismo (conocido en la lexicología marxista como «período de transición»), 2) ese «período» o «régimen de transición» de que nos habla, aparece con un contenido muy confuso, pues el problema central del mismo, el del desenlace de la lucha de clases (¿quién vence a quién?) se esfuma en un cuadro de armoniosa confraternidad de clases, para desembocar luego en un modelo de socialismo aséptico del que ya hablamos.

El error parece radicar en lo siguiente: a fuerza de acentuar las formas «nuevas» que el proceso puede revestir en España, S.C. vacía su contenido clasista para hacerlo aceptable por casi todos los grupos sociales.

3. PROBLEMAS DEL SISTEMA SOCIALISTA

En los escritos de S. Carrillo se hace referencia a una serie de problemas y dificultades reales de la formación del sistema de relaciones internacionales entre países socialistas y del interior de éstos. Tenemos, pues, una serie de problemas y de dificultades objetivas, en un proceso original que no tiene «modelos» de referencia, puesto que es la primera vez que se forma un sistema de países socialistas.

Al decir que no existe «modelo» de referencia del sistema de países socialistas, no queremos decir que el socialismo, tanto a nivel nacional como internacional, carezca de principios generales. Como se sabido, la esencia del socialismo tiene valor nacional y universal. Las formas esenciales de las relaciones socialistas tienen vigencia internacional: propiedad socialista —estatal o cooperativa— sobre los medios esenciales de producción; retribución con arreglo al trabajo; el hecho de que en todas partes el socialismo para serlo debe comportar un proceso de superación de las clases sociales y del Estado, que presupone la implantación de la dictadura política de la clase obrera con diversas formas; la dirección planificada y científica de la actividad económica y social y la hegemonía y dirección del partido de la revolución proletaria.

En los últimos escritos de S. Carrillo no asoma siquiera el intento de captar la naturaleza real de las contradicciones que aparecen en los países socialistas. Más aún, en los últimos tiempos nuestras publicaciones oficiales se contentan con registrar los problemas», adoptando una postura unilateral y supuestamente neutral cuando escriben que en el «mundo socialista» «hay intereses y razones estatales particulares» (14) y que «es un hecho evidente, innegable, que la tensión, la guerra fría (sic)? se instala en nuestro campo, en el campo socialista, entre China y la URSS, entre un grupo de países socialistas y otros, y ahora se ha agravado con la intervención en Checoslovaquia.»

Nos parece evidente que quien así escribe no quiere o no sabe intentar un examen histórico-político de las condiciones, problemas y responsabilidades concretas que comporta un proceso tan complejo y duro como es la construcción del socialismo. Al parecer teme que un buceo en la realidad podría empañar esa imagen idílica del «nuevo modelo» de socialismo aséptico que con tanta facilidad construye sobre el papel.

En lo que se refiere a las perspectivas del sistema socialista, S.C. adopta un tono bastante lúgubre cuando escribe: «tendremos más problemas, probablemente más... cuando en vez de 13 Estados poseamos 20 o 30». (15). Lo que más sorprende lo que después de unas declaraciones tan vehementes como las que aparecen en un artículo de pintoresco título («Ni santos ni locos») sobre las provocaciones chinas en el Usuri (16) que dice: «Nuestro amor por la Unión Soviética es muy grande; seguimos considerando su papel en el campo socialista como fundamental. Hoy como ayer nos batiríamos a su lado sin vacilar, hasta verter la última gota de sangre, contra cualquier enemigo imperialista». S. Carrillo limita su internacionalismo proletario a una serie de consejos platónicos sobre los temas más generales.

Por lo que conocemos a través de la literatura del Partido, todo se queda en desear «que los países socialistas avancen firmemente por el camino de la asimilación de las nuevas técnicas de producción que aporta la revolución científico-técnica...»; «que no aspiren a desarrollar simultáneamente toda la gama de producciones industriales...», que procedan a «una integración voluntaria más acentuada en el terreno económico» pero teniendo en cuenta «el respeto de los intereses nacionales legítimos y la soberanía de cada Estado» y también «la superación de los métodos burocráticos de gestión en los países socialistas» (17)

Nadie discute la legitimidad de esos buenos deseos (¿qué hombre progresista no va a desear todo eso y mucho más?), pero un partido revolucionario e internacionalista tiene que colocarse a otro nivel; tiene que esforzarse por comprender políticamente las exigencias concretas que el internacionalismo proletario plantea a los distintos países socialistas en su difícil obra de construcción de una nueva sociedad, y también a todos los partidos comunistas en la lucha general contra el imperialismo. Nos parece que limitarse a aconsejar a los países socialistas que se muestren «aplicados» asimilando las nuevas técnicas, no es lo que más va a facilitar la tarea de los comunistas en Occidente, puesto que los problemas son más complicados y no están sólo, ni mucho menos, en la idoneidad de unos dirigentes (soviéticos, checoslovacos, alemanes etc.)

A este respecto, aunque él las escuchó «in situ» que S.C. nos permita citar unas palabras de Longo, secretario general del PCI ante el Congreso del PCI: «Se equivocan profundamente aquellos que al analizar los problemas actuales del mundo socialista creen advertir en el carácter socialista de la sociedad un contraste entre una superestructura política estática y una sociedad industrial móvil y cada vez más evolucionada. Tal «análisis» olvida, simplemente, que si la URSS y, sucesivamente, los otros países socialistas han podido obtener éxitos tan rápidos en su desarrollo industrial, eso se debe a la estructura y superestructura socialista que están en la base de su nueva vida económica y social. Lo cual no quiere decir, al contrario, que en los países socialistas no haya hoy problemas sin resolver o problemas que surgen debido a la superestructura política del propio desarrollo... Pero se trata de problemas socialistas que pueden ser afrontados y resueltos sólo en el ámbito del sistema socialista» (18).

En lo que se refiere al deber internacionalista de los comunistas españoles, S. Carrillo nos repite una verdad de Perogrullo: «nuestro mejor aporte es hacer la Revolución en nuestro país». Es completamente natural que todo el esfuerzo literario de S.C. esté dominado por la idea de descubrir los puntos de menor resistencia del adversario para la lucha por la democracia y el socialismo, pero nos parece que el trato superficial que él da a muchos problemas complejos se debe al apresuramiento por confeccionar un «modelo perfecto» de socialismo, que amalgame a los grupos más dispares de la sociedad española, en un contexto internacionalista. En ese esfuerzo S.C. apela a Lenin y recusa el «cliché utópico» de que las revoluciones se hacen siguiendo todas un mismo patrón (19). Pero resulta peregrino el hecho de que después de rechazar con tanta vehemencia el dogmatismo, todos sus «nuevos enfoques» tienden a esbozar precisamente otro «cliché» o «modelo» de lo que él llama «revolución en la libertad». En sus previsiones para España («alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura», «democracia social», etc...), S.C. no parte de un análisis científico de la realidad económica, social y política del país (que el Partido no ha podido elaborar, en buena parte, por el ideologismo autosuficiente de S.C.), sino de supuestos generales, a nuestro juicio confusos, de la estrategia mundial y de la correlación de fuerzas políticas de las corrientes ideológicas y de los cambios conjunturales de la sociedad española. El resultado es que combatiendo de palabra el dogmatismo de otros, S.C. no se sitúa en el terreno del análisis y la discusión científica de los problemas reales de España, sino que se desliza continuamente a las «grandes verdades», a los fenómenos más espectaculares.

En otros de sus enfoques S.C. partiendo del hecho real de que en el Partido existen diferentes niveles de preparación cultural y política, establece dos categorías de militantes: los simples, que se guían exclusivamente por el instinto de clase y la fe ciega, y aquellos otros, «conscientes» gracias al «estudio atento de la línea política que viene elaborando y desarrollando nuestro Partido, y concretamente de una serie de trabajos y artículos publicados en estos años...» (20). Lo malo de los primeros camaradas sería según el articulista —que su instinto de clase, el instinto político antifranquista, esencialmente sano, aunque primarios» les ha llevado a disentir de la dirección en la apreciación de los sucesos de Checoeslovaquia.

Sin duda que la elevación del nivel de conciencia de todos los militantes es una tarea importantísima para que el Partido pueda cumplir su misión de vanguardia. Pero creemos que el desmontaje de esa «fe ciega en la URSS», de «ese instinto antifranquista sano aunque primario», no se quiere hacer mediante una superación del nivel teórico y de la conciencia colectiva del Partido. Veamos cual es el contenido de esa fe. En honor a la verdad tenemos que reconocer que S.C. recoge con fidelidad las ideas de Lenin cuando nos dice que el obrero se adhiere al socialismo siguiendo una vía diferente a la del intelectual: «El obrero —dice Carrillo (21) lucha por necesidad, por instinto de clase... A partir de una escuela básica que le proporciona la lucha misma, el obrero empieza a interesarse por la ciencia, a realizar esfuerzos por adquirir una comprensión racional de los fenómenos contra los que por instinto y por experiencia se levanta. La formación de la conciencia revolucionaria de la clase obrera es todo un proceso dialéctico en el que la participación en la lucha es el resorte decisivo».

Por esas mismas razones, justamente, muchos obreros españoles y de otros países capitalistas han asumido y asumen una actitud de instintiva solidaridad clasista y de compenetración con los valores históricos generales del mundo socialista. En fin de cuentas, esa fe no es un mito religioso, sino la conciencia empírica (como decía Marx) de unas vivencias reales de la clase.

Pero sigamos los razonamientos de Carrillo sobre este tema. Como la experiencia del socialismo está plasmada en la vida de diferentes países, él deduce que «nos encontramos en una situación en la que, antes de haberse resuelto a escala mundial la contradicción fundamental entre el capitalismo y el trabajo, antes de haber sido derrotado el imperialismo, se dan contradicciones entre Estados socialistas que revisten, en ciertos casos, formas agudas y serias. En esas contradicciones se manifiestan aspectos antagónicos, cuya raíz se encuentra en residuos de las relaciones burguesas que los Estados socialistas arrastran consigo durante cierto periodo (22). Aquí S. Carrillo abandona totalmente el principio marxista de la historicidad, según el cual «todo fenómeno histórico debe ser estudiado en sus características peculiares concretas, en el cuadro de su actualidad real, como desarrollo de la libertad que se manifiesta en fines, instituciones y en formas que no pueden ser confundidas o parangonadas en absoluto (salvo de una manera metafórica) con fines, instituciones y fenómenos del pasado» (23). Y al abandonar este principio metodológico es fácil caer en fatalismos extremos o en utopías inoperantes. Así, de la diversidad de situaciones e intereses nacionales en los países del campo socialista, S.C. deduce que con el extenderse de las relaciones socialistas a nuevos países, como éstas no son «puras», tiene que haber contradicciones antagónicas entre ellos. Por eso los partidos comunistas del mundo no socialista no deben, según él, identificarse con la política de ningún Estado socialista. La «no identificación» es una fórmula muy elástica y no queremos caer en un juicio de intenciones respecto a lo que S.C. quiere decir con eso, pero sería sorprendente que en un mundo dividido en sistemas sociales contrapuestos, un mundo atizado por duros combates de clase, hubiera comunistas españoles «neutrales» a la manera de aquella «no intervención» de tan trágica memoria para nuestro país.

¿Quiere decir esto que nuestra actitud debe ser de automática identificación con las opciones concretas de cada país socialista y de cada Partido, frente a los problemas que le son propios?

Sabemos perfectamente que cada país socialista y cada partido comunista y obrero adopta, *bajo su propia responsabilidad*, aquellas decisiones políticas que considera más apropiadas. Más aún, se ha dicho más de una vez que cada Partido responde de la suerte de la revolución en su país y es solidario de su marcha en el plano internacional. Por eso mismo no es un derecho nuevo, sino un deber consustancial a la condición de marxistas-leninistas, el tener una actitud crítica y autocrítica para todos los fenómenos, incluidos los del campo socialista. Pero en este caso, como en todos, hay que partir de la realidad concreta de esos países, esforzarse por captarla y explicarla objetivamente, con to-

dos sus avances y contradicciones. En una palabra, el «enfoque» del PCE no puede estar supeditado a las necesidades «nacionales» del momento, a la imagen más o menos idílica que quisiéramos ofrecer en nuestra propaganda para atraernos a todas las capas sociales, sin combatir las ideasseudorrevolucionarias, por eso de que «nosotros no tenemos enemigos a la izquierda».

Hace falta más seriedad en estos problemas y antes de lanzar calificativos de «incondicionales», «anacrónicos», «seguidistas» y otros argumentos de igual fuerza política de convicción contra los que no «desaprueban a los países del Tratado de Varsovia, tengamos la honestidad de hacer un examen de conciencia de lo que cada uno somos y hacemos por el avance de la Revolución. Sabemos que en nuestro Partido no hay quien piense que puede haber revolucionarios antisoviéticos, pero sí puede haber quien crea que la crítica permanente hacia los «viejos modelos» de socialismo sea un signo de distinción, la exteriorización de un espíritu «audaz», «abierto», «joven». Naturalmente que estamos lejos de querer dar lecciones de socialismo a nadie y menos a S.C. que, como otros miembros de la dirección, han pasado cientos de veces por las más altas instancias de esos países. Más aún, nadie niega que tiene razón al constatar que el socialismo existe en diversos países soberanos, con distintos niveles económicos, culturales; distinta historia y composición nacional. Pero debemos partir del hecho que todos ellos configuran objetivamente, es decir, independientemente de la voluntad, hasta de sus propios dirigentes, un sistema de Estados antagónicos con el capitalismo. Estos países tienen intereses generales comunes pero éstos no se identifican mecánicamente con los nacionales. Ahora bien, entre esos dos planos no puede haber antagonismo, porque mientras sean socialistas la esencia del socialismo es única en todas partes por muchas que sean sus formas de organización. Esto no excluye, sino que presupone, que pueden existir y existen problemas serios, divergencias y contradicciones. Mas eso no debe inducir a ningún comunista a adoptar ese papel de simple espectador que parece aconsejarnos S.C. Por el contrario, esas divergencias y contradicciones exigen un esfuerzo mayor, tendiente a conjugar los intereses nacionales (incluidos los nuestros) con los de la comunidad socialista y de todo el movimiento revolucionario comunista mundial.

Sabemos que estas ideas generales las aceptan todos en nuestro Partido y que entre nosotros no hay «comunistas antisoviéticos», pero nos parece que la cadena de razonamientos de S.C. que empieza fustigando la «fe ciega en la URSS» con una proclamación de neutralidad «desaprobatoria» de las divergencias entre países socialistas, podría muy bien ser parte de un esfuerzo tendiente a desalojar de la conciencia de los camaradas ese «instinto de clase sano pero primario», esa «fe ciega en la URSS», para propiciar la elaboración de «nuevos reflejos condicionados», a tenor con los intereses peculiares de la política que él encierra en la dirección.

4. EL DESARROLLO DE LA TEORIA POR EL P.C.E.

Toda la historia de la civilización nos muestra que la vida es siempre más rica y multifacética que la mejor de las teorías. De ahí se deduce la necesidad de un desarrollo continuo del conocimiento de las cosas y fenómenos cambiantes en la naturaleza y en la sociedad humana. En esa perspectiva racional encuadra la «actitud de apertura, de búsqueda» que llama a adoptar S.C. «La vida, la experiencia de las luchas presentes —escribe S.C.— (24) están repletas de novedades. Para abordarlas y darles solución poseemos un guía seguro: el marxismo-leninismo. Pero *todo eso y nada más que eso*: un guía» (los subrayados son de S.C.).

Bien, veamos si es cierto que el marxismo no es más que un guía. La calificación del marxismo como «guía para la acción» pertenece, como sabemos, a Lenin. Al subrayar ese papel de guía del marxismo, Lenin no hace más que destacar su función metodológica para el estudio de la sociedad. Pero para ser guía

(método), tiene que ser necesariamente teoría científica en todos los campos (filosófico, histórico, económico y social). De ahí que la teoría marxista se considera compuesta de las siguientes partes: 1) concepción materialista dialéctica del mundo, 2) epistemología o teoría del conocimiento, 3) teoría sociológica y 4) economía política.

Como toda teoría científica, el marxismo es fruto de la investigación de especialistas en diversos campos; es fruto de un proceso complejo y no lineal que presupone el contraste y lucha permanente de opiniones. En lo que se refiere propiamente a la ciencia y al arte de la política, ese desarrollo transcurre en gran medida en los marcos de los partidos. Por eso también se impone la circulación de ideas y el contraste de opiniones (de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba) en la vida interna de los partidos comunistas.

En este orden puede despertar esperanzas el reconocimiento por el secretario general de nuestro Partido de un hecho como el siguiente: «la labor de investigación no puede encerrarse en el marco de las necesidades políticas tácticas de los Partidos, a corto plazo, aunque sirvan también, en definitiva, a estos fines tácticos» (25).

En nuestro Partido, la aplicación de esa idea supondría un gran paso indispensable para empezar a superar, nuestra indigencia teórica. De otro lado, ese planteamiento reconoce implícitamente que el marxismo no es sólo guía, sino también teoría que precisa investigación (y por tanto epistemología y, por tanto, una concepción del mundo). Si se le reduce exclusivamente a guía o método (y además, ¿qué guía?, ¿una colección de nociones sumarias sobre clase, Estado, capitalismo etc.? resultaría que las ideas expuestas en los libros de S.C. no podrían ser contrastadas con criterios y teorías marxistas de valor y reconocimiento universal. Para que resulte más claro veamos un ejemplo ya mencionado. En «Después de Franco ¿qué?» (p. 64) S.C. escribe que «en España el capitalismo monopolista de Estado es un conjunto de superestructuras, bajo las que se mantienen muchas de las estructuras del viejo capitalismo...». Según esto, el C.M.E. de España no sería más que un andamiaje político-jurídico levantado sobre el viejo capitalismo de pequeñas empresas individuales. Y en ese caso la dictadura política de la oligarquía financiera carecería de base económica adecuada (concentración de la producción, monopolios, engarzamiento de los monopolios de la industria con los de la banca formando el capital financiero y la oligarquía financiera y ensamblamiento de éstos con el Estado). Con esa tesis, quiéralo o no S.C., al divorciar la economía de la política, y la base de la superestructura deja paso a la falsa idea de que puede haber una perspectiva de capitalismo sin monopolios y, sobre todo, a la idea de que la burguesía no monopolista es nuestro aliado natural, hoy contra el régimen de la oligarquía financiera y terrateniente y mañana en esa prolongada fase de «transición» al «socialismo en la libertad». Después de eso ya no tienen nada que hacer las leyes objetivas (26) del capitalismo en general y de la fase imperialista en particular, que fueron estudiadas por Marx y Lenin. El C.M.E. en España sería algo especial, y querer aplicar a su análisis teorías válidas para el resto del capitalismo monopolista mundial, sería pecar de dogmatismo.

5. LA SITUACION Y EL PAPEL DEL PARTIDO

En los últimos escritos de S. Carrillo y especialmente en «Nuevos enfoques...» el Partido aparece ya inmerso en una presunta «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» y en ese cuadro se aborda el problema de la dirección político-social y de la hegemonía del Partido Marxista-leninista en un contexto pluralista. Veamos primero algunos aspectos de la argumentación del pluralismo.

La argumentación de S.C. se desenvuelve en dos planos: 1) los planteamientos de Lenin sobre la cuestión y 2) la interpretación del actual panorama político español. S. Carrillo presenta a Lenin como partidario absoluto del pluripartidismo en abstracto, contraponiéndole a Stalin, personificación del monopartidismo. Para

demostrar de una manera simple y clara la «concepción de una democracia socialista pluripartidista que de realizarse hubiera permitido el paso al socialismo por vía pacífica», S.C. reproduce (27) una extensa cita de Lenin (de su escrito «Acercas de los compromisos», O.C. t. 25, Ed. Cartago Bs. Aires págs. 297-298). Pero al citar incurre en omisiones, no indicadas con puntos suspensivos de partes muy substanciales. Veamos.

En el párrafo primero reproducido por S.C. (p. 144) Lenin habla de un brusco viraje político que permite a los bolcheviques proponer un compromiso a los demócratas pequeñoburgueses pero en el párrafo siguiente, suprimido por S.C. Lenin advierte: «Como mera excepción, únicamente forzados por una situación especial, que, evidentemente se mantendrá sólo por un breve tiempo, podemos proponer un compromiso a esos partidos y a mi juicio debemos hacerlo».

Más abajo S.C. vuelve a omitir otro pasaje esencial para el razonamiento de Lenin (antes de la última línea citada por S.C. en la pág. 144): «Sólo en nombre de este desarrollo pacífico de la revolución, posibilidad extraordinariamente rara en la historia, sólo en nombre de ella, pueden y deben a mi parecer los bolcheviques partidarios de la revolución mundial y de métodos revolucionarios, aceptar tales compromisos».

El párrafo sucesivo también está afeitado por S.C. pues en la primera línea de la pág. 145 (donde él pone, esta vez sí, puntos suspensivos) Lenin dice entre comillas lo siguiente: «imposible para el internacionalista (se refiere a un compromiso sin participación en el gobierno), si no se realizan efectivamente las condiciones de la dictadura del proletariado y del campesinado pobre».

Cierto que la cita es extremadamente extensa, incluso sin las partes omitidas, pero da la casualidad que si restituimos las partes censuradas por S.C., la cita ya no valdría para demostrar tan fácilmente una cosa que necesita un análisis más profundo y pormenorizado de las condiciones concretas de hoy y de España. Se sobreentiende que todo el que cita a un autor, selecciona aquello que considera necesario para la argumentación de que se trate, pero un elemental respeto por el rigor intelectual y por el nivel de los lectores, impide hacer la selección dejando fuera partes donde el autor original resume el verdadero sentido teórico de su discurrir. Este es el caso de la cita que S.C. toma de Lenin. El artículo de Lenin termina con una coletilla, también omitida por S.C. que dice así: «las líneas precedentes fueron escritas el viernes 1 de setiembre, pero debido a circunstancias casuales (la historia dirá que bajo Kerenski no todos los bolcheviques gozaban del derecho de fijar libremente su residencia), no llegaron a la redacción ese mismo día. Y después de leídos los periódicos del sábado y los de hoy, me digo: «Quizás sea demasiado tarde para proponer un compromiso. Quizás aquellos pocos días, en cuyo transcurso. Todavía era posible un desarrollo pacífico, también han pasado. Sí, todo indica que ya han pasado. Kerenski se irá de uno u otro modo del partido de los socialrevolucionarios, se alejará de los socialistas revolucionarios y se afianzará con ayuda de los burgueses, sin los socialistas revolucionarios, gracias a la inacción de éstos... Sí, todo indica que los días, en los cuales era ocasionalmente posible el camino del desarrollo pacífico, han pasado ya. Sólo me resta enviar estas notas a la redacción, rogándole que las encabece así: «Reflexiones tardías»... A veces, quizás, puede ser de cierto interés conocer algunas reflexiones tardías.»

Sin duda, decimos nosotros, que esas «reflexiones tardías» son de mucho interés para ver cómo S.C. toma del análisis de Lenin sólo aquellos elementos que sirven para su argumentación utilitarista, afeitando el escrito de aquellas partes donde Lenin subraya el condicionante clasista.

Por último, permítasenos traer a cuento unas palabras de Lenin ante el X Congreso (1921) sobre este mismo tema: «Después de dos años y medio de Poder soviético —decía Lenin— hemos declarado ante el mundo, en la Internacional Comunista, que la dictadura del proletariado sólo es posible a través del Partido Comunista» (28).

Nos parece que recurriendo a Lenin, gran maestro de las alianzas de clase, resulta difícil argumentar esa perspectiva para España de «transición al socialismo en la libertad», basada en una confusa alianza de clases. Para no incurrir en lo que se quiere evitar, es decir, en dogmatismo y mecanicismo, será mejor abordar la alternativa después de un análisis socio-económico científico de la realidad española.

Esta larga excursión por las recientes elaboraciones ideológicas de S.C. (dejando de lado otras anteriores que examinaremos en otro lugar) nos lleva a plantearnos: ¿Cuáles han sido y son las condiciones que han hecho y hacen posible esas teorizaciones? ¿Qué finalidades prácticas inmediatas persigue la política de S. Carrillo? Para intentar dar una respuesta a esos interrogantes tenemos que recordar algunas características de la historia de nuestro Partido.

Como es notorio, el PCE surgió de la descomposición del PSOE, cuando un grupo de militantes obreros de este partido tomó conciencia de que había que dar una nueva orientación a la lucha de la clase obrera en España hasta ese entonces encuadrada por la social-democracia y el anarco-sindicalismo. Esa toma de conciencia fue acelerada por la Revolución de Octubre y, muy concretamente, por la ayuda de la Internacional Comunista. (29).

El PCE, como todo el movimiento obrero de España, se ha caracterizado por la indigencia de su bagaje teórico, en abierto contraste con sus tradiciones combativas.

Esa carencia de cultura teórica socialista, no impidió al PCE abrazar con pasión y defender con lealtad y heroísmo ejemplares los principios políticos del marxismo-leninismo, demostrando así una viva sensibilidad de clase, cuya personificación más genuina fue nuestro inolvidable dirigente José Díaz.

En su larga trayectoria de luchas y sacrificios, el PCE ha atravesado las mismas vicisitudes que conoció todo el movimiento comunista mundial, trabajando simultáneamente por su propia formación y por alcanzar la dirección del movimiento obrero español.

Durante un importante período de su desarrollo, el PCE y todo el movimiento comunista, incurrió en una dogmatización de los principios del marxismo, una de cuyas manifestaciones más nefastas fue el autoculto de los dirigentes y la consiguiente manipulación de la masa de seguidores con el mecanismo de la mistificación.

Es decir, el PCE ha conocido las situaciones más extremas: participó en el gobierno del Frente Popular y ha sido y es la primera víctima del odio bestial del franquismo. El PCE lleva más de treinta años de continua clandestinidad (sin contar los de antes de la guerra civil), con una parte de sus afiliados dispersa por países de emigración, que ha significado la ruptura del proceso de formación de sus cuadros y especialmente, del núcleo dirigente.

Eso se ha producido en base a una realidad española caracterizada por la existencia de una dictadura fascista de la burguesía monopolista y de los terratenientes. El PCE se vio abocado en 1939 a una situación para la cual no se había preparado. La derrota militar de la República no entraba en sus previsiones inmediatas, por eso era lógico que no hubiese preparado la sucesión de sus propios cuadros y la continuidad de la labor en las nuevas condiciones del dominio fascista. La reconstitución del Partido, después de la derrota en una guerra civil que sacudió a toda la sociedad española, quedaría en gran medida a merced de la iniciativa de los contadísimos cuadros que pudieron escapar a la represión.

El PCE, al haber perdido la iniciativa en la lucha y hallarse totalmente sumido en las condiciones de la derrota, es natural que incurriera en una forma empírica de determinismo histórico («la historia trabaja en contra de Franco y a nuestro favor») que la formidable resistencia moral, la obstinada perseverancia de nuestros camaradas se viera alimentada por una fe en que algo tenía que suceder, máxime cuando la suerte del régimen había estado tan vinculada a la del eje fascista. Todo eso nos llevaba a recusar el hecho de que la victoria

del fascismo español respondía a un desenlace de la lucha de clases que descansaba en procesos socio-económicos estructurales. De ahí, nuestra táctica basada en la provisionalidad de la dictadura franquista.

Hasta que en 1948 el PCE se orienta a una reconstrucción paciente de su influencia mediante la penetración en los sindicatos oficiales y en las organizaciones de masas. Al mismo tiempo, el Partido llegó a la conclusión de que el movimiento guerrillero —que había jugado un importantísimo papel de auto-defensa y de freno de la orgía represiva en algunas regiones campesinas— había agotado sus posibilidades y no podía servir de fermento para el desarrollo de un «frente nacional antifranquista». Por esa época ya se habían esfumado las esperanzas de ayuda exterior que abrigaban muchos sectores democráticos.

De otro lado, la marcha generacional y los cambios socio-económicos que se venían produciendo en la sociedad española y en el mundo de la postguerra, fueron desplazando del primer plano la divisoria entre «nacionales» y «rojos» y dando cada vez mayor relieve a la división por clases sociales. Uno de los atisbos de ese proceso fue el intento realizado por un grupo de intelectuales (Ridruejo, Lain, Ruiz Guiménez) por capitalizar en términos políticos la necesidad de la «Reconciliación Nacional» pero corresponde al P.C.E. el mérito de haber traducido a consignas políticas esa necesidad, insertándola en su estrategia de unidad antifranquista y en su táctica de aprovechamiento de las posibilidades legales y extralegales de lucha.

Pero es indudable que ese duro batallar por afirmar sus posiciones en España, por elevar la lucha a niveles superiores, no fue acompañado por un esfuerzo equivalente de análisis de la base económica y política de la sociedad española, ni de una labor esclarecedora que pusiera de relieve la estrecha relación que existe entre las formas políticas e ideológicas de la lucha de clases en las condiciones de un régimen dictatorial, como tampoco se procuró el perfeccionamiento orgánico del Partido. Esto ya no es todo achacable a las condiciones objetivas, sino, tal vez, a la falta de homogeneidad del núcleo dirigente y de los nexos de éste con los cuadros y con la masa de militantes.

Si repasamos los escritos veremos que la evaluación de la situación del país por parte de la dirección, ha estado y está dominada por la idea de que existe una crisis permanente de las estructuras económicas, sociales y políticas («el régimen se tambalea», «nos hallamos en las últimas fases de un régimen tiránico...») sin establecer la necesaria distinción entre los cambios orgánicos, permanentes, que se producen en la base económica y en la composición de las clases, y aquellos otros cambios de orientación, de política menuda de desplazamiento de personas en el seno de las camarillas gobernantes, o de variaciones de rumbo del régimen a tenor con los vientos dominantes en el sistema imperialista mundial. Parece indudable que los ajustes super-estructurales que, de hecho, son una forma de adaptación de la burguesía monopolista a los cambios de la base económica y social, se consideran como síntomas de una crisis permanente de ésta última y de la incapacidad de adaptación de todo el sistema. Esto ha sido reconocido de refilón por S.C. cuando al polemizar con F. Claudin escribía: «En ciertos aspectos accesorios nuestra labor ha podido pecar, ha pecado, de ciertos errores...», que nos han llevado «a confundirnos en los ritmos, en los plazos» (30). Pensamos que el error no se limita a cuestiones accesorias sino a la apreciación del mecanismo de contradicciones del sistema del capitalismo monopolista de Estado Español. Y ese error conduce a S. Carrillo a ver contradicciones conflictivas importantes entre los grupos oligárquicos y las camarillas políticas del régimen y a concluir que «el régimen franquista se encuentra ante el vencimiento de la deuda que las reaccionarias clases dominantes españolas tienen con un acreedor implacable: el progreso histórico» (31). Ahí tenemos el más alto ejemplo de determinismo mecanicista que sólo puede explicarse por una actitud de autosuficiencia, por la idea de que todo está claro y de que «la fuerza de las cosas» acerca nuestro triunfo. Después de eso es lógico que nieguen al adversario, a la gran burguesía monopolista y a su dictadura, toda capacidad de maniobra; «la incertidum-

bre, la inquietud por el presente y por el porvenir, caracterizan el estado de ánimo de la gran burguesía» (32).

En este punto que nos perdone Carrillo si confiamos en el marxismo libresco de Marx y Engels más que en sus «nuevos enfoques». Refutando el determinismo histórico, Marx y Engels escribían: «La historia no hace nada... El que hace todo, el que posee y lucha, es más bien el hombre, el hombre real, viviente; no es digamos, la «historia» quien utiliza al hombre como medio para laborar por sus fines —como si se tratara de una persona aparte— pues la Historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos» (33).

Estos ejemplos nos muestran que el análisis de S.C. pasa por alto las diferencias cualitativas, los cambios, las discontinuidades y los nexos que componen el contradictorio movimiento de la estructura socio-económica de la sociedad española. Todo su «análisis» no es más que una imagen ideologizada compuesta con tópicos de fácil consumo, con «revelaciones» de la mente que las engendra. Así la «huelga nacional» sería el concepto actualizado de cómo hacer la revolución en los países desarrollados, la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» sería un desarrollo del concepto leninista de «alianza obrera y campesina», la democracia económica y política una nueva forma de dictadura del proletariado, el Partido sería «dirigente», pero no dominante, etc.

Sobre la «originalidad» de esas elaboraciones podíamos extendernos mucho pero nos conformaremos con algunos ejemplos. En lo que se refiere a la huelga de masas, al alzamiento cívico nacional, sólo recordaremos un escrito de Lenin titulado «Informe sobre la Revolución de 1905», donde leemos lo siguiente: «La revolución rusa es, en la historia mundial, la primera gran revolución —y sin duda, no será la última— en que la huelga política de masas ha desempeñado un papel extraordinario» (34).

En cuanto a la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» creemos que S.C. sólo podría aspirar a patentar la expresión, porque su antecedente teórico está en los clásicos y más inmediatamente en Gramsci, en su concepto de «nuevo bloque histórico» (35). Entiéndasenos bien, cualquier autor tiene derecho a tomar de otras ideas ya elaboradas que considere justas, pero no a atribuirse su paternidad y menos a deformarlas. (Esto merece una consideración especial que haremos al referirnos al método y al estilo).

La «aportación» más notable de S. Carrillo al arsenal de los slogans político-literarios nos parece que es la que se refiere al papel del Partido en el período de transición: «dirigente pero no dominante». En una nota al pie de página Carrillo nos advierte (36): «El empleo del término *dominante* puede prestarse a confusión, si no se advierte que lo que trato de expresar con él es simplemente la diferencia entre la situación de un partido que ocupa el poder sin compartirlo con otros, que *domina* por ese hecho toda la dirección del Estado, y la del mismo partido compartiendo con otros el poder y ejerciendo un papel dirigente sólo como consecuencia de su mayor preparación para las tareas históricas del Estado de transición, y no por poseer todos los instrumentos de poder. En realidad, es un problema práctico nuevo, lo que explica la dificultad de encontrar un término adecuado en la lexicografía marxista corriente.»

En primer lugar, aquí tenemos otro ejemplo de como Carrillo toma términos de la «lexicografía marxista» pero mutila los conceptos reduciéndolos a simples slogans publicitarios. Ese problema ya fue tratado por Lenin y también por Gramsci.

En uno de sus primeros ensayos, hace unos cuarenta años, Gramsci, el fundador del PCI, aborda la cuestión de la «dirección política en la formación y en el desarrollo de la nación y del Estado moderno en Italia» y desarrollando la doctrina leninista de las alianzas de clase nos da las siguientes indicaciones sobre el problema de la «dirección» y el «dominio»: «El criterio metodológico sobre el que debemos fundar nuestro examen es el siguiente: que la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos: como «dominio» y

como «dirección intelectual y moral». Un grupo social es dominante respecto a los grupos adversarios que tiende a «liquidar» o a subordinar, hasta por medio de la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (esta es una de las condiciones principales para la propia conquista del poder); después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en mano, deviene dominante pero debe seguir siendo «dirigente».

Los recopiladores de la obra de Gramsci, agregan el siguiente comentario de gran valor para nuestra discusión:

«Aquí tenemos formulado de un modo sintético y extremadamente claro uno de los principios fundamentales del pensamiento gramsciano, el que se refiere a la relación entre dictadura (dominio) y hegemonía (dirección intelectual y moral), entre coerción y consenso. Toda clase, para afirmar su poder debe ejercer la dictadura sobre las clases antagónicas, pero simultáneamente debe asegurarse la dirección de las clases y de los estratos sociales no antagónicos. La relación entre estos momentos, ambos esenciales, consubstanciales a la realidad misma del poder y del Estado, no está teorizada por Gramsci de una manera abstracta, es decir, de una vez y para siempre. Esa relación se determina históricamente a tenor con la situación objetiva, con la correlación de fuerzas, etc. Sin embargo, queda en pie el hecho de que ninguno de los momentos puede ser eliminado (por lo menos mientras exista el Estado), y que el momento del consenso no sólo es fundamental para conquistar el Poder, sino que también resulta indispensable para el mantenimiento y el reforzamiento de éste y para la construcción de una sociedad nueva. El pensamiento gramsciano es un desarrollo original de la doctrina leninista de las alianzas de clase».

Este párrafo no necesita glosas. Está claro de dónde proviene la «originalidad» terminológica de Carrillo y también el confusionismo que encierra su manera sumaria de tratar el problema del Estado pluralista, donde la hegemonía del proletariado, única clase raigalmente interesada en liquidar el capitalismo y establecer el socialismo, se esfuma en una difusa alianza.

El VI Congreso de nuestro Partido es uno de los jalones más importantes de su historia durante el período de postguerra. La experiencia posterior en orden al desarrollo de los planteamientos políticos y a los métodos de dirección del Partido, nos muestran un abandono e incluso una revisión de varias tesis esenciales del Programa del VI Congreso.

Esta última afirmación no debe ser confundida con una subestimación de los importantes resultados obtenidos en la lucha práctica, y en el desarrollo de formas originales, producto de la experiencia y de la inventiva cotidiana de miles de militantes del país y del exterior. Pero desgraciadamente, la confusión teórica y los prejuicios cultistas dificultan el necesario análisis de esa rica experiencia, frente potencial para fortalecer el Partido.

Un estudio comparado de los escritos de Carrillo con los documentos programáticos del VI Congreso denotaría, sin duda, una involución en la línea y en las posiciones ideológicas del Partido resumible en los siguientes puntos:

Para S. Carrillo la contradicción fundamental existiría entre todo el pueblo (burguesía no monopolista, en bloque + productores independientes + obreros + intelectuales, etc.) y burguesía monopolista. Por eso la lucha de la clase obrera resultaría de una contradicción (burguesía-proletariado), que prácticamente secundaria y se subordinaría a esa primera que él considera esencial. De ahí su implícita subestimación del pael independiente y hegemónico del proletariado y de la función que compete a la unidad obrera y campesina como fundamento de una alianza de fuerzas sociales más amplia, en la lucha antimopolista y en la transición al socialismo. Esa misma óptica lleva a S.C. a simplificar e hiperbolizar la radicalización de las capas medias urbanas, del estudiantado y de la intelectualidad y en su esfuerzo innovador borra, de hecho, los límites científicos e ideológicos que separan a la teoría marxista-leninista de las construcciones ideológicas «neomarxistas» tan en boga en la Europa «neocapitalista».

La deformación de la línea del Partido en nombre de un supuesto desarrollo teórico (siempre necesario, indudablemente) es uno de los elementos que están en la base de las dificultades de dirección que conoce hoy nuestro Partido. Esos elementos deformadores empezaron a perfilarse con nitidez en la polémica que, en el Comité Ejecutivo, enfrentó a F. Claudín con S. Carrillo. Al informar al Partido de esa discusión se nos dijo rotundamente que todo había quedado claro después de agotarse la discusión. Sin embargo, por los escritos y discursos posteriores de Carrillo, comprendimos que los problemas entonces soslavados volvían una y otra vez a ser debatidos por S.C., pero no para darles claridad y extraer las debidas consecuencias, sino más bien para dar una impresión de que todo marcha viento en popa, de que por casa todo anda bien y que si tenemos algunas manchas no son más que salpicaduras que nos vienen de fuera, de los que no saben hacer las cosas bien por esos mundos socialistas.

La crisis de dirección del Partido sigue agravándose por los errores teóricos contenidos en los últimos escritos de S.C. y por las aspiraciones personalistas de éste, manifestación concreta de que en nuestro Partido no se ha superado el fenómeno llamado «culto de la personalidad»; por los elementos de antisovietismo contenidos en publicaciones del Partido (ejemplos: «lo pro-soviético y lo anti-soviético» N.B. n.º 59, «La inmolación de Jan Palach», M.O., «Ni santos ni locos», M.O.); por la óptica falsa que la dirección del Partido aplica al juzgar la situación de Checoslovaquia y por la expulsión de Agustín Gómez del CC y la exclusión de Eduardo García del CE y del CC y otros camaradas, miembros de comités provinciales, urbanos, etc.

Por supuesto que esta situación anormal de la Dirección no agota todo el presente concreto del Partido. La situación actual resulta muy complicada por el hecho de coexistir en ella dos realidades paradójicas:

De un lado están esos fenómenos negativos, producto del *autoritarismo* que pretende imponer S.C. y de sus errores teóricos; de otro lado, está la lucha práctica de miles de camaradas que con su esfuerzo y sacrificio impulsan el proceso revolucionario en España. Y esa dualidad es precisamente la que mina y amenaza la unidad orgánica del Partido, porque genera pasividad, desconfianza y desacuerdo. Otro aspecto que debemos tener presente es que todo esto se produce en un ambiente nacional e internacional muy complejo y cambiante.

Es obvio que la situación crítica que atraviesa el Partido no puede ser explicada partiendo exclusivamente de los elementos objetivos, pues como ya hemos visto, en la política y en la historia los protagonistas son hombres reales y vivientes. Por esa razón se impone comenzar el análisis por el papel de los dirigentes, sabiendo que las actitudes y opciones de éstos deciden más de lo que las que se practican contra quienes mantienen posiciones políticas discordantes, podemos suponer. La exoneración de camaradas firmes y probados y las amenazas que se practican contra quienes mantienen posiciones políticas discordantes, indica que S. Carrillo encarna una política sumamente peligrosa para el Partido, que se expresa en un método de dirección unipersonal; en el tratamiento confuso de una serie de problemas teóricos, con total ausencia de rigurosidad científica; en una selección de cuadros dirigentes guiada por preferencias personales; en una actitud de autosuficiencia y de inflado optimismo que distorsiona el cuadro de las realidades; en una elaboración de las decisiones prácticas donde prima la coyuntura y no la aplicación de los principios, en la ausencia de espíritu autocrítico y en la intolerancia hacia las opiniones diferentes.

Y todo esto sucede en medio de una referencia constante al «culto de Stalin» y al gran demoleedor de ese culto que fue el XX Congreso del PCUS. Para S.C. el mito de Stalin se limita a las actividades antileninistas de este «genio maligno» «Hemos perdido un mito, pero no se nos ha hundido el mundo» (37). —dice Carrillo— olvidando que no se trata solamente del autoculto, de las violaciones de la democracia y de la legalidad, de la congelación de la actividad creadora del pueblo y de la deformación del papel dirigente del Partido en la Unión Soviética, sino que ese fenómeno está ligado a personas en circunstancias concretas, en las que todos los comunistas de ese período estaban lógicamente

inmersos. En los documentos y escritos elaborados por o con la participación de S.C. el «mito» o «culto a la personalidad» aparece ilustrado con una serie de fenómenos exteriores, pero aún quedan por analizar sus verdaderos alcances y manifestaciones concretas en nuestro Partido. Si mal no recordamos, la referencia al reflejo del «culto» en nuestro Partido, en el informe de S.C. sobre el XX Congreso se limitaba a una recusación platónica al exagerado calificativo de «jefe del pueblo español» que entonces aplicábamos a Dolores Ibárruri. Pero según él los métodos, el estilo y los hábitos parecían haber quedado a salvo de la mistificación.

Seamos consecuentes. Acaso lo ocurrido recientemente con E.G. y A.G. ¿no traduce todavía un neto espíritu de fracción? La represión política contra esos dos camaradas ligados al trabajo interior del Partido ¿no está inspirada en el principio «quien no está conmigo, está contra mí»? El grupo de la dirección que ha impuesto la exclusión de esos dos camaradas no se ha guiado por lo que ellos son, por sus planteamientos políticos en los organismos del Partido, pues la discusión política está totalmente ausente. Los propios comunicados publicados en M.O. del 15 de julio de 1969 (publicación que representa una curiosa interpretación del punto de los estatutos que prohíbe denunciar a los camaradas de ese modo) muestran que los planteamientos políticos de esos camaradas han sido totalmente soslayados, que sólo se ha castigado la disidencia como atentado a la autoridad indiscutida del secretario general. Y ese no es el único caso en que la voluntad autoritaria del secretario general trata de imponerse a todas las normas y hasta al más elemental sentido común. La eliminación antidemocrática de dos dirigentes de la organización de nuestro Partido en la URSS, se hizo a instancias directas de S.C. con argumentos que él mismo no pudo sostener en una reunión con el Comité de la organización y la directiva del Centro Español en la URSS. Tales métodos no han hecho más que sembrar un estado de malestar y minar su propio prestigio, abriendo un bache cada vez mayor entre la política que encarna S. Carrillo y lo que quiere y piensa la masa de afiliados.

Toda esta larga serie de consideraciones sobre la terminología y las interpretaciones ideológicas de S.C. nos llevan a admirar la originalidad de su «método». La originalidad consiste en combinar nociones y conceptos marxistas con argumentos pragmáticos, utilitaristas, vinculados a intereses inmediatos, al uso de consideraciones emocionales, moralísticas. Carrillo se esfuerza por recoger conceptos y fórmulas de autores marxistas (de Marx, Engels, Lenin, Togliatti, Gramsci etc.) y de otros no tan marxistas (Marcuse Deutsche, Frank Marek) (38) pero no procede con rigor intelectual; toma la forma verbal y rompe la lógica interna de los conceptos y con un simple giro gramatical llega a sus «nuevos enfoques», («alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» versión españolizada de «bloque histórico»; «huelga nacional» en lugar de huelga general política, etc.) Eso es lo que en filosofía se conoce por eclecticismo (39).

Si es cierta la sentencia unánimesca de que el estilo hace al hombre, el autor S.C. presenta un estilo difícil de catalogar. En su prosa observamos una fluvialidad desbordante, abundancia de imágenes hiperbólicas y argumentación probabilística. Admire el lector la sublime fantasía de frases como estas: «Hay que devolver la palabra y la libertad al pueblo. En la Europa de hace 15 días el régimen de Franco era un tremendo anacronismo. En la Europa del día de hoy, la Europa que apunta en el actual movimiento francés y en su posible extensión a otros países europeos (!?), el franquismo es algo así como la edad de piedra de los regímenes políticos» (discurso ante una asamblea de militantes, en junio de 1968, transmitido por REI). Otras veces la magia imaginativa nos traslada sin escalas al reino del condicional absoluto: «...la preparación de la huelga nacional; la ocupación de las fábricas por los obreros; de las Universidades por los estudiantes; de las tierras insuficientemente cultivadas por los campesinos y los obreros agrícolas; de las iglesias por los feligreses; el cierre de los comercios; la irrupción en masa en la calle, exigiendo la dimisión y el reemplazamiento del régimen actual; la confraternización con los elementos del Ejército y de las fuerzas de orden público que estén dispuestas a respetar la

pacífico posible hoy». Si no hubiese sido dicho por un dirigente comunista y voluntad de los españoles. Eso no sería la guerra civil; sería el cambio más además en prosa, creeríamos estar leyendo uno de esos poemas épicos donde las imágenes están ordenadas «in crescendo» para alcanzar la explotación emotiva. Pero no, se trata de literatura política seria y para personas mayores de edad.



¿Qué hacer? Parafraseando a S. Carrillo creemos que la respuesta tiene que ser: «Hay que tomar la palabra dentro del Partido». Eso es lo que intentamos hacer al escribir estas líneas. La unidad del Partido debemos cimentarla asegurando la participación real y responsable de todas las organizaciones y militantes en toda la vida y actividades del Partido. El centralismo democrático no está restringido sólo o esencialmente por las condiciones de clandestinidad, sino por la política que hoy inspira S. Carrillo. Lo que hoy existe es un centralismo burocrático, basado en una subordinación vertical de los militantes, condenados a digerir pasivamente las ideas y consignas del secretario general. Creemos que hay que hacer realidad los principios del centralismo democrático en el Partido, rechazando el pesimismo y el abandono. Hay que crear en el Partido las condiciones indispensables para un sano internacionalismo, para que el glorioso Partido Comunista de España vuelva por sus fueros más fuerte y renovado que nunca.

Tomémosle la palabra a Carrillo e «insistamos en la necesidad de fomentar una mayor circulación de ideas, una más amplia discusión, un espíritu audaz y ofensivo de la parte de las fuerzas teóricas comunistas, lo que entraña el diálogo, la polémica, el contraste con otras posiciones y la superación de tabús paralizantes» (40).

En eso estamos: ¡EMEPECEMOS POR CASA!



Nota aclaratoria.— El lector tiene derecho a saber el por qué del anonimato de estas notas. Los autores piensan que en las condiciones que hoy atraviesa el Partido la publicidad de sus nombres sólo serviría para que S.C. y sus adeptos pudieran personalizar inmediatamente los ataques, eludiendo los problemas reales y deformando nuestras opiniones, sin dejarnos posibilidad de ulterior réplica, indudablemente, eso no serviría al esclarecimiento de las posiciones, única meta que perseguimos con este escrito. Por otro lado, nuestra conciencia descansa tranquila, los autores de este escrito venimos defendiendo abierta y sistemáticamente estas posiciones en nuestras respectivas células, pese a las maniobras de los órganos de dirección y en cuanto se den las condiciones mínimas para una auténtica discusión política en el Partido, proclamaremos gustosos la paternidad de estas notas. Hasta tanto no se vislumbre esa posibilidad el lector honesto convendrá en que sería contraproducente brindar un pretexto para que las publicaciones e informadores que hoy se supeditan a S.C. salden cuentas con un monólogo pendenciero contra camaradas aislados.

(1) Expuestas en sus escritos: «Después de Franco, ¿qué?» (1965), en adelante «D.F.»; «Nuevos Enfoques a problemas de hoy» (1967), en adelante «N.E.»; «La lucha por el socialismo, hoy» (1968), en adelante «L.S.» y «Más problemas actuales del socialismo» (1968), en adelante «M.P.S.» y también en algunos artículos de «Mundo Obrero», aparecidos sin la firma del autor, así como artículos e informes anteriores que examinaremos también en un trabajo más amplio de próxima aparición.

(2) Revolución industrial supone implantación de la máquina y tránsito del feudalismo al capitalismo. La revolución científico técnica es un hecho, prácticamente de postguerra ligado al empleo de medios automáticos, máquinas cibernéticas, a los progresos de la química, de la genética, etc. y a la organización consiguiente de producciones en gran escala.

(3) CME. Sistema de entrelazamiento del poder de los monopolios capitalistas y del Estado en un mecanismo de dominio sobre toda la sociedad.

(4) «coexistencia y lucha de clases» M.O. 21-12-1968.

(5) L.S. pág 4

(6) l'Unita 16-11-1969.

(7) L. S. pág. 43.

(8) L.S. págs. 6-16.

(9) Según Marx la estructura está formada de las relaciones sociales de producción existentes. El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad o sea la base real sobre la cual se eleva la SUPERESTRUCTURA jurídica y política y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. Marx, «Introducción a la Crítica de la Economía Política».

(10) D.F. pág. 64.

(11) VI Congreso del PCE Programa del PCE, Ed. B.I. Praga, 1960, pág. 63.

(12) D.F. pág. 66.

(13) D.F. pág. 72-73.

(14) M.O. octubre de 1968 (n. 17), pág. 4.

(15) Ver «Más problemas actuales del socialismo» N.B. n. 59, 1968, pág. 45.

(16) M.O. 3-4-1968. pág. 8.

(17) L.S. pág. 62-63.

(18) l'Unita 9-11-1967.

(19) L.S. pág. 65.

(20) Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia... M.O. n. 22 12-1968

(21) L.S. pág. 58.

(22) M.O. 24-5-1969.

(23) A. Gramsci. Antología degli scritti, t. i. Editorial Riuniti, 1963 p, 66

(24) L.S. p. 4

(25) L. S. p. 66

(26) Se entiende por ley económica objetiva aquella relación esencial, permanente, constantemente repetida entre fenómenos y procesos de la vida económica.

(27) «N.B.», p. 144-145.

(28) Lenin O.C Editorial Cartago, Bs Aires, t. 32 p. 192.

(9) La III Internacional fue fundada a propuesta de Lenin en marzo de 1919 y se autodisolvió en 1943.

(30) D.F.

(31) N.E. p. 93

(32) N.E. p. 99

(33) C. Marx y F. Engels «La Sagrada Familia», Editora política La Habana 1965, págs. 153-154.

(34) Lenin T. 23 p. 241. O.C., Edit. Cartago, Bs Aires

(35) En la concepción del PCI, que desarrolla el pensamiento de Gramsci, «no es el Partido el que conquista el Poder, sino un bloque de fuerzas sociales y políticas diversas, de las cuales el P. forma parte, y que es preciso proceder desde ahora, paso a paso, a construir ese bloque histórico afirmando en su seno la hegemonía de la clase obrera» (l'Unita 16-11-1969)

(36) N.E. p. 180

(37) D.F. p. 84

(38) Franc Marek ensayista austriaco, autor de un trabajo titulado «Acercas del mito de Stalin» que contiene notables coincidencias con los últimos trabajos de S.C. (sobre lo ruso y lo no ruso en la Revolución, razón de Estado, el modelo soviético, etc.) Hay traducción al italiano, «Rinascita», n. 13 28-3 1969, p. 13

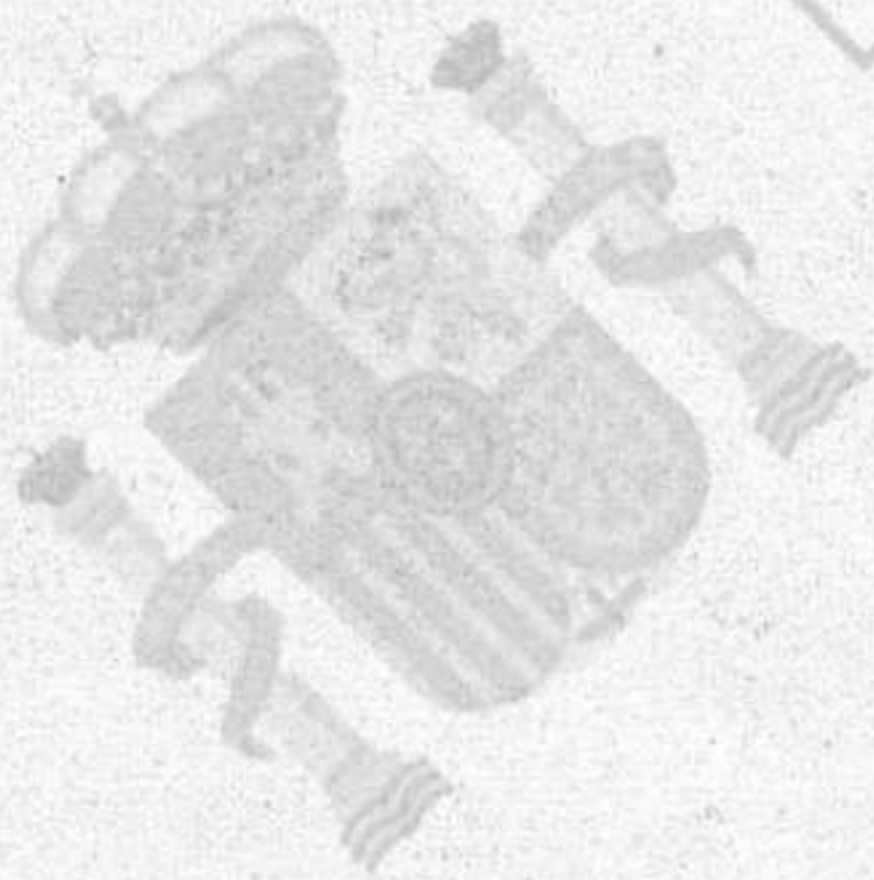
(39) Combinación de diferentes doctrinas incluso contrapuestas

(40) N.E. p. 66

MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



Precio : 50 Pts